

00483

21.3

LIBRO DE REGISTRO  
BIBLIOTECA DE LA UNAM

E I E S T A D O D E B I E N E S T A R

¿ F E N Ó M E N O C Í C L I C O ?

Sol Arguedas

División de Posgrado  
Facultad de Ciencias  
Políticas y Sociales

U N A M

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

1988



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



El marco teórico del presente estudio establece, implícitamente, los espacios histórico y geográfico:

- a) auge del Estado de bienestar en Europa y en Estados Unidos; del populismo en América Latina. Florecimiento paralelo del capitalismo durante ese cuarto de siglo entre el fin de la segunda guerra mundial y el comienzo de la gran crisis económica en los primeros años setentas (o últimos sesentas).
- b) Deterioro del Estado de bienestar y crisis mundial del capitalismo en los años setentas y principios de los Ochentas.
- c) <sup>(2º fracaso?)</sup> Derrota del Estado de bienestar keynesiano; imposición de políticas económicas neoliberales y prácticas sociales darwinistas en la mayor parte de las sociedades capitalistas.
- ch) Surgimiento de condiciones favorables al posible renacimiento de un Estado de bienestar transformado y adecuado a realidades económicas, políticas y culturales nuevas, lo cual empieza a manifestarse a partir de los fracasos de la reaganomía (y sus epígonos en el mundo), más visible conforme avanza el segundo período presidencial de Reagan en Norteamérica.



R E S U M E N

En los años setentas tempranos se desata una crisis mayor o estructural -expresada por la disminución de la tasa de ganancia- en las economías capitalistas desarrolladas, especialmente en la norteamericana, crisis que presenta características especiales completamente atípicas. Aparece en ella la estanflación (inflación con recesión), fenómeno nuevo en la historia del capitalismo, que desconcierta a todos los economistas.

Según el premio Nobel de Economía Paul A. Samuelson, la estanflación nace de la existencia misma del Estado de bienestar porque éste impide (por la fuerza que en él han adquirido los sindicatos) que la recesión deliberada incida sobre los precios y los salarios (para aumentar o restablecer la tasa de ganancia).

Además de lo expuesto por Samuelson, yo considero que existen otros dos elementos importantes -además del Estado de bienestar- que entorpecen los procedimientos habituales utilizados por los capitalistas para salir de las crisis. Tales elementos son: 1), el nuevo orden trasnacional del capitalismo (porque el carácter monopolístico de las grandes empresas trasnacionales impiden que se establezcan precios y salarios mediante las fuerzas del mercado) y 2), la carrera armamentista (porque el ininterrumpido flujo de innovaciones tecnológicas de origen militar que van siendo absorbidas por la industria civil disloca el ciclo económico y cambia, así, las condiciones en que opera el sistema capitalista).

Por lo ya dicho, el Estado de bienestar es impotente para superar

la crisis, una crisis agravada por la inflación que provocan las políticas keynesianas de pleno empleo (y por consiguiente mayor poder adquisitivo del salario, gran demanda y alto consumo).

Se impone entonces la lucha contra la estanflación con todas sus consecuencias: recortes al gasto público, despido de trabajadores, debilitamiento de los sindicatos, recesión y, por añadidura, desorden financiero mundial por el predominio del capital financiero especulativo sobre el capital productivo o industrial, este último fundamental para el Estado de bienestar; todo esto acompañado de represión social en diferentes grados y llevada a extremos brutales en países de tradición democrática débil o muy vulnerable.

Al imponerse las políticas económicas neoliberales se fortalecen todos los demás elementos superestructurales de la reacción conservadora. Aparece el intento de "revolución derechista" de Ronald Reagan en Estados Unidos y sus epígonos en otras latitudes.

Las políticas neoliberales tienen éxito en abatir la inflación en los países industrializados, pero a costa de un gran desempleo, malestar social y conflictos políticos. En los países de capitalismo atrasado -las naciones "asalariadas" del Tercer mundo- todos estos fenómenos, y otros, se sufren en escala muchísimo mayor, ya que las naciones ricas incrementan la explotación de las naciones pobres, además de incrementar también la explotación de sus propias clases trabajadoras. El escandaloso servicio de la deuda externa impuesto a los pueblos pobres endeudados sirve para succionar recursos económicos y financieros de estos últimos.

Fracasa la "revolución derechista" porque el núcleo del Estado de

bienestar -la Seguridad social-, aunque seriamente lesionado, resulta imbatible: constituye una conquista social políticamente irreversible. Al no haber podido acabar con los gastos en seguridad social y al haber aumentado los gastos en armamentos después de haber disminuido los impuestos (con lo que renunciaba el Estado a su principal ingreso), la reaganomía se ha hundido en los déficit presupuestal y comercial más grandes de toda la historia de la Unión Americana.

El fracaso del experimento anti Estado de bienestar de Ronald Reagan (y sus epígonos) abre posibilidades al retorno de políticas económicas keynesianas modificadas y a un nuevo Estado de bienestar depurado de su vicio mayor: la inflación, mediante el injerto de algunos elementos positivos del neoliberalismo económico, por ejemplo una racionalización equilibrada de la injerencia estatal en la economía, con lo cual se crearían condiciones para aprovechar la iniciativa personal o individual dentro de una sociedad que responde (todavía) a estímulos netamente capitalistas de competencia y de feroz individualismo.

Este nuevo Estado social (nuevo en múltiples sentidos) se fortalecerá posiblemente como fuerza resistente a la transnacionalización del capitalismo que efectúan las empresas transnacionales privadas, conflicto que ya es evidente en el antagonismo entre el Estado-nación tradicional y las poderosas empresas transnacionales de hoy. En este conflicto perderán sentido algunas funciones tradicionales del Estado-nación, aunque adquirirá éste otras funciones nuevas por la presión internacional. *El fenómeno irreversible de la transnacionalización del capitalismo puede instrumentarse desde el sector público.*

El socialismo real no es ajeno al conflicto entre el capitalismo salvaje del neoliberalismo y el capitalismo reformado del Estado de bienestar. Desarrolla su propio conflicto interno entre los marxistas-le

ninistas de línea dura y los socialistas reformistas tipificados por los llamados eurocomunistas (o equivalentes).

Si en el conflicto interno del capitalismo se debate la eficiencia o no del "libre juego de las fuerzas del mercado", en el conflicto interno del socialismo se discute la necesidad de crear un "mercado socialista" o, por lo menos, de incorporar algunos elementos del mercado capitalista compatibles con los principios del socialismo.

En ambos casos preside la discusión o <sup>el</sup> conflicto -implícita o explícitamente- la necesidad de <sup>una</sup> democratización real (no formal) de sus sociedades respectivas, mediante una participación creciente de los trabajadores en la conducción de la economía y en los beneficios de la misma.

## I N T R O D U C C I O N

No pareciera ser ésta la mejor época para escribir acerca del Estado de bienestar. Corro el riesgo de ser tachada de ingenua -de ilusa- al vaticinar otro auge del capitalismo reformista cuando todo el edificio levantado sobre las bases económicas del keynesianismo y de la filosofía del humanismo liberal está siendo demolido, golpe a golpe, por la piqueta del neoliberalismo económico y de la ideología del darwinismo social; cuando presenciamos también el divorcio definitivo entre el liberalismo político-filosófico y el liberalismo económico.

Es fácil comprender cualquier escepticismo respecto a la supervivencia del Estado de bienestar cuando se comparan la seguridad y la eficiencia de la reaganomía <sup>(1)</sup> para imponerse en todas partes -tanto sobre los socios como sobre los subordinados- con las vacilaciones y las ambigüedades de los gobiernos socialdemócratas y aun de los partidos políticos dentro de la Internacional Socialista -así como de gobiernos y partidos políticos afines- cuando encaran posibles enfrentamientos francos con los campeones de un neofascismo contemporáneo basado en la cada vez más profunda simbiosis de las corporaciones y el gobierno; en el predominio del capitalismo financiero especulativo sobre el capital productivo y en el brutal desmantelamiento de las defensas sindicales del proletariado, todo con su respectivo discurso ideológico justificador.

El neofascismo se oculta detrás de formas democráticas tradicionales que perduran no obstante haber perdido contenido real a causa de la manipulación de la opinión pública -ya que los medios de comunicación masiva son propiedad de los dueños del gran capital- y de la falta de una democracia participativa, no ya supuestamente representativa.

La percepción popular de la incongruencia interna a la que ha llegado la democracia formal explica el creciente abstencionismo de las masas votantes en los procesos electorales. Tal incongruencia no siempre se analiza bien en el seno de una Academia apegada a definiciones estáticas de fenómenos sociales, económicos o políticos -por

ejemplo el fascismo- <sup>definiciones rígidas</sup> que no permiten la generalización o ampliación semántica de sus términos, como debiera hacerse de acuerdo con los cambios históricos que van sufriendo dichos fenómenos.

Por otra parte, el abuso del término "fascismo" en los medios de la izquierda militante o en los del periodismo político oscurece, en igual medida que la inflexibilidad académica, el significado verdadero del fascismo contemporáneo o neofascismo.

Mucha saliva y mucha tinta han corrido a causa de las discusiones acerca de la caracterización como fascismo de determinados regímenes en distintas épocas: por ejemplo los militares en el poder en América Latina. Sin ánimo de reiniciar aquí tan manoseada polémica, me declaro partidaria de no usar eufemismos y llamar por su crudo nombre de fascismo o neofascismo a la entronización de una de las tendencias económico-ideológicas que ha ido madurando en Estados Unidos y se ha acelerado con la reaganomía. Hay una verdadera simbiosis que viene desde atrás entre el gobierno norteamericano y las grandes corporaciones, lo que Bertram Gross llama big business-big government partnership, alianza que, conjugada con otros elementos, constituye "la pieza central también de las estructuras de poder de los fascismos de Mussolini, de Hitler y de los constructores del imperio japonés"<sup>(2)</sup>. Gross describe el conflicto entre dos tendencias contradictorias en Estados Unidos: "La primera tendencia es un lento y poderoso deslizamiento hacia una mayor concentración del poder y de la riqueza en manos de la asociación represiva entre los grandes negocios, el gran gobierno [...] La otra es una más lenta y menos poderosa tendencia de los individuos, grupos hacia la búsqueda de mayor participación en las decisiones que afectan a miles [...]"<sup>(3)</sup>

El planteamiento anterior suministra base teórica a lo que ocurre hoy dentro de la práctica del capitalismo norteamericano: la derrota del Welfare State a manos del neoliberalismo económico y la reivindicación del capitalismo salvaje sobre un capitalismo <sup>reformista</sup> en retirada<sup>(4)</sup>.

Aunque tal conflicto aparece también en otras sociedades del llamado "mundo libre", en Estados Unidos no sólo alcanza dimensiones considerables y características muy acusadas, sino que a últimas fechas

-bajo la Administración de Ronald Reagan- se ha definido claramente en favor de la primera tendencia.

El investigador José Luis Orozco dice que la historia nacional de Estados Unidos proyecta una imagen democrática y pluralista hasta cierto punto engañosa, porque "si bien su sociedad política nos deslumbra por el colorido democrático y plural", en cambio su sociedad civil oculta una "represividad implacable" (5).

No hay nada más cuestionable en el pensamiento político contemporáneo que el concepto "democracia" sustentado por los reganistas y sus seguidores. El concepto democracia ha devenido en sinónimo de "maquinaria formal del gobierno representativo" hasta caer en el descrédito, gracias sobre todo a la utilización del mismo para justificar en su nombre las intervenciones del imperialismo norteamericano en el Tercer Mundo, notablemente en América Latina y más concretamente en Centroamérica y en el Caribe.

Pablo González Casanova recoge un sentir generalizado al expresar lo que sigue: "Cuando se ve que hay fuerzas que luchan por la democracia y contra el pueblo; por la democracia y contra la nación; por la democracia y por el Fondo Monetario Internacional; por la democracia y por la política intervencionista y expansionista del gobierno norteamericano; cuando se ve que la decadencia de los gobiernos militares coincide con el aliento a ese tipo de democracia, no puede uno menos de preguntarse ¿de qué democracia se trata y qué función cumple?" (6).

De hecho, en la medida en que se ha ido pudriendo el concepto liberal de democracia, y que ésta ha ido acendrando su almendra elitista y su condición mediatizadora de las luchas sociales, ha ido tomando cuerpo

su transformación en lo que llamaríamos "neofascismo" para diferenciarlo etimológicamente del fascismo de entre guerras. Creo que la discusión no debe centrarse en si es o no fascista el sistema socio político, filosófico y económico madurado en Norteamérica bajo el dominio del complejo militar-industrial, la inspiración religiosa fundamentalista de la "mayoría moral", la histeria anticomunista y la tarea modeladora de la psicología social que ejercen los medios de comunicación masiva, especialmente la televisión. La discusión debería centrarse en si el fenómeno neofascista está en proceso de culminación o si apenas se han satisfecho las premisas para su desarrollo ulterior.

No obstante las referencias personales a Ronald Reagan, a su equipo gobernante y a sus seguidores, se debe aclarar que el fascismo actual del que se habla no surge a causa de aquellas figuras, sino que, como afirma Bertram Gross, surge de "la lógica oculta del crecimiento trasnacional de la sociedad capitalista y de las respuestas tentativas para remontar la crisis en un mundo capitalista empequeñecido [...]. El nuevo orden surge como consecuencia de las poderosas tendencias dentro del Establecimiento mismo" (7).

Bertram Gross utiliza el término big government para describir y rechazar la injerencia del Estado de bienestar o interventor expandido en múltiples direcciones -en la estructura económica y en la superestructura cultural- tal como también lo utilizan los neofascistas o ultraliberales en sus campañas contra el Estado de bienestar. Es decir, que a partir de filosofías políticas distintas puede coincidirse en rechazar el "gran gobierno". La explicación de este aparente contrasentido proviene de que tanto el autor antifascista citado como los propios neofascistas actuales tienen en común la herencia del



liberalismo clásico -enemigo de toda injerencia estatal- y están conscientes de la conflictiva que surge en la práctica por el carácter monopolista del capitalismo de hoy (de las grandes empresas transnacionales), que niegan u obstaculizan el "libre juego de las fuerzas del mercado". Para los neofascistas de hoy su Dios no es el Estado, si no el mercado, por lo menos en teoría. El carácter totalitario que tuvo el Estado para los fascistas de ayer, lo tiene el mercado para los neofascistas de hoy.

Dicho sea de paso, una de las batallas ideológicas mejor ganadas por el neoliberalismo económico (por el capitalismo en general) es la propagación universal del concepto "libertad" definido como irrestricción absoluta para el mercado y sus fuerzas, soslayando al mismo tiempo el profundo carácter social, moral y filosófico que posee el concepto "libertad." Esta tergiversación, al igual que la efectuada con el concepto "democracia," está en la médula de las campañas anticomunistas más irracionales que presenciamos a diario.

No obstante el uso y el abuso del término "libertad" que efectúan los reaganistas, no son ellos ni sus creadores ni sus descubridores. El concepto sui generis de "libertad" nace y se desarrolla en Norteamérica, desde muy atrás, en estrecha relación con el concepto de "Estado." Nada más lejos de la mentalidad norteamericana que la idea lógica, pura, cartesiana, de un Estado piramidal vertebrador u organizador de la sociedad, o la visión instrumentalista del Estado que brinda el materialismo histórico. Ni Hegel ni Marx. En Estados Unidos hay una profusa literatura política que nos quiere hacer creer que el núcleo central del Estado es el mercado y que por eso reinan allí el espíritu y la letra de un liberalismo económico más o menos puro. Ni es así ahora, ni lo fue en sus comienzos.

La economía incipiente de Norteamérica sólo pudo aceptar ciertos principios del liberalismo y rechazar aquéllos que la hubieran puesto a merced de la industrializada Inglaterra de entonces. Así, pues, los norteamericanos se volvieron intensamente proteccionistas cuando se sintieron débiles; sólo cuando se sintieron fuertes adoptaron el liberalismo económico. Para entonces las guerras napoleónicas les ofrecieron la oportunidad de efectuar grandes negocios.

En la actualidad ocurre algo paralelo. Estados Unidos enarbola banderas de un neoliberalismo agresivo que en la práctica resulta un mito, ya que, por un lado, los máximos monopolios conocidos bajo el nombre de empresas transnacionales -las que han adquirido dimensiones gigantescas- impiden el funcionamiento de las leyes del mercado en el intercambio comercial; por otro lado, Estados Unidos principalmente, pero en general todas las economías desarrolladas, ejercen hoy un fuerte proteccionismo frente a las manufacturas del Tercer Mundo. ¿Dónde está, entonces, el liberalismo económico?

He aquí un tema para escribir varios volúmenes, ya que se trata del elemento pivote del conflicto mayor dentro del capitalismo mismo: el conflicto entre el capitalismo salvaje o sin freno (el neoliberalismo económico y el darwinismo social) y el capitalismo reformado (el Estado de bienestar).

Tomando en cuenta el carácter monopolista del capital y la gran injerencia estatal en la economía en la sociedad capitalista moderna, no parecerá raro encontrarse con la expresión "fascismo blanco" para calificar el Estado de bienestar. Aunque se trate de una falacia, la acusación es comprensible: ciertamente un vasto neocorporatismo carac

teriza el Estado de bienestar; pero es un corporatismo compatible con el juego electoral de los partidos políticos y con una intensa actividad parlamentaria. A esto se añade el fanatismo ultraliberal que no tolera ninguna intervención del Estado (que no sea en favor del capital) en la economía, a la cual ve como coto cerrado de caza de la empresa privada; tampoco acepta que el Estado se convierta en líder político indiscutido y en árbitro supremo en los conflictos entre el capital y el trabajo como ocurre en el Estado de bienestar.

Ante un fenómeno nuevo como fue el reconocimiento y la aceptación de la clase obrera (de la fuerza de trabajo) como factor actuante en el análisis económico del proceso productivo -tal como lo hizo Keynes- los ultraliberales consideraron como "represor" el nuevo Estado social que resultó de aquella transformación teórica y práctica económicas, ya que el nuevo Estado racionalizaba el libre juego de las fuerzas del mercado. Al considerarlo represor (pero de sus intereses) los ultraliberales lo tildaron paradójicamente de fascista, con lo cual cometieron la misma exageración de los ultraizquierdistas cuando también identifican los términos "represión" y "fascismo", excluyendo de este último otros significantes quizás más decisivos.

El Estado de bienestar no sólo no es fascista, sino que constituye un dique contra el fascismo, al propiciar un cierto equilibrio entre las fuerzas adversarias del capital y del trabajo, y al impedir la agudización de la lucha de clases.

Sólo resta aclarar, en esta confusión en que todos tachan de fascistas a sus enemigos, qué se entiende por neofascismo en el presente trabajo. Para definirlo se parte de las relaciones entre el capital y el trabajo. Cuando en las grandes crisis económicas que tocan las bases profundas del sistema se fortalece la dominación del capital sobre el trabajo al punto de debilitar o anular las defensas de los

trabajadores y sus ideólogos. -ya sea brutalmente, ya sutil pero ~~ci~~  
cientemente- sale a relucir también el cuerpo cultural completo del  
fascismo: discriminación racial, económica y social; intolerancia  
religiosa; exaltación de la fuerza individual o colectiva; preju-  
cios contra la ciencia; delirios de grandeza nacional o de raza;  
búsqueda de predominio universal etc., todo ello en función de la  
cultura propia y sus valores tradicionales del pueblo del que se  
trate y de la evolución social y política en que se encuentren sus  
sociedades. Cambia, pues, toda la parafernalia superestructural. De  
aquí que el <sup>no</sup>fascismo norteamericano sea diferente de lo que fue el  
alemán nazi, y que éste fuese distinto del español de Franco o del  
de los señores de la guerra japoneses.

El fascismo es, en términos generales, un episodio recurrente de la  
lucha de clases histórica, durante el cual la explotación y la opre-  
sión de la clase obrera se agudizan por la debilidad acrecentada de  
esta última y, consiguientemente, por el fortalecimiento del poder  
capitalista en todos los órdenes. Como cualquier otro fenómeno so-  
cial, el fascismo posee carácter histórico, es decir, susceptible de  
transformación en el tiempo y en el espacio humanos, tal como ha ocu-  
rrido con el fascismo contemporáneo o neofascismo.

Las gigantescas empresas transnacionales de hoy constituyen la expre-  
sión máxima del capitalismo monopolista, y esta última condición es  
resultado lógico del desarrollo capitalista, lo que quiere decir que  
el capitalismo contemporáneo ha roto en la práctica -por su condición  
monopólica- buena parte de sus lazos antiguos con el liberalismo eco-  
nómico; pero esto no determina, necesariamente, la aparición del Es-  
tado benefactor; puede adquirir, como nos dice la experiencia, posi-  
ciones fascistas de dominio. Por otra parte, la empresa transnacional  
agudiza sus conflictos con el Estado-nación tradicional, el cual, por  
evolución histórica, se convirtió frecuentemente en el Estado inter-  
ventor que conocemos bajo el nombre de Estado de bienestar.

Lo anterior, como se comprenderá, vuelve ambiguos los discursos ideológicos tanto del capitalismo salvaje de los neoliberales -porque se volvió hueco su fundamento de libre mercado- como el del Estado de bienestar de los reformistas que descansa también sobre la condición monopólica del capital. Esto hay que tenerlo en cuenta en cualquier análisis de la problemática internacional, ya que no es posible seguir soslayando el fenómeno de la separación entre los liberalismos económico por un lado, y filosófico-político por el otro lado. Puede decirse que ha ocurrido "el repliegue y el amedrentamiento del liberalismo político en nombre del liberalismo económico y el sacrificio de la libertad intelectual en nombre de la libertad de mercado [...]"<sup>(8)</sup>.

El Estado de bienestar es fiel, ciertamente, al discurso filosófico-político del liberalismo clásico (de aquí que los miembros del Partido Demócrata en Estados Unidos -defensores del Welfare State- se digan a sí mismos "liberales"); pero ha abandonado su principio económico de la separación del Estado y la economía. En cambio, el capitalismo salvaje (encarnado en la reaganomía) repudia el discurso filosófico-ideológico y manipula el político del liberalismo clásico, aunque pretende regirse por el principio económico cardinal de éste: el libre juego de las fuerzas del mercado. Y digo que pretende porque la condición monopolista del capitalismo desarrollado de hoy es contraria a la total libertad de mercado: de aquí la ambigüedad en la práctica.

La intervención del Estado para regular la economía capitalista es un hecho irreversible en la sociedad occidental de capitalismo avanzado y se explica en razón de su gran crecimiento económico y, más que todo, de su desarrollo social (así como la intervención del Estado en

las economías capitalistas atrasadas se justifica, precisamente, por su atraso o, mejor dicho, por su subdesarrollo).

Es imposible compaginar la condición monopolista del capital y la libertad de mercado. Por lo contrario: es en la regulación de este último en donde encuentra su principal razón de ser el Estado capitalista de hoy; por eso todo el alegato en favor de la "deseable" libertad de la empresa privada frente a la "execrable" planificación económica estatal es un alegato puramente ideológico para justificar -y aprovechar- el dominio total del capital sobre el trabajo (de los empresarios sobre los trabajadores) y de los países ricos sobre los pobres (de los países propietarios sobre los países "asalariados").

Por demás está añadir que la planificación capitalista es sólo pragmática y no general como lo es la planificación socialista, por lo que también es pura ideología la acusación de "marxistas" que enderezan los conservadores contra los reformistas.

No sólo por un prurito de exactitud en la utilización de los términos, sino también por una comprensión mejor de estos problemas, valdrá la pena detenerse a considerar las diferencias entre "intervención" y "planificación" tratándose de la economía y el Estado. Gunnar Myrdal (Beyond the Welfare State, 1960) considera que la controversia entre los partidarios de una economía "libre" y una "planificada" está fuera de los límites científicos y que no es sino una "superficial, irreal, estéril y antitética manera de ver las cosas heredada de épocas remotas en un tipo de sociedad diferente" (9). Enfatiza su idea al asegurar que para que se realice la inevitable tendencia a la planificación en las economías capitalistas modernas "han contribuido muy

poco las ideas y las ideologías, las teorías y la propaganda, los programas políticos y la acción política conscientemente dirigida hacia el fomento de la planificación" (10).

Mucho me temo que coincidir con Myrdal en este último juicio significaría negar la enorme influencia de la revolución teórica promovida por J.M. Keynes en la ciencia económica, a menos que Myrdal -premio Nobel de economía- pensara -y entonces sí estaría de acuerdo con él- que fue el desarrollo del capitalismo en la práctica (que incluía intervenciones estatales en la economía) lo que inspiró a Keynes; pero añadiendo también que la teoría keynesiana posteriormente influyó en el desarrollo capitalista (en la planificación de la economía).

El tema se prestaría a más complejas discusiones, y, como siempre, habría que precisar el alcance de los términos en la discusión, los cuales, en este caso, son "intervención" y "planificación". Aunque la intervención del Estado en la economía aparece desde los albores del capitalismo -pero no en forma deliberada y organizada-, hoy día la discusión sobre su atingencia o no se centra en la planificación y en la participación activa del Estado como sujeto actuante en la economía, ya que nadie en posesión de sus facultades mentales podría rechazar la intervención necesaria del Estado en la economía. Para Myrdal una de las grandes fuerzas que impulsaron la tendencia a la planificación fue el creciente monto de las intervenciones estatales que requieren coordinación.

Este tipo de discusión ha sido una constante en la sociedad norteamericana en especial, aunque la reaganomía -con el apoyo del thatcherismo- ha generalizado su exportación ideológica hacia el mundo entero,

al fomentar o imponer políticas económicas neoliberales en los países bajo su influencia o dominio.

No está por demás recordar que los grandes mitos liberales, manejados oportunamente por el gran capital, han encontrado mayor arraigo en los países anglosajones por su prolongada tradición de gobiernos surgidos de la sociedad civil y por el rechazo inveterado del Estado como rector de la vida sociopolítica y económica.



7

Todo lo que ocurre en el ámbito norteamericano se difunde, o adquiere eco y resonancia, en el resto del mundo llamado occidental. Aunque no nos guste reconocerlo, vivimos en una época dominada por la "pax americana". Las fuerzas reaccionarias de cada uno de los países capitalistas se articulan en el gran aparato internacional montado por las corrientes más retrógradas del capitalismo norteamericano y fortalecido gracias a los medios locales de comunicación masiva avasallados por el american way of life. Las revelaciones sobre la ramificación internacional de las maniobras secretas ilegales del gobierno estadounidense, dadas a la luz pública durante el reciente escándalo del llamado Irangate, ilustran la afirmación anterior.

Así, pues, no son los hechos mismos de la reprivatización de las economías traída por la liberalización económica y del endurecimiento filosófico-político en el mundo capitalista los que principalmente se comentarán aquí, ya que su predominio actual es evidente, sino el por qué de su aparición en nuestra época y de la posibilidad de su desaparición en un futuro impreciso aun. Implícita o subyacente -para no decir marginal- se encontrará en este estudio la preocupación por conocer la verdadera naturaleza del capitalismo: ¿es la búsqueda de la ganancia la cruda y única realidad del mismo? ¿Es el crecimiento de las fuerzas productivas el motor que lo impulsa? ¿Es la pura inercia del crecimiento lo que lo mueve? ¿Es en el capitalismo salvaje en donde hay que buscar su faz auténtica o debe buscarse ésta en el capitalismo reformado del Estado de bienestar? Obtener la respuesta derivándola del enunciado de Marx de que "el motor de la historia es la lucha de clases" y conformarse <sup>exclusivamente</sup> con ella equivaldría a castrar toda investigación sobre el capitalismo posterior a él. En nuestros días hay que añadir al conocimiento del capitalismo de Marx el

conocimiento del capitalismo de Keynes (lo que, por otra parte, confirmaría la función histórica de la lucha de clases).

Ciertamente el dominio que ejerce un actor avezado en la utilización del más poderoso y popular de los medios de comunicación masiva puede considerarse un elemento importante para explicar por qué los estadounidenses votan por Ronald Reagan (por su irresistible sonrisa); sin embargo, no es ése el caso de los ingleses cuando votan por la sin gracia señora Thatcher o de los franceses en relación con el poco carismático Jacques Chirac. Y ¿qué decir del apoyo de las masas priístas al desangelado Miguel de la Madrid?

El fenómeno desconcertante de grandes mayorías que votan limpiamente por proyectos político-económicos favorecedores del gran capital y, por ende, agresores de los intereses populares, es uno de los signos sobresalientes de nuestra actualidad. Hasta el Partido Demócrata de Estados Unidos arriaba parte de sus banderas reformistas ante el arrollador empuje de la ofensiva conservadora de los republicanos, tal como se desprende de diversas votaciones en el Congreso de aquel país, en las que una parte de los diputados y senadores demócratas apoyaron iniciativas del Ejecutivo contrarias a principios medulares del Partido Demócrata, por ejemplo la progresión en el impuesto federal sobre la renta.

Si no es acertado explicar tal fenómeno desconcertante a partir de personajes más o menos seductores que encarnan dichos proyectos reaccionarios, tampoco lo sería achacarlo exclusivamente a la baja politización de las masas votantes cuyos componentes no saben distinguir la verdadera secuencia causa-efecto en los males socioeconómicos que

los agobian. Se impone, pues, buscar razones más válidas. Ellas, no cabe duda, se encontrarán en la declinación y posterior deterioro de la organización social que, bajo el nombre genérico de Estado de bienestar (Welfare State, Wohlfart Staat, État Providence, Välfärds Staten) floreció durante el período de mayor y más prolongado auge del capitalismo en toda su historia: aquél que cubre desde la posguerra en los años cincuentas hasta el comienzo de la crisis en los años setentas.

La incapacidad del Estado de bienestar o interventor -populista o patriarcal entre nosotros los tercermundistas latinoamericanos- para ofrecer soluciones a la gran crisis global del capitalismo de hoy resulta mejor explicación que la sonrisa de Ronald Reagan -o el carisma de cualquier otro dirigente- para comprender la predilección por proyectos reaccionarios, por parte de las masas votantes, en los procesos electorales de los países democrático-burgueses. En realidad votan contra gobiernos o políticas que consideran fracasados. Pero antes de entrar en la discusión de por qué <sup>(¿fracaso o derrota?)</sup> fracasa el Estado de bienestar, se debe primero tratar de caracterizarlo, para seguir, después, con el intento de justificar la hipótesis central del presente trabajo: la posible alternancia del capitalismo salvaje y del capitalismo reformado mientras siga vigente el sistema capitalista de producción (de la producción material y de la espiritual); hipótesis que toma en cuenta las <sup>actúan</sup> ~~se producen~~ modificaciones que se producen mutuamente ambos tipos de capitalismo.

# CAPÍTULO PRIMERO

## EL ESTADO DE BIENESTAR

### Caracterización

Decir Estado de bienestar equivale a decir fortalecimiento del poder adquisitivo del salario y ampliación del mercado consumidor, en sentido económico; a decir democracia representativa avanzada - no obstante el fuerte corporativismo que lo caracteriza-, en sentido político; equivale también a decir aumento sensible de la seguridad social y ensanchamiento y complejidad de las capas medias, en sentidos social y sociológico, y a decir intento de solidaridad humana, en sentido moral.

Si categoría económica, el Estado de bienestar debe estudiarse en tanto causa y efecto de la economía mixta con todas sus complejas consecuencias; si categoría política, como reforzamiento y consolidación de prácticas partidaristas y actividades parlamentarias que conforman vida política y procesos electorales propios de la democracia liberal-burguesa (aunque no se descarta la posibilidad de otras objetivaciones inéditas aun -distintas de la actividad electoral y parlamentaria- que expresasen también el reformismo político); si categoría social, como establecimiento y mantenimiento de prácticas e instituciones en materia de seguridad social (en las ramas de salud, vivienda, educación, empleo, recreación, pensiones y otras); si categoría filosófico-ideológica, como alegato en favor de un individualismo cuya ferocidad, adquirida en la práctica capitalista, se intenta mitigar con la prédica cristiana y el idealismo clásico.

Como se comprende por lo dicho hasta aquí no se le da al término Estado de bienestar el sentido restringido que con frecuencia se le otorga al señalar con él exclusivamente las instituciones y la prác

7

tica de la seguridad social. Se utiliza el término en su sentido más lato: como fruto maduro, en diversos aspectos, del capitalismo reformado (y reformista), aunque aceptando, por supuesto, que la seguridad social constituye el núcleo <sup>esencialmente dicho</sup> del Estado de bienestar.

En el estudio presente interesan más las coincidencias que las diferencias en las sociedades capitalistas avanzadas; más lo que tienen en común en Welfare State en Norteamérica y las variadas socialdemocracias europeas, que en lo que discrepan. Se trata de identificar la forma que ha tomado el progreso social mediante la interrelación de la expresión política, del contenido sociológico, de la cobertura ideológica y del financiamiento económico. Por eso se identifican aquí los términos "Estado de bienestar" y "socialdemocracia", a pesar de que el último suele circunscribirse al área europea en exclusividad (lo cual tuvo su razón de ser ayer, pero hoy parece un abuso). Aunque no sea el tema central de este estudio, interesa mucho la forma que toma el reformismo en nuestros países latinoamericanos de sociedades capitalistas subdesarrolladas.

Se presenta el Estado de bienestar como resultado de la profundización -en el terreno de las conquistas sociales- de la democracia puramente política que constituyó el máximo logro político de los liberalismos filosófico y económico. Sus conquistas en el campo económico -asumiendo que la economía "mixta" constituye obligada transformación del capitalismo salvaje- no van más allá del financiamiento de la seguridad social mediante reformas en la tributación fiscal en el mejor de los casos, o lo que se desprende del mejoramiento mismo del nivel general de vida, ya que la célebre participación de

los trabajadores en las utilidades de la empresa no pasa de ser una broma de mal gusto mientras no cambien las estructuras económicas y las relaciones sociales en la producción.

Es importante señalar que las conquistas sociales descritas fueron fruto de las durísimas luchas mantenidas desde el siglo pasado por las clases obreras de los países industrializados. Entre nosotros el equivalente del Estado de bienestar del capitalismo desarrollado tomó la forma de ese fenómeno tan latinoamericano llamado "populismo", el cual, en México, se identificó con el proyecto nacional surgido de la gran revolución de 1910.

Pecan de inconsecuencia quienes se refieren a las conquistas sociales dentro del Estado de bienestar englobándolas en lo que despectivamente llaman "libertades y reformas burguesas", como si éstas hubiesen constituido graciosa o magnánima concesión de una burguesía generosa. Confunden, además, la comprensión del por qué el Estado de bienestar se inscribe dentro de las corrientes más genuinas de los movimientos obreros.

Debe quedar muy claro que el Estado de bienestar representa un con

junto de reformas al sistema capitalista que si bien responden a la presión de la lucha de clases, son reformas que no tocan sus cimientos económicos; también responden a necesidades del capitalismo en su evolución histórica.

El auge sin paralelo del capitalismo -de fines de la segunda guerra mundial a comienzos de la crisis económica de los años setentas- no sólo coincide con el auge del Estado de bienestar o Estado interventor: de hecho se identifican. El origen de tal identidad debe buscarse en la creciente y fecunda intervención del Estado en la economías capitalistas avanzadas. Según Ian Gough "la creciente socialización de la producción exige una mayor intervención del Estado para garantizar la acumulación privada y la rentabilidad: de allí los gastos de capital social en caminos, educación, investigación y desarrollo etc." El mismo autor se apoya en James O'Connor para afirmar que "el crecimiento del Estado es a la vez causa y consecuencia del capital monopolístico" (9<sup>av</sup>).

El fenómeno no puede explicarse en toda su complejidad con la sola argumentación económica. La exigencia en un determinado momento de mayor y mejor -aunque relativa- distribución del ingreso nacional y de la imposición fiscal mediante la función reguladora del Estado, obedece no sólo a necesidades de diluir el financiamiento de la infraestructura por medio de una "democratización" de la carga impositiva fiscal (10<sup>a</sup>) y de fortalecer poder de compra y de ampliar mercados internos; tampoco la justifican en exclusividad las presiones por mejorar salarios y niveles de vida de la clase obrera organizada. Responde también al poderoso imperativo histórico de "humanizar" la sociedad -hoy todavía capitalista- ya que la humanización del indi-

viduo -su creciente "hominización"- es imposible si no se desprende de la humanización colectiva; el hombre es el ser social por excelencia, y esta condición es la que lo ha distinguido en el conjunto de las especies que evolucionan.

El llamado Estado de bienestar o benefactor representa un grado apreciable de humanización colectiva, pese a la filosofía individualista que hereda del capitalismo salvaje al que reforma, y pese también a la desigualdad económica que mantiene. Se habla de "humanización" - y no de "hominización" exclusivamente- en relación con el hombre actual, porque se le quiere imprimir al término "sociedad" un carácter ético, producto de la cultura avanzada, para describir el fenómeno inevitable de la incesante evolución del animal-hombre.

Además, por lo general no se toma en cuenta lo que constituye una de las características más relevantes de la corriente medular del proceso histórico: la tendencia hacia la democratización, es decir, a la participación creciente de las mayorías en todos los órdenes de la vida, no obstante los <sup>y a veces prolongados</sup> frecuentes reveses coyunturales que sufre dicha tendencia.

Resulta sensato, pues, aceptar que en el llamado reformismo, al igual que en cualquiera otra fase de la organización social, al fenómeno económico lo fortalece y lo impulsa el fenómeno filosófico-social, y que éste se vuelve real, o por lo menos pierde buena parte de su condición ideal, gracias a aquél. El Estado de bienestar no podrá entenderse cabalmente si no se le estudia, simultáneamente, como organización socio-económica, como expresión política y como intento de afirmación moral de la sociedad capitalista avanzada. Constituye el



fruto más logrado del capitalismo, además de satisfacer en buena medida las demandas del humanismo burgués en lo filosófico. Son muy conocidas, a este respecto, las posiciones filosóficas -humanistas y cristianas- de los grandes ideólogos de la socialdemocracia contemporánea: Willy Brandt, Bruno Kreisky y Olof Palme (11).

Para decirlo en una palabra: el Estado de bienestar justifica el capitalismo, lo cual es otra manera de decir que lo legitima ante las mayorías, y ante ciertas minorías intelectuales también: es la democracia política propia del Estado de bienestar (de la sociedad capitalista avanzada contemporánea) la que por lo regular los inspira para defender la "democracia" en abstracto frente a las groseras dictaduras de derecha y a las discutidas dictaduras de izquierda.

### En Europa (socialdemocracia)

El discurso teórico-ideológico del Estado de bienestar precedió, en Europa, a su realización práctica en Norteamérica. Bajo el nombre de socialdemocracia fue conformándose en Europa un cuerpo doctrinario político-filosófico y un conjunto de cambios económicos que respondían tanto a posibilidades del movimiento obrero por ganar mejoras en los niveles de vida y en condiciones de trabajo, como a necesidades de los propietarios de permitir reformas saludables cuando se perfilaba la incapacidad de la empresa privada para financiar, por sí sola, la gigantesca infraestructura que para seguir desarrollándose exigían unas fuerzas productivas en ascenso.

A este considerable aumento de las fuerzas productivas en los años veinte contribuyeron tanto la integración en la industria civil de innovaciones tecnológicas de origen militar -originadas durante la guerra de 1914- como la reorganización político-sindical de la

fuerza del trabajo en la posguerra. Sin embargo, el proceso económico-social que generaría la necesidad de la intervención planificadora del Estado en la economía es mucho más complejo y viene de más atrás. También habrían ido cambiando los escenarios sociológico y psicológico, (por ejemplo la desacralización de la propiedad y de las funciones del mercado), en favor de la intervención estatal a medida que el liberalismo económico resultaba insuficiente -en gran medida por la caída de los mercados de competencia- para paliar las frecuentes crisis internacionales desde finales del siglo XIX. Un análisis amplio y detallado de las fuerzas internas que están tras la tendencia hacia la planificación en los países occidentales se encuentra en la obra ya citada de Gunnar Myrdal.

Esta situación propició la amplia intervención del Estado en las economías capitalistas avanzadas. Las clases propietarias abandonaron las filas del liberalismo económico rígido y una parte de ellas enarboló banderas estatistas. El esfuerzo conjunto efectuado durante la guerra <sup>de 1914</sup> por el Estado y por las empresas privadas había lesionado el principal tabú del liberalismo -la intervención del Estado-, así como había puesto de manifiesto, además, la efectividad de la planeación en la economía. Gunnar Myrdal comenta en su libro citado que aquel tabú era sólo teórico, ya que las intervenciones del Estado en la economía existían desde siempre en la práctica, intervenciones desordenadas que necesitaron regularse mediante la planeación.

Incidentalmente se dirá que la intervención del Estado, desde un punto de vista político, se explicaría de otra manera. Con apoyo en juicios del investigador Ian Gough puede afirmarse que a causa de la implacable competencia en sus negocios las clases dominantes tienden a

desorganizarse políticamente, mientras que por su común explotación las clases dominadas tienden a organizarse políticamente. De aquí que "el Estado capitalista actúe simultáneamente para organizar las clases dominantes como fuerza política y para desorganizar políticamente las clases dominadas" (12).

Estos juicios de Gough conservarían validez si se añadiera que la situación descrita por él está cambiando -o ha cambiado- a causa de la transnacionalización del capitalismo y de la consecuente transformación de las funciones tradicionales del Estado-nación. No importa lo heterogéneos que puedan ser sus componentes, las clases dominantes de nuestros países coinciden a medida que profundizan su dependencia del centro rector de sus economías. Y en lo internacional, la Comisión Trilateral -surgida en 1973- es un ejemplo de eficaz y hasta cierto punto espontánea -ya que no fueron gobiernos sino individuos particulares quienes la crearon- organización de las clases dominantes de los tres centros rectores de la economía capitalista mundial para atenuar la inevitable competencia comercial entre las potencias más industrializadas ávidas de mercados, y poder presentar, entonces, un frente más o menos homogéneo entre los crecientes y peligrosos movimientos de liberación en el Tercer Mundo.

No obstante el éxito-relativo, como veremos más adelante- del "nuevo trato" rooseveltiano en Norteamérica, el Estado de bienestar no floreció del todo allí; en donde adquirió máximo esplendor fue, posteriormente, en Europa, cuando con ayuda del célebre plan Marshall se volvieron a levantar las economías caídas y maltrechas por la segunda guerra mundial.

Se diría que la entonización de la economía mixta, o en todo caso de la creciente intervención del Estado en la economía, en el curso de

la recuperación capitalista que siguió al desastre del año 29 en Norteamérica, necesitaba el clima ideológico, el suelo social, el fertilizante político y el acondicionamiento cultural suministrados por Europa, para contribuir resueltamente a la fundación del pleno o franco Estado de bienestar o socialdemocracia en los años cincuentas y sesentas. Necesitaba, sobre todo, de un movimiento obrero con el grado de madurez política que una larga experiencia de luchas había dado al europeo.

Fue así como se crearon condiciones favorables para el arribo al poder de partidos políticos socialdemócratas -reformistas hablando en términos generales- y para la maduración de la socialdemocracia en sus aspectos político, social, filosófico y económico, todo lo cual caracterizó el proceso histórico en Europa durante el período más floreciente del capitalismo mundial.

#### EN ESTADOS UNIDOS (el Welfare State)

Muy particularmente debería interesar la difícil, lenta y accidentada gestación, desarrollo y apertura del Estado de bienestar (Welfare State) dentro del sistema económico y político y en el seno de la sociedad en Norteamérica; para no hablar de las barreras ideológicas conocidas que se le oponen. ¿Por qué no floreció en Estados Unidos la

socialdemocracia como en Europa? O, si se quiere mejor ¿por qué no hay socialismo democrático en Estados Unidos? Aparentemente existen allí las condiciones de gran desarrollo económico, complejidad social y prolongada práctica democrática burguesa exigidas por el socialismo democrático para manifestarse. Además de las características propias que posee el movimiento obrero en este país, algo debe haber, intrínsecamente estadounidense en su evolución nacional, que diferencia los Estados Unidos de Norteamérica del resto de países de capitalismo avanzado.

Cuando en otras partes se habla de "lucha de clases" los norteamericanos -que niegan la existencia misma de "clases" sociales- entienden "conflicto de intereses" (económicos por supuesto). No hay que olvidar que, como dice José Luis Orozco, "el gran ausente en la historia política norteamericana es Carlos Marx" (13), lo cual no significa que las categorías marxistas no funcionen entre ellos, sino que la tarea del investigador es más complicada, ya que debe separar cuidadosamente, en la historia económica y sociopolítica, lo que en realidad han sido y han llegado a ser, de lo que los norteamericanos piensan y creen que han sido y han llegado a ser.

Quizás los más determinantes de sus mitos se refieren a la versión del mercado como único elemento integrador de toda su vida social y a su persistente negación del papel preponderante que juega el Estado en la aglutinación nacional. En Estados Unidos no se encuentra, ni siquiera en la presidencia, un núcleo de poder único: en la realidad existen varios. No hay tampoco -sigue diciendo José Luis Orozco- una clara relación de dominación (como diría un marxista). Para los norteamericanos es ajeno el concepto "explotación", ya que no es demostrable. Para ellos lo que cuenta es el consenso logrado mediante

la satisfacción del provecho personal: el ciudadano resulta, así, un consumidor político.

Los norteamericanos no sólo desconocen "la razón de Estado" sino que la misma idea de "Estado" es, para ellos, metafísica. Según Crozco, entre los estudiosos del tema, Hegel visualizó, antes que Tocqueville, esta no estatalidad de Norteamérica. Ambos términos, sociedad política y sociedad civil, cobran significados diferentes en Norteamérica con respecto a Europa y a quienes hemos heredado de Europa aquellos conceptos. Nosotros pensamos que una fuerte intervención estatal en determinada dirección puede convertirse en un eficaz instrumento de democratización de la sociedad civil: el Estado de bienestar, por ejemplo, concepto inadmisibile desde el punto de vista norteamericano ortodoxo.

Dice Ian Gough en su libro citado: "El sistema de beneficios sociales, parcial, azaroso y extremadamente desigual de Estados Unidos, revela la relativa falta de poder del movimiento obrero (y la carencia de un partido con base en los sindicatos), así como la naturaleza federal de ese Estado" (14). A continuación añade: "El ostensible avance experimentado en años recientes hace ver que ambos fenómenos están cambiando". Aunque obviamente tal optimista reflexión es anterior a la trágica Administración de Ronald Reagan, pienso -también optimistamente- que volverá el Estado de bienestar a adquirir vigencia y a reanudar su evolución cuando se imponga la marea de descontento con la reaganomía y se renueve el impulso del Welfare State norteamericano.

No obstante mi optimismo, sigo pensando que hay causas profundas, arraigadas en la psicología social, en la cultura política y en el sistema económico del pueblo norteamericano, que forman un valladar for-

midable contra el reformismo capitalista. De algunas de dichas causas hice un somera recuento en unos cuantos párrafos anteriores.

Como sabemos, el reformismo capitalista se expresa en el Estado de bienestar y en el socialismo democrático de los socialdemócratas. ¿Podrían los militantes del Partido Demócrata en Estados Unidos considerarse como "socialdemócratas"? Es, ésta, una pregunta cuya respuesta valdría la pena buscar. Por lo pronto reproduzco una anécdota muy difundida en el periodismo político y nunca desmentida por sus protagonistas: "El presidente James Carter es un socialdemócrata y él no lo sabe", dijo en cierta ocasión Willy Brandt, presidente entonces de la Internacional Socialista.

El proceso económico-social que generaría la necesidad de la intervención del Estado en la economía norteamericana es muy complejo y viene desde muy atrás. Estados Unidos vivió, a partir de 1880 hasta 1920, un período de intensa aceleración de su economía gracias al aumento de inversión en capital constante por la rápida industrialización posterior a la guerra de secesión y a la fuerza de trabajo barata suministrada por los inmigrantes y los trabajadores negros del Sur.

La relación establecida entonces entre el capital constante (los medios de producción) y el capital variable (la fuerza de trabajo) produjo un descenso de la tasa de ganancia, lo cual, a su vez, obligó a recurrir a la innovación tecnológica en gran escala. Esto último se vio favorecido por el comienzo de la explotación de los recursos petroleros y por la "organización científica del trabajo" (taylorismo).

La interpretación anterior hecha por el investigador Manuel Castells

de los análisis marxistas de Gelman y de Mage sobre la tasa de acumulación y la composición orgánica del capital en Estados Unidos a partir de 1980, más el apoyo de este investigador en la obra de Michael Aglietta sobre las crisis en Estados Unidos, me parecen muy convincentes. Es, pues, a Castells, a quien pertenece esta interpretación de cómo se llega a la intervención del Estado en la economía estadounidense.

Como contratendencia al descenso de la tasa de ganancia, los factores aquí mencionados provocaron un notable aumento de la productividad del trabajo, facilitada por las condiciones sociales de la época, ya que entonces el capitalismo, simple o mercantil, se sofisticaba mediante el desarrollo de la banca, la administración, la publicidad, las actividades comerciales y la expansión de los servicios sociales (15).

La intervención constante del Estado en la economía norteamericana es evidente en cada una de las medidas que se toman para impedir el deterioro de las ganancias del capital. La no intervención del Estado en la economía es, pues, más bien una falacia que un mito en la mentalidad estadounidense.

#### EL "NUEVO TRATO" ROOSEVELTIANO

No fue sino hasta después de la avasalladora crisis de los años 29 y siguientes, desatada por un crac financiero, que el capitalismo encontró, en Norteamérica, remedio parcial a sus males de entonces, cuando el "nuevo trato" rooseveltiano fortaleció con su práctica la revolución keynesiana en la teoría económica, dando así, en cierta forma, cuerpo real al discurso ideológico de los antiguos partidos políticos



socialdemócratas europeos. Como un perfecto boomerang, buena parte del viejo proyecto ideal socialdemócrata cruzó el Atlántico y alcanzó Norteamérica, para regresar a Europa y convertirse en realidad social: el Estado de bienestar o socialdemocracia propiamente dicha.

No se crea por esto que no existen bases teóricas y pragmáticas propiamente estadounidenses del "nuevo trato": se encuentran -de acuerdo con el investigador José Luis Crozco- en Theodore Roosevelt (The square deal) y en Woodrow Wilson (The new freedom). El símil del boomerang tampoco excluye la existencia de fundamentos prácticos del Estado de bienestar en Europa, previamente al descalabro capitalista de los años treinta: los antecedentes históricos del Estado de bienestar en Europa han sido ampliamente estudiados en numerosísimos trabajos; pero en el presente estudio tomo el fenómeno cuando madura como una totalidad.

Es oportuno comentar la percepción del "nuevo trato" rooseveltiano por parte de algunos especialistas opuestos a lo que generalmente se piensa acerca de este tema. Como se verá, el comentario es algo más que una digresión o una información adicional: suministra elementos fundamentales para la comprensión del Estado interventor y para calibrar el monto de su participación en el vencimiento de la gran depresión de los años treinta. Los autores Baran y Sweezy niegan esto último; oigamos lo que opinan: "El new deal considerado como operación de salvamento para la economía de los Estados Unidos como un todo, fue, hasta este punto, un claro fracaso. Incluso Galbraith, el profeta de la prosperidad sin guerra, ha reconocido que ni siquiera se aproximó a la meta durante los años treinta. 'La gran depresión de los treinta -dice Galbraith- nunca llegó a su fin; simplemente desapareció con la gran movilización de los años cuarentas' (16).

A este mismo respecto opina el investigador francés Pierre Rosanvallon: "Keynes pensaba que la sola percepción intelectual de esta exigencia indicada por la teoría que él acababa de elaborar no bastaría para provocar la reorganización económica y social correspondiente. Escribió -significativamente- en 1940: 'Políticamente parece excluirse que una democracia capitalista organice gastos suficientes para realizar la gran experiencia que verificaría mi tesis, a menos que se produjera una guerra'. Más adelante añade Rosanvallon: "De hecho es solamente después de la segunda guerra mundial que las políticas keynesianas se ponen en vigor. El new deal de Roosevelt no llevó a la práctica más que ciertos elementos limitados de la ecuación keynesiana, esencialmente la dimensión de la intervención económica e industrial del Estado" (17).

Por asociación de ideas cabe aquí un comentario oportuno: tanto las palabras de Galbraith como las del propio Keynes que acabamos de conocer -citadas por Baran, por Sweezy y por Rosanvallon respectivamente- resultan estremecedoras en los días que corren -noviembre de 1987- poco después del crac de la bolsa de valores de Nueva York que arrastró consigo otras bolsas importantes del mundo. Quienes no resistimos la tentación de establecer algunos paralelos entre lo que ocurrió en 1929 y lo que está ocurriendo en 1987 consideramos que cobra realidad el espectro de la guerra como posible alternativa a una depresión profunda en que cayera la economía estadounidense y, por ende, la economía mundial.

Por otra parte, de no presentarse la guerra -por la disuasión nuclear quizás, o por éxito de la ofensiva de paz de la Unión Soviética- sería muy posible que ocurriera lo contrario de lo expresado por Key-

nes, a saber: que una democracia capitalista sí podría organizar gastos suficientes para realizar la gran experiencia que verificaría su tesis (de Keynes). Un Estado de bienestar futuro como el que estoy imaginando más que nuevo sería renovado, como se comenta en otra parte de este trabajo.

De acuerdo con la última parte del comentario de Rosanvallon, el "nuevo trato" pecó por defecto y no por exceso de intervención estatal en la economía. De esto podríamos inferir que un nuevo o renovado -y más amplio y más profundo Estado de bienestar comparado con el que floreció durante el auge económico de los años cincuentas y sesentas- podría cumplir la función que cumplió la gran movilización durante la segunda guerra mundial para restablecer la salud de la economía capitalista enferma en los años treinta. En este caso cobraría realidad la visión optimista de un futuro sin guerra mundial. Dicho <sup>sea</sup> todo esto en la inteligencia de que en un nuevo o renovado Estado de bienestar la intervención oficial en la economía sería más racional y equilibrada.

#### EN AMERICA LATINA (EL POPULISMO)

En teoría, el mismo fenómeno reformista que preside la formación del Estado de bienestar en las sociedades capitalistas desarrolladas determina la aparición de los populismos latinoamericanos. Ambos son resultado de la evolución del capitalismo, aunque en condiciones distintas: de gran desarrollo unos, de subdesarrollo, otros. Además, otras características propias, condicionadas por la historia y la geografía latinoamericanas, modificaron y distorsionaron los resultados de un fenómeno común en la evolución capitalista: el reformismo.

En ausencia de un movimiento obrero importante -por debilidad numé-  
rica o política, o por ambas condiciones juntas- en América Latina  
las burguesías nacionalistas y fuertemente antimperialistas -en su  
momento- que defendían sus espacios económicos en circunstancias par-  
ticularmente favorables para la industrialización acelerada de estos  
países, tomaron la iniciativa para fortalecer la gestión de un Estado  
interventor y defensor de los intereses nacionales frente al imperia-  
lismo norteamericano.

Al mismo tiempo, la ausencia de partidos políticos reformistas de base  
obrero (como los socialistas o socialdemócratas en Europa) que se cons-  
tituyeran en guías de la evolución política hacia la maduración de un  
Estado de bienestar en sentido estricto -lo que, por otra parte, era  
imposible por incapacidad económica- determinó la aparición de los  
líderes carismáticos tan propios de la evolución política latinoameri-  
cana.

Como se ve, el llamado populismo latinoamericano no tiene nada que ver  
con los populismos de origen agrario ruso y norteamericano; buscarle  
antecedentes en estos últimos sólo conduce a confusiones. Quizás se  
evitaría la tergiversación del término "populismo" si lo cambiáramos  
por el de "popularismo", por ejemplo, para referirnos al fenómeno la-  
tinoamericano.

Para establecer una analogía entre el populismo latinoamericano y la  
socialdemocracia europea o Estado de bienestar parto de la premisa fun-  
damental de que en el primero el Estado cumple la misma función refor-  
mista -frente a sus propias fuerzas del capital y del trabajo- que  
cumple el Estado en los segundos frente a sus respectivas fuerzas del  
trabajo y del capital. Esta equivalencia que establezcó -toda propor-

ción guardada- toma en cuenta las diferencias en las características de las sociedades capitalistas de desarrollo desigual.

Al referirme aquí a este fenómeno tan latinoamericano conocido como populismo prescindo de la carga peyorativa que se le ha impuesto al equipararlo a desorden, demagogia, despilfarro y corrupción, todo lo cual ha existido ciertamente en el populismo, pero no como características intrínsecas suyas ni como pertenecientes a él en exclusividad: aparecen también, en igual o mayor abundancia, en regímenes no populistas; Margaret Thatcher acusa a los laboristas en Inglaterra de lo mismo, así como Ronald Reagan a James Carter en Estados Unidos, o Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari a los regímenes de Luis Echeverría y José López Portillo en México.

En este trabajo se maneja el concepto encerrado en la verdadera acepción del término populismo, rescatándolo de la manipulación del mismo que han efectuado los capitalistas neoliberales y sus ideólogos para desprestigiar las políticas sociales del Estado de bienestar. En México fue contundente la derrota ideológica del Gobierno populista frente al discurso de la derecha en este renglón, a raíz de la nacionalización de la Banca, cuando los exbanqueros lanzaron todas sus baterías propagandísticas contra el presidente en turno, llamándolo "populista" en forma peyorativa, en un ataque ad hominem contra las políticas sociales del régimen.

Tales habladurías no debieran tener cabida en el discurso académico; pero desgraciadamente con suma frecuencia la tergiversación dolosa del término populismo permea los muros de la Academia, volviendo cómplices de la reacción o derecha política a muchísimos profesores y

estudiantes que son o se dicen de izquierda o progresistas; para no hablar del ciudadano común, quien muestra desconfianza frente al Estado social porque previamente <sup>lo</sup> han satanizado ante sus ojos.

Por otra parte, reitero los mismos argumentos al reivindicar el auténtico significado de "populismo" -concepto mucho más complejo, aunque en buena parte sinónimo de "políticas populares"- para que no se malinterprete la calificación de populistas a las políticas cardenistas de los años treinta en México. Se debe recordar que, así como hay grandes diferencias entre las socialdemocracias sueca, alemana o inglesa, también las hay entre los populismos cardenista en México, varguista en Brasil o peronista en Argentina. Si alguna situación puede compararse con la de México es la de Venezuela, ya que en ambos países la renta petrolera permitía un mayor margen a las políticas sociales populistas (bajo los mandatos de los presidentes Carlos Andrés Pérez en Venezuela y Luis Echeverría y José López Portillo en México), que en los países en donde las políticas populistas debían financiarse <sup>por</sup> <sup>de</sup> ~~se~~ vía los impuestos.

El reformismo capitalista mexicano ha desarrollado en nuestro país un esquema propio paralelo -aunque no simultáneo- al proceso formativo de las socialdemocracias europeas: un Estado equilibrador y paternal; un tácito pacto de no agresión mutua entre las fuerzas del capital y del trabajo organizadas oficialmente, todo en aras de aumentar las fuerzas productivas de la nación, y una justificación teórica, doctrinaria e ideológica de tal estrategia "revolucionaria". Es decir: Lázaro Cárdenas, Fidel Velázquez y Vicente Lombardo Toledano, redescubiertos por Luis Echeverría, proyectados internacionalmente por el propio Echeverría y por José López Portillo, y cuestionados fieramente

por Miguel de la Madrid.

Varios de los elementos constitutivos básicos de un proceso socialdemocratizador están presentes hoy entre nosotros -por lo menos hasta inmediatamente antes de los frenos impuestos por De la Madrid- o se iniciaron durante el populismo cardenista. Son ellos: el fortalecimiento del Estado como rector de la actividad económica; el ensanchamiento de la clase media, el arraigo de instituciones como el Seguro Social, el INFONAVIT, el ISSSTE y otras; el énfasis en la educación pública; el discurso ideológico oficial basado en los principios de solidaridad y justicia sociales, y, más que todo, la existencia de un tácito compromiso del movimiento obrero organizado para supeditar la lucha de clases al desarrollo de las fuerzas productivas del país.

Tales presencias en México volvieron más notable la ausencia de un verdadero pluralismo político -expresado en una auténtica actividad parlamentaria- característico de las socialdemocracias históricas a pesar de su corporatismo, ya que ambas condiciones juegan en planos diferentes. Los partidos socialistas (de tipo europeo) y los socialdemócratas pierden o ganan el poder político en los procesos electorales democrático-burgueses, y los parlamentos imponen sus funciones tradicionales en los gobiernos respectivos, por una parte, mientras que, por la otra parte, las instituciones de la seguridad social; las empresas monopólicas privadas, nacionalizadas o paraestatales; las organizaciones patronales y los poderosos sindicatos se comportan como corporaciones en sus relaciones con el Gobierno.

En México, no obstante su primitivismo político y su fuerte corporatismo, batallas populares continuas por ganar canales de expresión polí-

tica culminaron en el estallido nacional que cobró forma en el movimiento estudiantil de 1968, de cuyo seno arrancaron las raíces inmediatas o más cercanas de la actual reforma política.

El desarrollo social y el económico propios, y ahora el político, de la nación mexicana la han llevado a una situación equivalente o semejante a la socialdemocracia histórica, o, por lo menos, la han colocado en el camino de serlo. De aquí que los intentos por torcer su rumbo hacia concepciones neoliberales promovidas por el Fondo Monetario Internacional y por presiones de empresas y Gobierno norteamericanos -intentos que se han vuelto realidad en el actual Gobierno de De la Madrid- hayan encontrado fuertes resistencias en buena parte de la llamada clase política en el poder: así se explica la aparición de fisuras en el partido político gobernante al surgir la llamada Corriente Democratizadora en su interior, la que ha levantado muchas expectativas políticas en el país.



## CAPÍTULO SEGUNDO

### LA CRISIS ECONÓMICA

#### ¿ QUÉ ES UNA CRISIS ?

El antagonismo de las clases sociales se evidencia con suma crudeza durante una crisis económica porque eso es, precisamente, una crisis económica: la agudización de las contradicciones latentes entre los elementos constitutivos del capital, es decir, entre el capital constante (los medios de producción) y el capital variable (los salarios) mientras subsistan las relaciones sociales capitalistas en la producción. Se manifiesta visiblemente al imponerse una recesión, reducirse la producción y aumentar la competencia: estos fenómenos se han originado en una previa sobreproducción. Dicho en términos más político-sociales: una crisis es el agravamiento de los conflictos entre los dueños de los medios de producción y los que únicamente poseen su fuerza de trabajo.

Suele denominarse crisis, entonces, al conjunto de consecuencias no sólo económicas sino también políticas y sociales, provocadas por las medidas correctoras utilizadas por los capitalistas cuando en el sistema se manifiesta periódicamente el inevitable deterioro (la disminución de la tasa de ganancias).

La definición del fenómeno crisis depende de la perspectiva desde donde se visualice: si desde la atalaya de los capitalistas o desde la llanura de los asalariados.

Una crisis (una teoría sobre las crisis) "debe poner al descubierto cuál es la relación concreta entre el proceso de explotación (que define la lucha de clases) y el proceso de acumulación del capital que define la lógica del polo dominante en una sociedad capitalista" (18).

El período durante el cual se efectúan los ajustes para restablecer o aumentar la tasa de ganancias también se conoce bajo el nombre de crisis; de donde se infiere la función que cumple esta última dentro del proceso productivo capitalista. De hecho, en el mundo entero estamos sufriendo lo que Ronald Reagan y sus consejeros hicieron para remontar la crisis de los primeros años setentas: un gigantesco esfuerzo para tratar de restablecer el buen funcionamiento del capitalismo en Estados Unidos y para devolver al fenómeno de las crisis periódicas su función equilibradora y saludable cuando el sistema sufre deterioros temporales. Equilibradora y saludable función desde el punto de vista de los dueños de los capitales y, dentro de éstos, de los más poderosos, ya que cada crisis representa un paso más en la incesante concentración propia del capitalismo; de aquí que cada crisis deje un imponente saldo de capitalistas medianos y menores en completa ruina (19).

Olvidándonos de la incómoda cauda de millones de trabajadores hambrientos y frustrados, observaremos después de cada crisis cómo se incrementa el poderío de los capitales de avanzada; cuán prestos y obligados por su propia dinámica interna se encuentran para financiar las más extraordinarias hazañas del intelecto, del espíritu, de la codicia y de la estupidez del ser humano.

NACIONES "ASALARIADAS"

Trataré de justificar la utilización de una metáfora al llamar "asalariadas" a las naciones explotadas del Tercer Mundo.

Lo que ocurría antes sólo en límites nacionales, ahora hay que visuarlo también en dimensiones internacionales, cosa que resulta congruente con la tendencia del capitalismo hacia su plena trasnacionalización. Como es sabido, la gran crisis que empezó en los primeros años setentas o en los últimos sesentas se originó en el interior de los centros rectores del capitalismo mundial, en Estados Unidos para ser más precisos, y puede afirmarse que desde entonces este país no ha hecho sino traspasar sus problemas a los demás, especialmente a los países subdesarrollados. En última instancia, en Estados Unidos -para su clase dominante- sólo se abría un camino, como en cualquier otro país capitalista, para remontar la crisis: sobreexplotar su propia clase asalariada y, tratándose de la potencia imperialista que es, sobreexplotar también las naciones del Tercer Mundo. (No debe verse ningún juicio de valor en estas afirmaciones, sino el fenómeno mediante el cual se restablece la tasa de ganancias, durante una crisis, elevando la tasa de plusvalía generada nacional e internacionalmente).

Con el eufemismo de "subdesarrolladas" se denominan aquellas naciones que en conciencia deberíamos llamar "asalariadas", tomando en cuenta que los precios de las materias primas son, a estas naciones productoras de ellas, lo que los salarios a la clase obrera. (El presidente Salvador Allende hablaba del "sueldo" de Chile refiriéndose a los precios internacionales del cobre).

Por demás está advertir que el concepto "naciones asalariadas" no supone la homogeneidad interna de los países pobres olvidando la lucha de clases que se desarrolla en el interior de cada uno de ellos; pero el concepto en cuestión es útil para entender las relaciones de explotación que existen entre las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas, y para clarificar las batallas antimperialistas en el Tercer Mundo; sobre todo ayuda a justipreciar las desdichas de las naciones pobres.

Los países fuertemente industrializados, propietarios de las tecnologías avanzadas y de los recursos financieros, se comportan, frente a la gran masa de países desposeídos por las colonizaciones de antiguo y de nuevo cuño, como cualquier propietario de medios de producción ante sus obreros. Así como estos últimos venden su fuerza de trabajo, los países desposeídos para subsistir venden sus materias primas, de cuya venta, cuando todavía son sus dueños, depende el precario equilibrio de sus vidas. El precio de las materias primas, como cualquier otro salario, sufre las vicisitudes del proceso de producción capitalista, y, también, de los altibajos en esta peculiar "lucha de clases" entre naciones propietarias y naciones asalariadas.

Al igual que los obreros, los países asalariados se unen en verdaderos "sindicatos", ya sea en forma oficial dentro de la ONU, ya fuera de ésta. Tales son los casos del llamado "Grupo de los 77", de los "Países no alineados" o del "Consenso de Cartagena", más otras agrupaciones menos institucionalizadas cuyos objetivos esencialmente políticos se apoyan en las luchas por sus "salarios", es decir, por los precios de sus materias primas. Es clara la intención, en estas alianzas entre naciones pobres o subdesarrolladas, de tratar de afrontar juntas las

crisis, intención que rara vez tiene éxito a causa de la heterogeneidad clasista y su correspondiente diversidad de intereses en el interior de dichas naciones.

Así, pues, las naciones asalariadas en su conjunto -es decir, una parte de sus burguesías nacionales y, por supuesto, todos los trabajadores asalariados- sufren las consecuencias del deterioro en los términos del intercambio, lo cual es otra manera de decir que se desvalorizan sus salarios (bajan los precios de las materias primas), mientras se valorizan los capitales (se elevan los precios de los bienes de capital y de la tecnología avanzada, y suben los costos del crédito y del servicio de las deudas por el altísimo monto del interés que alcanza el dinero).

Como se ve, el instrumento principal para la explotación de estos países, es decir, para la sustracción de plusvalía de origen internacional, es el constante deterioro en los términos del intercambio, esto es, la manipulación del "salario" de las naciones pobres.

Las maniobras visibles y espectaculares que realizó Estados Unidos (asistido por otras potencias económicas) para desintegrar la OPEP y liquidar así el más poderoso "sindicato" de países subdesarrollados (aunque no todos fueran pobres) fue parte de la política exterior del imperialismo norteamericano; también va anotándose triunfos parciales en el empeño por deteriorar la Organización de la Unidad Africana (OUA) -otro sindicato de países sobreexplotados- y frenar su acción fortificadora de los movimientos independentistas en aquel Continente.

En cuanto a México se refiere, el entonces presidente José López Por

tillo expuso, frente a la Asamblea de las Naciones Unidas, el 10 de octubre de 1982, con inusitada franqueza en aquel foro, la trampa económica y financiera en la que han caído estos pueblos pobres y endeudados: "Nuestros planes programados y presupuestados con cuatro años sucesivos de ejercicio, se vieron bruscamente desfinanciados con la baja del precio de las materias primas, incluido el petróleo, y el aumento de las tasas de interés de la deuda externa, ya contratada, que triplicó el costo de su servicio. Una secuencia siniestra de inflación, devaluaciones, alzas de precios y de salarios, frenó nuestro auge; la fuga de capitales fue, en tan sólo tres años, dos veces superior a la inversión extranjera existente en nuestro país. Así, por la vía del sistema financiero y libre cambio, especialmente propiciado por nuestra vecindad con el país más rico del mundo, se vaciaron nuestras reservas [...] Los países en desarrollo como México han sufrido incontables experiencias como éstas".

Es necesario matizar el concepto "salario de las naciones pobres o subdesarrolladas". Como parte del fenómeno tan actual de la transnacionalización del capitalismo, las empresas maquiladoras en los países sometidos (o la contratación en todas partes de trabajadores "huéspedes", como eufemísticamente se les llama en Alemania a estos modernos esclavos) determinan que también la venta de la fuerza de trabajo en escala internacional, y no sólo el comercio de las materias primas, forme parte del "salario" actual de las naciones pobres; pero estos movimientos internacionales de la fuerza de trabajo irán languideciendo a medida que se vayan incorporando en el proceso de producción de los centros rectores de la economía mundial los resultados de la revolución científico-técnica, sobre todo en los campos de la ~~robotización~~ robótica y de la informática; para entonces la baratura de la fuerza de trabajo ya no será

una ventaja comparativa de las naciones pobres o subdesarrolladas. En una conferencia en la que el economista Pedro Vuscovic analizaba estos asuntos, proporcionó información acerca del retorno a Estados Unidos de un número de empresas maquiladoras establecidas en el Sudeste asiático, a causa del menor costo en la producción gracias a la automatización de dichas empresas dentro del territorio propiamente estadounidense.

Por otra parte, los avances de la ingeniería genética producirán en los laboratorios de los países más avanzados los sustitutos de las antiguas materias primas producidas en forma natural en el Tercer Mundo. Esta posibilidad abandonó ya los terrenos de la ciencia-ficción para instalarse, como probabilidad, en la realidad cotidiana: periódicos y revistas especializados informan constantemente sobre notables descubrimientos que revolucionarán (o están revolucionando) la agricultura, la ganadería y la industria mundiales. (20)

De acuerdo con una información (cuya fuente desgraciadamente he perdido) "lo que estamos presenciando actualmente en las economías desarrolladas es una especialización en actividades relativamente nuevas y de alto crecimiento prospectivo, aquéllas que por su sofisticación tecnológica están vedadas para casi la totalidad de los países en desarrollo. Tales actividades -que son el reverso de la maquila- son las siguientes:

La aeronáutica,  
las máquinas de computación y de cálculo,  
los motores, turbinas y refacciones,  
los químicos industriales inorgánicos,  
los misiles guiados y la industria espacial,

los componentes electrónicos y equipos de comunicaciones.

la biotecnología,

las drogas y las medicinas,

los instrumentos científicos y profesionales,

las resinas sintéticas, los plásticos y las fibras".

En estas industrias se están creando los empleos de alta calificación en contraste con las industrias de chimenea y los empleos de baja calificación.

En su conferencia Pedro Vuscovic desplegaba ante las oyentes un futuro aterrador -sobre todo por no ser muy lejano- para nuestros países subdesarrollados, al no poder éstos apoyarse indefinidamente en el comercio de materias primas y en la venta internacional de fuerza de trabajo para subsistir. El hecho de que precisamente los bajísimos precios de las materias primas y de la fuerza de trabajo provenientes del Tercer Mundo retrasen, quizás, los grandes cambios tecnológicos en el mundo desarrollado, es muy relativo. A no muy largo plazo se impondrá la necesidad de tales cambios: la presión por innovaciones tecnológicas cada vez que se presenta una crisis es un fenómeno intrínseco del capitalismo.

Tal panorama deprimente es sistemáticamente soslayado, o lamentablemente ignorado, por los dirigentes políticos que se empeñan en fortalecer cada vez más los lazos económicos y políticos -culturales por consiguiente- con la organización imperialista de nuestro tiempo: no es otra cosa lo que hacen sino fortalecer la dependencia al fincar el futuro económico de nuestra nación en las empresas maquiladoras, siguiendo el ejemplo del Sudeste asiático, sin pensar que las circunstancias son y van siendo distintas.

Hace falta crear una generalizada conciencia acerca de la enorme res-



ponsabilidad que pesa sobre los gobiernos democrático-burgueses de nuestros países, y, de algún modo, hacer ver a los dirigentes políticos las consecuencias que aparecerían mediante el desarrollo lógico de cualquiera de las dos tendencias latentes en el capitalismo de hoy: la del neoliberalismo económico y del darwinismo social endureciéndose hacia un nuevo fascismo, o la de una nueva edición del Estado de bienestar susceptible de romper, en algún momento, sus estructuras capitalistas y evolucionar hacia un socialismo más funcional y humano que el conocido hasta ahora. Optar por la primera tendencia significa seguir atados al convoy imperialista; mientras que seguir la segunda tendencia podría propiciar un desarrollo independiente (o interdependiente en el justo significado de este término).

#### LA TASA MEDIA DE UTILIDAD Y LA CRISIS

Ya que la experiencia me ha enseñado a volver de vez en cuando a mostrar los principios elementales o básicos de las teorías en que se busca inspiración, habrá que referirse a ellos, obligadamente, si se quiere trascender el círculo de los iniciados. Y para establecer la singularidad de esta crisis de hoy en particular, es menester estudiar, aunque sea en forma sumaria, los principios teóricos que explican el origen, el desarrollo y la función que cumplen las crisis periódicas del capitalismo en general, así como los elementos nuevos y las circunstancias distintas que modifican la realidad en la cual actúan aquellos principios. Todo esto sin olvidar que una de las intenciones principales del presente trabajo es encontrar un lenguaje asequible que sirva de puente entre el análisis político académico y el comentario político periodístico.

Examinemos primero el pensamiento marxista clásico al respecto. Cuando aparece el fenómeno de la disminución de la tasa media de utilidad en una economía, con su secuela de síntomas y manifestaciones de crisis, el remedio utilizado por los capitalistas ha consistido en incrementar la productividad del trabajo. Y esto se logra introduciendo innovaciones tecnológicas que permiten restablecer o incrementar la tasa media de ganancias afectada.

Tal enunciado teórico se traduce en la práctica en despidos en masa de trabajadores a causa del ahorro en salarios generado por las máquinas y las tecnologías nuevas y por la racionalización en el proceso productivo. Los obreros despedidos pasan a engrosar el ejército de reserva del trabajo. A los obreros no despedidos se les explota más -aunque se les aumente, incluso, el salario- porque las innovaciones tecnológicas permiten extraer mayor plusvalía a este último.

Con la realización de la plusvalía (la venta de las mercancías) en las condiciones requeridas para dicha realización, se restablecen o incrementan las ganancias de los capitalistas.

La plusvalía es, como su nombre lo esboza, aquella parte del valor adquirido por una mercancía durante el proceso de su producción, correspondiente a una parte del trabajo humano no pagada al obrero. Después de "desquitar" en un período determinado o número de horas de trabajo el salario que le pagan (salario que teóricamente se establece de acuerdo con las necesidades básicas para su subsistencia física, el obrero sigue trabajando gratuitamente hasta completar el número de horas de la jornada reglamentaria, que suele ser, por lo regular, de ocho horas. Dicho en otras palabras: sólo en una parte de la jornada

de trabajo reproduce el obrero su salario. En la parte restante "regala" su trabajo al patrón. Esta última parte de su trabajo -a la cual se le da el nombre de plusvalía- constituye la base, el origen de todo capital. (Para efectos de los que estoy tratando de explicar no es necesario referirse a la plusvalía absoluta y a la plusvalía relativa).

Dicho sea de paso, el concepto "explotación de la fuerza de trabajo" en términos estrictamente económicos y políticos, es ajeno a valoraciones subjetivas o éticas, lo que en modo alguno significa olvidar o ignorar las penalidades sufridas por los seres humanos explotados: la más objetiva de las actitudes no podría prescindir, además, de tomar en cuenta la presión ejercida sobre la estructura económica por las superestructuras moral, psicológica y cultural. En realidad, de lo que se trata aquí es de rechazar la frecuente actitud en los medios de la política militante de satanizar el capitalismo en vez de estudiar mejor los mecanismos de su funcionamiento. El término "explotación de la fuerza del trabajo" describe una relación causal en la formación de los capitales, es decir, en la transformación que experimenta la plusvalía generada en los salarios para formar los capitales. Y es a partir de este aparentemente simple fenómeno que se construye el complicado y formidable edificio del capitalismo.

No obstante la mayor plusvalía extraída a los salarios de los trabajadores que no son despedidos en épocas de crisis (plusvalía incrementada, como ya se dijo, gracias a la innovación tecnológica), a la larga ese ahorro inicialmente provechoso, logrado por el despido de obreros, se vuelve contra los dueños de los capitales, cuando la permanente competencia entre ellos haya anulado las ventajas obtenidas por las innovaciones tecnológicas (es decir, cuando todos los competidores hayan

adoptado también dichas innovaciones tecnológicas). Por haber disminuído la masa salarial, o trabajo "vivo", en favor de máquinas y tecnologías nuevas, o trabajo "muerto" (lo que en lenguaje especializado se expresaría como "aumento en la composición orgánica del capital"), se ha reducido la sola y única fuente de plusvalía: los salarios. Como la plusvalía es, simultáneamente, piedra angular y flujo alimentador constante en la formación, mantenimiento y ampliación de los capitales, se entiende por qué aparece de nuevo, en un determinado momento, el fantasma ya conocido de la disminución de la tasa media de utilidad. Se inicia otra vez el ciclo recurrente de necesidad de mayores y más complejas innovaciones tecnológicas, con su cauda de desempleo masivo y son siguientes angustia y sufrimiento humanos, por una parte, y de incesante progreso científico-técnico, por la otra parte: de desarrollo del capitalismo, en una palabra.

Más mal que bien se trató en los párrafos anteriores de describir someramente una de las principales contradicciones internas del capitalismo -es decir, cuanto más se desarrolla el capitalismo, tanto más descende la tasa media de utilidad del capital- interpretada a la luz de la explicación marxista clásica, contradicción cuyo conocimiento es útil para la comprensión de los aspectos políticos que está adquiriendo la gran crisis económica de hoy.

El proceso mediante el cual aparecen los fenómenos de la tendencia de creciente de la tasa media de ganancias y la consecución de ganancias extraordinarias para contrarrestar el primero, es, por supuesto, infinitamente más complejo que la esquematización obligada por el tono, las dimensiones y los propósitos del presente trabajo. Además, se ha toma

do como modelo lo que ocurre en un país industrializado a causa de las diferencias en los niveles de productividad del trabajo entre ramas industriales diversas. El asunto se complica más cuando se estudia el comportamiento de tales fenómenos en escala internacional, cuando las diferencias en los términos del intercambio permiten ganancias extraordinarias a los países industrializados y obligan a los países subdesarrollados a ceder buena parte de su "propia" plusvalía.

Más complejo aun es el cúmulo de circunstancias actuales que enmascaran, y hasta parecieran contradecir, la comprensión y la aceptación de la "ley" referente a la tasa decreciente de ganancias dentro del proceso global de la marcha o evolución del capitalismo. De aquí que algunos investigadores hayan marcado las diferencias en el comportamiento de un primer capitalismo, al que llaman de "competencia o competitivo" y el de un capitalismo actual, denominado "monopolista". Tal diferenciación no excluye la simultaneidad de estas dos formas de capitalismo. De hecho, en la sociedad capitalista avanzada contemporánea (Estado de bienestar) hay un sector monopolista -las grandes empresas privadas de punta más las empresas estatales - y un sector competitivo formado por las empresas medianas y en pequeño.

No conozco ninguna obra que aventaje la investigación de Paul A. Baran y de Paul M. Sweezy en materia del capital monopolista. Sin embargo, ellos se detuvieron a las puertas de la crisis actual, por lo que se necesitará retomar el hilo de la transformación capitalista y sus consecuencias globales en lo social.

Baran y Sweezy concluyen que "bajo el capitalismo monopolista no hay correlación necesaria, como en el sistema de competencia, entre la ta

sa de progreso tecnológico y el volumen de los gastos de inversión. El progreso tecnológico tiende a determinar la forma que toma la inversión en un tiempo dado, más bien que su cantidad" (21). Ofrece más luz la afirmación de que "bajo el capitalismo monopolista la velocidad a la que las nuevas técnicas desalojarán las antiguas será más lenta de lo que la teoría económica tradicional nos llevaría a suponer" (22). Cabe aquí el comentario siguiente: es un hecho muy conocido en la práctica de las sociedades más industrializadas el que sean las empresas medianas y aun las pequeñas las que están en la vanguardia de la innovación tecnológica.

Las afirmaciones de los autores Baran y Sweezy las justifican o explican al analizar lo que para ellos es el problema medular del capitalismo monopolista: su incapacidad para absorber adecuadamente los excedentes, cuya fuerte tendencia a aumentar de manera sistemática tiene origen<sup>en</sup> las políticas de precios y costos seguidas por las grandes corporaciones, conductas en franca contradicción con la forma en que se determinan precios y costos en el capitalismo competitivo.

No se trata, por supuesto, de crear un falso dilema cuando se busca explicación a las crisis cada vez más graves que agobian el capitalismo actual. Falso dilema que obligaría a escoger entre la clásica "ley" marxista de la tendencia a la tasa decreciente de ganancias, o la "ley" descrita por Baran y por Sweezy sobre la tendencia al crecimiento absoluto y relativo del excedente a medida que el sistema monopolista se desarrolla. (Excedente multiplicado que, dicho sea de paso, obliga al Estado de bienestar a incrementar los gastos en armamento, contradiciendo con ello su discurso ideológico "humanista" y poniendo freno o límites a su función socialmente distribuidora del ingreso, todo lo

cual, no obstante, es congruente con la condición/reformista del Es-  
tado de bienestar).<sup>meramente</sup>

Tampoco podríamos especular acerca de un absoluto desfase de la pri-  
mera ley mencionada con respecto al carácter monopolístico del capitalis-  
mo actual. Nos acercariamos más, quizás, a lo que ocurre en la reali-  
dad si, tomando en cuenta el desarrollo desigual del capitalismo mun-  
dial, pensáramos que las corrientes capitalistas de punta son tecnoló-  
gicamente innovadoras durante el período en que se están convirtiendo  
en capital monopolístico dentro de una economía nacional o regional, y  
que posteriormente lo volverán a ser cuando estuviesen en trance de  
apoderarse de un mercado externo. Y de todos modos los autores mencio-  
nados, Baran y Sweezy, nunca afirman la desaparición de la "competen-  
cia" en el capitalismo monopolista: señalar su presencia transformada  
en las campañas de ventas características de las grandes empresas tras-  
nacionales.

Hay una amplísima discusión acerca de la tendencia a la tasa decrecien-  
te de las ganancias como generadora de las crisis económicas del capi-  
talismo; discusión que involucra no sólo a los enemigos de las concep-  
ciones marxistas, sino también a no pocos investigadores marxistas  
que rechazan toda aceptación mecánica de la susodicha "ley" descrita  
por Marx, y que contribuyen a una nueva elaboración de la misma par-  
tiendo de la premisa de su validez general. Entre estos últimos inves-  
tigadores se cuenta Manuel Castels, de quien tomo los siguientes jui-  
cios, ya que ellos suministran un marco conceptual- excelente en mi en-  
tender por su carácter dialéctico y porque sitúa en su verdadero lugar  
el fenómeno de la tasa decreciente de ganancias- para el análisis de  
la crisis económica mundial: "El proceso de acumulación capitalista

es un proceso de lucha de clases. Merced a la dominación histórica del capital, éste crece desarrollando las fuerzas productivas que se encuentran bajo su control y a través de la competencia entre los diferentes componentes del capital. Este proceso se enfrenta a innumerables obstáculos. La lucha de clases sienta un límite a la apropiación de plusvalía, reduciéndose así la explotación absoluta; el desarrollo de las fuerzas productivas aumenta la composición técnica del capital y, bajo determinadas circunstancias, la composición orgánica, provocando un descenso de la tasa de ganancias; la competencia capitalista da lugar a la concentración monopolista, planteando así serios problemas a la realización de las mercancías y desvalorizando el capital fijo. Para poder eliminar las tendencias a la sobreacumulación y a las crisis, el Estado se convierte en el eje de todo el proceso, y el capital extiende su acumulación a escala mundial".

Sigue diciendo Castels: "Las principales contratendencias que tienden a impedir el descenso de la tasa de ganancias (especialmente la intervención del Estado) originan una inflación estructural. La internacionalización del capital produce crisis mundiales [...] El resultado de esta serie de fuerzas contradictorias no está predeterminado: depende de la acción humana. Sabemos que la humanidad hace su propia historia, pero la hace bajo condiciones específicas determinadas por las condiciones sociales. [He intentado] demostrar, por un lado, cuál es la interrelación que existe entre la determinación de las tendencias estructurales de la acumulación del capital por las prácticas históricas de clase y, por otro lado, las restricciones que esta estructura impone constantemente a esas prácticas históricas" (23).



El punto de vista de los capitalistas respecto de la modernización, de la innovación tecnológica y de la reconversión industrial -como en muchos otros asuntos- lo expresa el economista e ideólogo de la derecha Milton Friedman: "La modernización -dice- es solamente una fase del aumento de la productividad. No es la única. El despido de los empleados superfluos y la eliminación de las normas laborales restrictivas de toda clase son, por lo menos, igualmente importantes. Además, al final de una recesión [...] nunca se moderniza. Apenas cuando se acerca al final de una fase de expansión, cuando se llega a los límites de capacidad, es cuando llega el tiempo de las modernizaciones" (24)

A propósito cabe comentar un certero juicio de Cristina Laurell en un artículo titulado Reconversión: un problema social y político, no sólo técnico (25). Dice que "el proceso tecnológico no se impulsa por una lógica interna sino más bien el desarrollo de la tecnología es la respuesta ante situaciones en que la ganancia está en peligro". El juicio resume un conjunto de fenómenos confluyentes cuyo conocimiento favorece la comprensión de la crisis actual, de las formas en que se expresa la transformación contemporánea del capitalismo y los atisbos del futuro inmediato de este último.

En primer lugar salta la afirmación principal: "El proceso tecnológico no se impulsa por su lógica interna". Con ella creo yo que se pone en pie lo que parece de cabeza: la creencia en que el "progreso" técnico es el motor del desarrollo capitalista, cuando en mi opinión es al revés: el desarrollo capitalista pone en movimiento el proceso tecnológico. La llamada revolución técnico-científica de nuestros días (a partir de la explosión inventiva en los campos de la electrónica, de la informática, de la genética y otros) se desata como una necesi

dad ineludible de restablecer la rentabilidad del capital que venía deteriorándose de acuerdo con su propio movimiento interno y con sus relaciones conflictivas con el otro gran componente del proceso capitalista: el trabajo (la fuerza de trabajo).

El ganador del último premio Nobel de Economía, 1987, Robert M. Solow, trabajó sobre "un modelo que muestra la forma en que una serie de factores diferentes afectan el crecimiento económico". Tal como se desprende de la información periodística "la fórmula ideada por Solow muestra que las economías nacionales llegan eventualmente [sic] a una etapa de desarrollo después de la cual el crecimiento "se determinará exclusivamente mediante el progreso tecnológico". (25a).

Traigo a colación la referencia a Solow para señalar lo inacabables que resultan las discusiones sobre asuntos económicos conforme se desarrolla el capitalismo y aparecen elementos de juicio nuevos o inéditos para la discusión. Hay que tomar en cuenta, además, que las polémicas intelectuales en materia económica están, con frecuencia, fuertemente influidas por la lucha contra las concepciones marxistas, lo que puede considerarse como el equivalente en estos niveles intelectuales de la lucha de clases.

La reconversión industrial obligada por la innovación tecnológica y ésta, a su vez, determinada por la necesidad de restablecer la tasa de ganancias, es una ola gigantesca que está barriendo el ámbito occidental y cambiando notablemente la faz del mundo en todos sus aspectos materiales y morales.

No obstante la gran magnitud que indudablemente tomará la transforma-

ción compleja del capitalismo es aconsejable no perder de vista la causa última -proporcionalmente pequeña frente a las grandes consecuencias que acarrea- provocadora de semejante terremoto económico y social: la tasa decreciente de ganancias. Como se ve, el capitalismo sigue siendo fiel a sí mismo y a las relativamente pocas y simples leyes o fórmulas que gobiernan su movimiento interno; lo que <sup>se</sup> vuelve terriblemente complejo es el contexto socio-económico, político y cultural en el que aquéllas operan, complicando a su vez -oscureciendo o confundiendo- la comprensión de la dinámica de los fenómenos movilizadores de la sociedad capitalista.

#### LA CRISIS ECONÓMICA ACTUAL

Se trata, en primer lugar, de la crisis del capitalismo norteamericano. Para encontrar sus comienzos hay que rastrear la inferiorización sufrida por la poderosa economía de Estados Unidos a causa de la pérdida de competitividad en el mercado mundial por la baja productividad del trabajo, y tendríamos que valorar dentro de lo anterior las conquistas obreras logradas en el Welfare State. Lo que ocurre en la economía estadounidense -líder del capitalismo mundial- se difunde rápidamente (o no tan rápidamente) al resto de las economías occidentales, provocando diversas reacciones según el caso concreto. Esto explica las historias de las economías capitalistas desarrolladas y subdesarrolladas en el más reciente pasado y justifica la zozobra y la incertidumbre del mundo entero en nuestros días a causa de los descalabros económicos que está sufriendo Norteamérica.

Esta crisis se deberá -como veremos más adelante- fundamentalmente, aunque concurren otras variables, tanto a conocidas contradicciones in-

ternas del capitalismo, como a la presencia del Estado de bienestar y al carácter permanente que ha adquirido el fenómeno de la innovación tecnológica derivado del tremendo impulso que adquirió el armamentismo, así como también al nuevo y todavía no bien comprendido con flicto entre el Estado-nación y las poderosas empresas trasnacionales. (A este último respecto valdría la pena llamar la atención de los inves tiguadores acerca de un fenómeno no bien definido aun, al que yo llama- ría, tentativamente, de creciente "desmetropolización" de las corpora- ciones trasnacionales).

Es, la de ahora, una crisis en la que se juegan el poderío político y económico externo de Estados Unidos, y, quizás, hasta su paz social interna. Como es sabido, cuanto ocurre en aquel país locomotora reper- cute en todo el tren occidental. Por continuidad y contagio, pero tam- bién por relativa interdependencia, repercute en el resto del mundo no capitalista, ya que, aunque de distinta naturaleza, las economías so- cialistas y las capitalistas poseen variados nexos entre sí. De este modo la crisis de la economía norteamericana creció hasta convertirse en crisis mundial.

Dentro de esta gran crisis mundial, comenzada en los últimos años se- sentas, han ocurrido varias recuperaciones -cada vez más débiles- en los países industrializados, las que no han favorecido al Tercer Mundo. Por lo contrario: la recuperación llamémosla reaganista "agravó los problemas estructurales y cíclicos de la economía mundial"<sup>(26)</sup>.

En respuesta a la crisis se han implantado políticas económicas neoli- berales en prácticamente todo el mundo llamado occidental, de cuyas características la que nos interesa señalar en este momento es la des

nacionalización o liberalización, con su consiguiente reprivatización, de las economías en donde con anterioridad florecía el reformismo capitalista: están tratando de reducir el tamaño y las funciones del anterior Estado interventor. La inspiración neoliberal en la economía ha tomado la forma, en nuestros países deudores de América Latina, de políticas de "ajuste", dictadas por el Fondo Monetario Internacional para asegurar el pago de la deuda externa. Es oportuno señalar que "sería erróneo interpretar la naturaleza de la crisis latinoamericana identificándola exclusivamente con las tendencias de la deuda y las exportaciones [...] la crisis reconoce también raíces internas [...] La crisis asume, en América Latina, el carácter de desenlace de un complejo de factores de naturaleza interna y externa, de corto plazo y de largo período de gestación y, por lo mismo, tiene una significación histórica trascendente" (27).

Como era lógico -dialécticamente hablando- la tendencia transnacionalizadora del capitalismo tuvo (tiene) su adversario en un nacionalismo manifestado de diversas maneras, y más visible en unos países que en otros. La ola de nacionalizaciones en el pasado reciente en los sectores económicos -de Francia en el mundo desarrollado; de México en el subdesarrollado- forma parte del mismo proceso. Perú vino a sumarse a la ola de nacionalizaciones con la nacionalización de los bancos privados.

El conflicto entre ambas tendencias contradictorias adquiere hoy aspectos espectaculares: la famosa "cohabitación" política entre el socialista presidente Mitterrand y el conservador primer ministro Chirac no facilita precisamente la reprivatización de las empresas estatales en Francia; en México, en cambio, la desnacionalización en grande de la

economía que realiza el régimen de De la Madrid es la respuesta conservadora a las políticas nacionalistas anteriores en general, y en particular a la nacionalización de la Banca que tuvo lugar en las postrimerías del sexenio Lópezportillista.

La agudeza del conflicto actual entre dos concepciones económicas y filosóficas opuestas pero dentro del mismo capitalismo -el neoliberalismo económico contra el Estado interventor y sus respectivas ideologías- debería relegar a segundo término el permanente conflicto Este-Oeste; pero esto no ocurre en las informaciones periodísticas. Por eso conviene a quienes no somos economistas tratar de entender qué es una crisis económica, cuáles son las características de esta crisis actual y qué se está jugando dentro de ella.

Abstrayendo la anécdota y el folklore protagonizados por el presidente actor, la reaganomía aparece justamente cuando Estados Unidos necesita elevar la productividad del trabajo, es decir, intensificar la revolución tecnológica propia de nuestra época presionado por el deterioro de la economía y por la pérdida de competitividad no sólo frente a la Comunidad Europea, sino, sobre todo, frente al reto de la economía japonesa en ascenso vertiginoso. ¿Por qué perdió Estados Unidos competitividad? Algunos analistas lo achacan al retraso tecnológico y al envejecimiento de su planta productiva mientras paradójicamente ayudaba a reconstruir las economías europea y japonesa destruidas por la guerra, las que se modernizaron aceleradamente y crecieron hasta retar la hegemonía económica y comercial de Estados Unidos en el mundo. Dicho sea lo anterior sin menoscabo de las consecuencias positivas que para alcanzar el poderío económico y la hegemonía mundial tuvo en Estados Unidos el fabuloso negocio que fue el Plan Marshall.

El deterioro de la economía estadounidense y los remedios que se le aplicaron se explicarían dentro del pensamiento marxista clásico -en última instancia- a partir de la tasa decreciente de ganancias y de su correlativa necesidad de elevar la productividad del trabajo apoyándose en innovaciones tecnológicas. (Dicho sea de paso, esto explicaría la transformación que está experimentando hacia una economía de servicios). Hay que recalcar, sin embargo, que en ningún análisis marxista se explicaría una crisis, y menos una de las dimensiones y complejidad de ésta, con base en un solo elemento teórico. Explicar la crisis no es el propósito de un trabajo tan esquemático como éste; interesa aquí señalar únicamente aquellos elementos económicos que relacionan el Estado de bienestar con la crisis.

Sobre esta gran crisis de la economía capitalista mundial, André Gunder Frank señalaba "el intento capitalista de mantener o revivir la tasa de ganancias produciendo a costos inferiores en el Tercer Mundo y también en los países socialistas, con el apoyo político nacional [...] a medidas represivas en los mismos" (28).

Ya conocemos el mecanismo usual utilizado para salir de las crisis periódicas dentro de las economías nacionales: revalorizar el capital y desvalorizar la fuerza de trabajo. Ahora falta trasladar este fenómeno a la escala internacional e interpretar el derrumbe actual de los precios de las materias primas (el "salario" de las naciones pobres); las altas tasas del interés del crédito (que arruina aquellos países cuyas plantas productivas y tecnologías van quedando rezagadas, y cuyas respectivas deudas externas van volviéndose insoportables); la carrera innovadora en lo tecnológico de las máximas potencias capitalistas (especialmente en los campos de microcomputación, de telecomunicaciones,

de robotización y de fuentes energéticas alternas, todos fuera de las posibilidades de la mayor parte de los países); la marginación en que caen aquellas naciones a las que se les niegan créditos internacionales por "insolventes" (originándose así la formación de un Cuarto Mundo), y la sobreexplotación de los países "no despedidos" del sistema imperante en la división internacional del trabajo.

Todo lo enumerado arriba cobra vigencia a medida que se profundiza tanto la crisis del capitalismo en general como la crisis de las deudas externas de los países del Tercer Mundo en particular. Se proyecta un ominoso futuro de paulatina recolonización de los países pobres: es el establecimiento cada vez más extenso de fábricas maquiladoras y el apoderamiento de los activos económicos al convertir deuda por acciones de las empresas nacionales son indicadores perfectamente discernibles de la recolonización de nuestros países.

Lo que quiero hacer resaltar es la cada vez más reconocible necesidad de los países industrializados, dueños de los recursos de capital, de explotar más y mejor a los países sometidos ("asalariados"), para tratar de superar la gran crisis económica mundial.

Dice el economista brasileño Theotônio Dos Santos refiriéndose a los orígenes de la crisis de los años setentas en los países industrializados: "De manera [...] abstracta podríamos afirmar que la crisis resultó de un aumento en la composición orgánica del capital [...] y de una disminución significativa de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, como resultado del poder de negociación de los trabajadores en condiciones más o menos prolongadas de pleno empleo, generadas por el propio auge: la consecuencia de la conjugación de estas dos tenden



cias fue la rebaja de la tasa de ganancias" (29). (Subrayados míos).

En otra parte de su ponencia dice el mismo autor: "La crisis también refleja la saturación de los propios mecanismos generados por el pleno empleo de los factores productivos, obtenidos durante el período de crecimiento sostenido: el poder de reivindicación de los asalariados llegó al auge, como su organización y combatividad, junto al auge económico, neutralizando en consecuencia las ventajas que el capital obtuvo durante [...] los años de crisis entre la primera y la segunda guerra mundiales [...] [y neutralizando] también las ganancias de la productividad del trabajo obtenidas con la incorporación de nuevas tecnologías después de la segunda guerra mundial" (Subrayados míos). De paso hago notar cómo el economista Dos Santos resalta la función favorecedora del capital que se origina en las crisis periódicas del capitalismo, por una parte; pero, por la otra parte, la "saturación" a la que arriban, dentro del Estado de bienestar, los factores económicos que lo propician, con lo cual se abren las puertas a políticas económicas contrarias, políticas que en nuestros días se expresan en la reaganomía y sus equivalentes en casi todo el mundo capitalista.

La necesidad de modernizar los equipos y de racionalizar la producción hicieron cambiar el flujo de las inversiones en los países desarrollados, las cuales no se dirigieron ya a la ampliación de la capacidad instalada. Esto último, más la pérdida de competitividad de ramas industriales obsoletas a causa de la modernización, generaron y siguen generando desempleo y, por tanto, conflictos sociales. Fue entonces cuando en los países industrializados se adoptaron medidas restrictivas para la importación de mercancías provenientes de los países subdesarrolla-

dos para proteger las ramas no competitivas de su propia industria.

Abundando en lo que se acaba de decir reproduzco palabras de Joao Baptista de Oliveira Figueiredo, presidente entonces de Brasil en un discurso en la Asamblea de las Naciones Unidas el 27 de septiembre de 1982: "Solamente cuando [...] en los países industrializados dejen de proteger a sectores que han dejado de ser competitivos, podrán las manufacturas y las semimanufacturas de los países en vías de desarrollo ocupar su lugar en los mercados internacionales en beneficio de los consumidores del Norte y de los productores del Sur".

En los países subdesarrollados la compra de tecnología para modernizar las instalaciones hizo aumentar los gastos para la creación de nuevos puestos de trabajo, por lo que necesitaron nuevas inversiones. Como se había acentuado el deterioro en los términos del intercambio

en parte por la relativa reducción de la demanda de materias primas en el mercado mundial, [creció] la dependencia de estos países pobres no productores de petróleo respecto de los recursos del exterior" (30). El drama de la deuda externa sofocando las naciones pobres deudoras no tardaría en agudizarse al máximo.

Desde esta primera fase de la crisis mundial en los primeros años setentas (cuando hace crisis el Estado de bienestar) ha corrido mucha agua bajo el puente. Se recuperaron las economías de los países más industrializados, sobresaliendo entre ellas las japonesa y oestealemana, gracias a los que parecían inagotables mercados norteamericanos. Durante el primer período de la Administración Reagan y parte de su segundo período la economía norteamericana vivió una prolongada expansión, de la cual muchos analistas y observadores políticos desconfiaron por con

siderarla artificialmente lograda. En efecto, como dice la economista Ifigenia Martínez, "el milagro económico consistente en financiar el desorbitado gasto militar y los colosales déficit fiscal y comercial de Estados Unidos sin inflación y sin costo adicional para los contribuyentes [se logró] gracias a que pudo exportar sus desequilibrios e imponer un tributo a los países endeudados del Tercer Mundo. Así pudo el país más rico del mundo seguir viviendo alegremente más allá de sus medios"<sup>(31)</sup>.

El brutal despertar del sueño (¿pesadilla?) reaganiano lo provocó el crac de la Bolsa de Valores en octubre de 1987. Hasta este momento en que escribo no existen -quizás a causa de los frenos impuestos por la actividad electoral próxima en Estados Unidos - planes coherentes y coordinados para impedir que la inevitable recesión que sobrevendrá en aquella nación (y por consiguiente en todo el mundo capitalista) se convierta en una profunda depresión de tanta o mayor trascendencia histórica que la depresión de los años treinta. De presentarse esta situación es muy probable que se abra un nuevo capítulo en la historia de las ya clásicas políticas económicas keynesianas y de la ahora menguada solidaridad social.

#### MODIFICADORES DE LA CRISIS

Aunque los especialistas citados describen el origen y la aparición de aquella crisis de los años setentas en particular, sus ortodoxas explicaciones podrían referirse a cualquiera de las crisis periódicas sufridas por el capitalismo en los últimos tiempos.

Lo característico de esta crisis de hoy no reside tanto en la mayor

profundidad o en la ya larga duración, como en ciertas circunstancias que rodearon su aparición y marcan su desarrollo. Por una parte se ha**ba** intensificado la acción modificadora -sobre la respuesta global del sistema- tanto del llamado Estado de bienestar como del constante flujo de innovaciones tecnológicas en la industria civil, derivado de la permanente producción de armas . Por otra parte -y aquí creo yo que hay que buscar, fundamentalmente, la singularidad de la crisis actual- la consolidación de las corporaciones transnacionales está haciendo algo más que modificar la evolución previsible del capitalismo: se está conformando tal mutación en su transcurso, que esta crisis actual, más que crisis en el sentido de agudización máxima de conflictos, debe considerarse como proceso de transición hacia una nueva etapa histórica.

Quisiera resaltar dos ideas fundamentales sobre este tema en particular: la primera es la apreciación de esta crisis económica como una crisis que se inicia por los mismos factores determinantes de las crisis periódicas anteriores del capitalismo; pero que no puede desarrollarse "normalmente", es decir, de acuerdo con la teoría y con las experiencias pasadas, por la presencia de algunos elementos intrusos que lo impiden, al modificar sustancialmente la conducta previsible del sistema en el transcurso de la crisis. Son ellos, a mi juicio, los siguientes: a) el Estado de bienestar; b) la masiva y permanente producción de armamento, y c) la consolidación de las empresas transnacionales.

La segunda idea básica es la existencia simultánea de dos tipos de crisis, intrincadamente entrelazadas a veces hasta la identificación plena y la imposibilidad de distinguir las; pero en las cuales a veces se diferencian algunos de sus elementos hasta el punto de conflicto entre ellos. Un ejemplo de esto último sería la contradicción entre

las funciones tradicionales del Estado burgués democrático y las necesidades de las empresas trasnacionales.

El primer tipo de crisis es el conocido hasta aquí; se relaciona con los sujetos de los incisos a) y b) y pertenece, sin duda alguna, al desarrollo presente del capitalismo. El segundo tipo de crisis, profundamente estructural, al que llamamos de transición, además de su importancia presente configura ya el futuro inmediato de la evolución capitalista; se relaciona, obviamente, con el sujeto del inciso c) y representa las corrientes de punta o de avanzada del capitalismo actual.

Permítaseme hacer un paréntesis -una digresión- para comentar un aspecto de la contradicción entre las empresas trasnacionales y los Estados nacionales a los que acabo de referirme. Me parece impropio seguir denominando bajo el mismo rubro de "burguesía" lo mismo a las clases sociales poseedoras de los medios de producción dentro del capitalismo tradicional, que a los miembros de las modernas tecnoestructuras de las empresas trasnacionales. Se debe tomar en cuenta que estas últimas necesitan romper toda clase de fronteras propias y ajenas para poder realizarse como <sup>la</sup> modalidad cualitativamente distinta que está tomando el capitalismo actual. Por lo tanto, al abatir fronteras jurídicas, aduanales, geográficas, históricas, culturales y hasta morales y psicológicas -analícense, por ejemplo, las abrumadoras campañas publicitarias de venta-; al abatir, repito, fronteras de todo tipo creadas para defender el mundo tradicionalmente "burgués" -lo que constituye la función tradicional del Estado-nación- las empresas y conglomerados trasnacionales se están convirtiendo en sus sepultureros. Reclamo, pues, el derecho a cuestionar la indebida utilización del término "burguesía" para englobar todos los sectores sociales dominantes en nuestra

época de acelerada transformación del capitalismo hacia su plena fase trasnacional, sin tomar en cuenta las serias diferencias entre ellas que acabo de señalar.

Volviendo a la exposición anterior: el conocimiento de la acción modificadora de los hechos citados sobre la conducta de la economía tradicional, mejor dicho, el conocimiento de los tropiezos y de sus causas que sufre la explicación marxista clásica en relación con aquellos hechos citados, permitirá comprender mejor los acontecimientos sociopolíticos y político-económicos relevantes de nuestro momento. Tal sería, por ejemplo, el poder apreciar la congruencia -y desentrañar su lógica, aunque también sus contradicciones- de una política económica como la del presidente Ronald Reagan, que se enfila, precisamente, hacia el desmantelamiento despiadado del Estado de bienestar; que se basa en la sobreproducción de armas con su inevitable marco de guerra fría, y que favorece -o entorpece, según el caso- el tránsito hacia la nueva etapa del desarrollo capitalista, acelerado por las corporaciones trasnacionales.

En nuestro estudio de ahora veremos que no fue únicamente el Estado de bienestar o Estado benefactor el culpable de que el viejo capitalismo perdiera el paso, como pretenden los sonocidos campeones del neoliberalismo económico y los ideólogos de la neoderecha de hoy.

#### LA PRODUCCIÓN DE ARMAS

La permanente producción de cada vez más complejas armas y, por ende, la permanente innovación tecnológica que de allí se deriva (por inserción posterior en la industria civil), conturba fuertemente la econo-

mía, a lo que se añade la consolidación de las empresas transnacionales con sus radicales transformaciones en la producción y en el intercambio: son igualmente culpables que el Estado de bienestar del fracaso de los métodos habituales para salir de las crisis. Aunque están convirtiendo rápidamente el que hasta hace poco era sólo portentoso futuro científico en el presente técnico y tecnológico, hay que lamentar, sin embargo, que en el proceso incesante de humanización (humanización) del animal-hombre, sigan siendo, paradójicamente, los preparativos de guerra la principal fuente financiera y psicológica para el acelerado avance científico-técnico.

Ernest Mandel explica con suma claridad lo que ocurre con la producción permanente de armamento: "Quien dice revolución tecnológica ininterrumpida dice reducción del período de renovación del capital fijo. Lo cual explica, a su vez, tanto la expansión en escala mundial [...] como el acortamiento de la duración del ciclo económico de base, duración que está determinada por la longevidad del capital fijo. En la medida en que este capital fijo se renueve ahora a un ritmo más rápido, la duración del ciclo se acortará también; ya no tenemos crisis cada 7 ó 10 años, sino recesiones cada 4 ó 5 años; es decir, hemos entrado en una sucesión de ciclos mucho más rápidos y mucho más breves que los ciclos del período anterior a la segunda guerra mundial. [...] Puede decirse que se ha producido en escala mundial una transformación bastante importante de las condiciones en que existe y se desarrolla el capitalismo" (32). (Subrayados míos). (Dejo para otra oportunidad el estudiar más a fondo estos juicios de Mandel comparándolos con los de Earan y de Sweezy acerca de los efectos de la innovación tecnológica en el capitalismo monopolista, efectos distintos -según estos dos últimos autores- a los que ocurren en el capitalismo competitivo a causa de las nuevas tecnologías).

La fabricación de armas es el recurso más socorrido para absorber los excedentes en una economía capitalista en expansión y para evitar desequilibrios incómodos, así como también para acrecentar el control del Estado sobre dicha economía (lo que contradice la letra y el espíritu del pregonado neoliberalismo).

Cabe aquí formular, con toda conciencia de que será muy controvertido, un concepto al que se volverá en otra parte del presente estudio: en la política prevaleciente en Estados Unidos -reaganomics- no se disminuyen los gastos en servicios y seguridad sociales porque hayan aumentado escandalosamente los gastos en armamento, sino que, por lo contrario, estos últimos se han visto obligados a crecer para poder disminuir los gastos en servicios y seguridad sociales. Esto se explica por la lógica de la lucha contra el Estado de bienestar, lucha que constituye la columna vertebral de la actual Administración republicana en el país vecino.

Lo anterior hace recordar la necesidad de destruir riqueza a la que llega inexorablemente el capitalismo para perpetuar sus estructuras de desigualdad económica y de diferenciación de clases sociales (por que de otro modo se encaminaría al socialismo). El capitalismo necesita que los trabajadores sigan siendo trabajadores y que los países "asalariados" del Tercer Mundo sigan siendo asalariados.

"Gracias al hecho de la ampliación permanente de los gastos en armamento -dice Ernest Mandel- el Estado [...] controla una parte importante de la renta nacional" (33). Sigue diciendo el mismo autor: "Existen numerosas ramas industriales, entre las que están las de punta del proceso tecnológico, que trabajan esencialmente con pedidos del Estado



y que se verían condenadas a una muerte rápida si tales pedidos desaparecieran. Tal es el caso de la aeronáutica, de la electrónica, de la construcción naval, de las telecomunicaciones e incluso de las obras públicas, sin olvidar la industria nuclear". Según Mandel, en Estados Unidos la economía de regiones enteras se basa en estas ramas. "Puede decirse que California [el Estado que gobernó Reagan], el Estado de la Unión con mayor expansión, vive en gran parte del presupuesto militar de Estados Unidos" (34). Lo anterior confirma, una vez más, la imposibilidad de prescindir del Estado por parte de la empresa privada, no obstante su discurso ideológico en contrario.

El Estado de bienestar, al que algunos autores llaman también Estado militarista-benefactor (Welfare-Warfare State) debe este último nombre precisamente a la importancia que cobra en él la producción de armas. No obstante, después de haber experimentado la pesadilla armamentista de Ronald Reagan -campeón del neoliberalismo y enemigo jurado del Welfare State- pareciera empalidecer el carácter armamentista de este último. En realidad no trato aquí de comparar cuantitativamente los armamentos de uno y de otro estilos de conducción política de la economía, sino de comparar las opuestas filosofías -y por supuesto las ideologías- que animan tanto el Estado de solidaridad social como el que se rige por el darwinismo social, sin olvidar que el armamentismo es consustancial a la condición monopolista del capitalismo en ambos casos.

James O'Connor pone a la Alemania nazi, por un lado, y a la Suecia socialdemócrata, por el otro lado, como ejemplos de la distinta utilización de los excedentes de mano de obra y de capital respectivamente; en Alemania se gastaron exclusivamente en la producción de armas; en Suecia se gasta, además, en la seguridad social. Por otra parte no hay

que olvidar que el capitalismo monopolista de las sociedades capitalistas avanzadas modernas, especialmente de Estados Unidos, con su tendencia a la sobreproducción, busca mercados exteriores (para bienes, servicios e inversiones) que lo obligan a mantener una presencia militar vigilante de sus intereses en casi todo el mundo. Además, "los gastos militares y similares -dice O'Connor- son también gastos sociales de producción en la medida que son resultado del proceso de acumulación de capital en las industrias monopolistas" (35).

Si el armamentismo está en la naturaleza misma del capitalismo monopolista, y si el trasiego de las armas lleva indefectiblemente a las guerras (por ahora sólo regionales o localizadas) no queda mucho lugar para las expectativas de una humanidad próspera y un mundo en paz mientras sigamos viviendo bajo el régimen capitalista de producción. Y la esperanza de un socialismo generalizado en la tierra sigue siendo todavía eso: una esperanza.

No obstante, cabe desear que las llamadas izquierdas en el mundo rehagan realísta<sup>mente</sup> sus estrategias de lucha y pongan énfasis en la necesidad -como paso inmediato- de cambiar el destino de los excedentes en las economías avanzadas. Formar conciencia colectiva sobre este asunto, utilizando todos los medios posibles, sería una buena táctica de lucha política para la liberación posterior de las clases sociales sometidas y expoliadas. El mejor ejemplo de que tal cambio es factible, aun sin perder la naturaleza capitalista de las sociedades, lo suministran los países escandinavos.

Un nuevo Estado de bienestar -con su implícita significación de socialdemocracia en lo político y de condición mixta en lo económico- que

absorbiere cada vez menos excedentes en armamento y cada vez más excedentes en obra social podría llegar a ser el verdadero eslabón hacia un socialismo futuro, aunque así fuese lejano, siempre que se tuviera conciencia plena de las limitaciones reformistas del Estado de bienestar y se tuviera la firme intención de romper, en el momento preciso, las estructuras del capitalismo. (Pero para que esto ocurriese, los capitalistas reformistas o socialdemócratas por su parte, y los marxistas-leninistas duros por la suya, tendrían que volverse eurocomunistas, lo que, en mi opinión, no sería tan difícil si madurasen en realidades tangibles las reformas profundas que se están proyectando en la Unión Soviética. Aunque quizás esté pecando de demasiado optimismo al suponer tal flexibilidad en socialdemócratas y marxistas-leninistas duros).

#### LAS CORPORACIONES TRANSNACIONALES

Es preciso puntualizar que la transnacionalización de una economía lleva una doble y simultánea dirección: hacia afuera y hacia adentro, es decir, la internacionalización de los capitales nacionales y la internación de las empresas transnacionales, todo esto no sólo en relación con los mercados sino también con los aparatos productivos mismos y sus respectivos financiamientos.

En cuanto a las gigantescas corporaciones transnacionales, los llamados "precios de transferencia" que rigen en el interior de ellas representan la negación misma de las leyes del mercado. Aunque tales empresas constituyen un fenómeno cualitativamente nuevo, propio de nuestra época, tuvieron como base para su evolución los viejos monopolios que arrancan desde el siglo pasado. Y las transnacionales de hoy proyectan,

en escala gigantesca y con características actualizadas, las conductas monopolistas tradicionales para impedir la reducción de precios cuando hay sobreproducción; para repartirse los mercados mundiales y de paso burlar eficazmente legislaciones defensoras de derechos nacionales; para esquivar, en una palabra, el "libre juego de las fuerzas del mercado". Un juego que, por otra parte, es imposible ya de compaginar con la evolución del capitalismo esencialmente financiero y transnacional de hoy, y con el nivel político-ideológico alcanzado en la lucha de clases en escala internacional \*. Todo lo cual se inscribe dentro de la lógica del capitalismo en escala mundial.

La corriente de punta en el capitalismo avanzado, es decir, las corporaciones transnacionales, libran hoy múltiples batallas: contra las corrientes capitalistas tecnológicamente atrasadas y organizativamente tradicionales o "nacionalistas", por una parte, y, por la otra, entre sí y contra el bloque socialista y su creciente influencia. Esto último ha reducido considerablemente el ámbito internacional para la expansión lógica e histórica del sistema de producción capitalista. (Dicho sea de paso: la expansión económica es al capitalismo lo que la expansión político-ideológica es al socialismo: ambas forman parte intrínseca de las naturalezas mismas de ambos sistemas, respectivamente).

Aunque sólo sea incidentalmente se señalará aquí que lo anterior explica, en última instancia, el recrudecimiento de la guerra fría y justifica la obsesión de los abanderados del capitalismo por el "ex-

---

\* Como se ve, esta reflexión es previa al debilitamiento del poder sindical que ocurre en nuestro momento; sin embargo, la he dejado en el texto porque el dejarla es congruente con la hipótesis principal de este trabajo: suponer carácter cíclico a la existencia del Estado de bienestar.

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

pansionismo soviético". En escala más reducida podría aplicarse a la conducta de Estados Unidos en la zona centroamericana y caribeña en relación con la "intromisión cubana". Además, dentro del mismo orden de ideas se encuentra aquello a lo que más temen las vanguardias del capitalismo: la independencia económica de los países sometidos del Tercer Mundo. Se debe comprender que el sistema capitalista de producción lucha por su propia existencia, ya que detener o entorpecer su evolución -como lo hacen, política, económica y geográficamente, el bloque socialista y su esfera de influencia- significaría desaparecer de la historia: en su expansión continua le va la vida.

Hay que saber reconocer los conflictos entre rivales capitalistas trasnacionales: entre las grandes corporaciones norteamericanas, por una parte, y europeas y japonesas fundamentalmente, por la otra; pero también entre poderosas empresas trasnacionales y agredidos Estados nacionales. "La moderna internacionalización, o sea la expansión trasnacional del capitalismo -dice Samuel Lichtensztejn- tiende a modificar las relaciones orgánicas entre la acumulación económica y la hegemonía política en el seno de las formaciones nacionales. En su extremo, el desarrollo de la internacionalización supone la crisis política y cuestiona la capacidad reguladora del Estado" (36).

El estudio de las características del proceso de concentración y de internacionalización llevó a los investigadores Raúl Trajtenberg y Raúl Vigorito a la siguiente definición: "La fase trasnacional es el período de la historia del capitalismo en que se modifican las bases del funcionamiento de las formaciones sociales, como consecuencia de la ruptura de la barrera interpuesta por las fronteras políticas al proceso de concentración del capital" (37).

El debilitamiento de los Estados nacionales, mejor dicho, la transformación de sus funciones tradicionales, junto con el fortalecimiento de empresas y conglomerados transnacionales, todo mediante ese proceso no bien comprendido aun al que llamaremos, tentativamente, de creciente "desmetropolización" de aquéllos, constituyen pasos lógicos en la evolución histórica del capitalismo en expansión, es decir, hacia el despliegue de todas sus potencialidades. Hasta dónde podría llegar sin perder sus características fundamentales, es decir, sin convertirse ya sea en fascismo, ya en socialismo, es cuestión que atañe a nosotros los contemporáneos sacudidos por esta magna crisis que está pareciendo definidora en más de un sentido.

Cuando se habla de debilitamiento de los Estados nacionales, o de la transformación de sus funciones tradicionales a causa del predominio de las empresas transnacionales, hay que recordar ese fenómeno contrario al que ya nos referimos y al que, dialécticamente, aquél se enfrenta: un nacionalismo en surgimiento o en continuo fortalecimiento que se manifiesta en diversas formas, entre ellas las nacionalizaciones en el sector económico, los pronunciamientos políticos y las manifestaciones culturales.

En memorable discurso frente a la Asamblea de las Naciones Unidas, el 10 de octubre de 1982, el entonces presidente de México, José López Portillo, explicó: "La injerencia de las corporaciones transnacionales, la concentración creciente de los medios financieros, la supeditación de los sistemas bancarios a las grandes metrópolis, las expatriaciones masivas de capital y la imitación de modelos de desarrollo ajenos, ponen en riesgo la existencia misma de los Estados nacionales".

También había dicho: "Los países en desarrollo no queremos (sic)

ser avasallados. No podemos paralizar nuestras economías, ni hundir a nuestros pueblos en una mayor miseria para pagar una deuda cuyo servicio se triplicó sin nuestra participación ni responsabilidad y cuyas condiciones nos son impuestas. Por lo tanto -añadió el presidente de México- después de grandes esfuerzos correctivos en materia económica, mi gobierno decidió atacar el mal por su raíz y extirparlo de una buena vez". (De este modo se estableció el control de divisas y se nacionalizó la Banca privada en México).

C A P I T U L O   T E R C E R O

E L   E S T A D O   D E   B I E N E S T A R   E N   C O F L I C T O

E L   E S T A D O   D E   B I E N E S T A R   E S   E L   " E N E M I G O "

Una visión global de los acontecimientos mundiales, más el conocimiento de algunos análisis económicos confiables, me convence de que no es otra cosa sino la necesidad de revitalizar la tasa de ganancias lo que impulsa la frenética búsqueda -no importa lo brutales que puedan resultar los medios utilizados- del restablecimiento del "libre juego de las fuerzas del mercado", cuya efectividad, de acuerdo con los ideólogos del neoliberalismo económico, fue seriamente lesionada por la acción modificadora del Estado de bienestar.

Es oportuno recordar al economista norteamericano Paul A. Samuelson: "Mi tesis -dice- es que la stagflation [inflación con recesión] es una característica intrínseca de la economía mixta [...] y descubro sus raíces en el interior de la naturaleza básica del 'Estado de bienestar' moderno [...]. En resumen: atribuyo dicho fenómeno de la economía mixta al hecho de que ahora tenemos una sociedad humana en donde al desempleo y al receso industrial no se les permite tener repercusiones en la baja de precios y salarios, características del cruel y despiadado capitalismo de los libros de historia" (38). (subrayados míos).

Para justificar principios teóricos que, desde el punto de vista de los capitalistas, explican génesis y superación de las crisis, los partidarios del neoliberalismo económico consideran necesario destruir el Estado de bienestar, ya que, además de modificar la naturaleza del capi



talismo, constituye -según ellos- serio obstáculo para la producción de la riqueza.

Se puede afirmar que estamos presenciando la culminación del paulatino divorcio entre el liberalismo económico y el liberalismo filosófico-político. Dice el investigador Gonzalo Varela: "Desde mediados del siglo XIX la realidad puso en duda también el pretendido antagonismo entre el desarrollo económico y la injerencia estatal. Más definitiva aun fue la escisión que estableció un poco más tarde la presencia del capital monopólico entre liberalismo económico y liberalismo social y político, dos términos que parecían no sólo asociados históricamente, sino producidos el uno por el otro"<sup>(39)</sup>.

La destrucción del Estado de bienestar es punto focal de la reaganomía, cuyo propósito -devolver a la iniciativa privada el predominio y el control de la economía-, traspasa las fronteras nacionales para convertirse en el principal producto de exportación ideológica norteamericana en estos momentos. Y para destruir el Estado de bienestar es preciso destruir la fuerza que lo sostiene: la de los trabajadores organizados.

Un valioso apoyo a esta afirmación encuentro en Paul A. Samuelson, quien dice: "Leyendo a Schumpeter entre líneas creo observar que la misma solución planteada por ellos [Wilfrido Pareto y George Sorel] estaba tácitamente en su mente [...] A lo que me estoy refiriendo es, desde luego, a la solución fascista. Si la eficiencia del mercado es políticamente inestable, entonces los simpatizantes del fascismo concluyen: 'libérense de la democracia e impongan a la sociedad el régimen de mercado'. No importa que los sindicalistas deban ser castrados y los molestos intelectuales enviados a la cárcel o al exilio [...]. Por decir

algo: si Chile y los Chicago boys no hubieran existido, hubéramos tenido que inventarlos como paradigmas"<sup>(40)</sup>.

Una clase obrera con buenas defensas sindicales (como las que ella construye en un Estado de bienestar) es demasiada resistencia para los dueños del capital, quienes necesitan cumplir con el procedimiento regulador o incrementador de la tasa de ganancias. Procedimiento ya conocido por nosotros y que verificamos diariamente con las noticias procedentes del Norte: ramas enteras de la industria tradicional que se tornan obsoletas ante la pujanza de nuevas tecnologías, o por la aparición de ramas industriales que hasta hace poco considerábamos propias de la ciencia-ficción; dramáticos despidos en masa de trabajadores, especialmente de la mano de obra no calificada; inflación que no obstante sus temporales bajas sigue cumpliendo la función concentradora de capital; empresas medianas y en pequeño en quiebra agobiadas por el alto costo del crédito financiero. Todo eso que a corto, mediano o largo plazo se resuelve en incremento de la plusvalía arrancada a los salarios de los trabajadores no despedidos y a las naciones "asalariadas" que siguen cumpliendo las obligaciones impuestas por el sistema financiero internacional.

En otro orden de ideas podría afirmarse que el financiamiento para la gran transformación tecnológica de hoy y la consecuente reconversión o redespiegue industrial en los países de capitalismo avanzado -especialmente en Estados Unidos- exigió y sigue exigiendo una necesaria "revolución financiera" (lo que desde otra perspectiva definiríamos como predominio del capital financiero sobre el productivo), que produjera y siguiese produciendo una mayor concentración del capital; ésta, a su vez, se facilita con un nuevo patrón o modelo de acumulación y todo es

posible únicamente si se rompe el Estado de bienestar, cuya organización sociopolítica, su base económica y su filosofía moral impiden los excesos de aquella explotación desmesurada de la fuerza de trabajo -desmesurada en términos convencionales, no del monto de la plusvalía tan necesaria en la actualidad para el desarrollo ulterior del capitalismo. El Estado de bienestar, aunque capitalista, supone la existencia de una sociedad más humana.

Se entiende, pues, que la imposición de políticas económicas neoliberales exija un previo o simultáneo debilitamiento de los sindicatos y de todo aquello que exprese la fuerza del movimiento obrero organizado, el cual, como se sabe, aunque manipulado es baluarte del Estado de bienestar.

Lo que quiso decir el economista y premio Nobel Paul A. Samuelson, con sus palabras recién citadas, es que el Estado de bienestar (con su clase obrera organizada, su sindicalismo poderoso) obstaculiza la acumulación acelerada que necesitan los capitalistas en determinados momentos para aumentar o restaurar la tasa de ganancias disminuida por una crisis (una crisis de sobreproducción), cosa que procuran hacer provocando deliberadamente una recesión en la economía, para bajar los precios y para despedir trabajadores (para disminuir el monto de los salarios). Se comprende que esto último lo impide la defensa sindical; de aquí la periódica y necesaria agresión del capital al trabajo.

Hasta aquí la fórmula había funcionado bien a los capitalistas: la recesión provocada terminaba por vencer la inflación; pero con gran desconcierto para todos, en esta crisis actual apareció un fenómeno aberrante e inédito hasta aquí: la estanflación (stagflation) que no es

otra cosa sino la suma de la inflación y la recesión. Según Samuelson este fenómeno aberrante se debe a la existencia del Estado de bienestar. ¡Guerra, pues, al Estado de bienestar! Esto es, precisamente, lo que está ocurriendo en nuestro momento: la derrota del sindicalismo, de la clase obrera, de las fuerzas del trabajo, al perder esta batalla de ahora en la interminable e histórica lucha de clases.

"La revolución reaganiana, tal como yo la había definido -dice David Stockman, quien se autodefine como uno de los arquitectos de dicha revolución económica- requería de un asalto frontal al Welfare State [norte] americano [...] Consecuentemente, había que destrozarse o modificar drásticamente el esfuerzo de cuarenta años de promesas, subvenciones, derechos y redes de seguridad social decretados por el Gobierno Federal para cada componente y cada estrato de la sociedad [norte] americana. Una verdadera revolución de la política económica significaba riesgos y combate político mortal con todas las fuerzas electorales de la generosidad washingtoniana: beneficiarios de la seguridad social, veteranos, granjeros, educadores, oficiales locales y estatales, la industria de la vivienda y muchos más" (41).

Ya se ha comentado lo que es la hipótesis central de este trabajo; hora es de describir el contexto en el que se inserta. Cuando se habla aquí de "revolución financiera" no se está indicando únicamente lo que se desprende de la privatización en gran escala de empresas públicas en los países capitalistas; también se está señalando la succión de recursos financieros de todo el mundo que realiza Estados Unidos mediante sus apetecibles tasas de interés; del pago de la criminal deuda externa de los países sobreexplotados, y del fortalecimiento de la gran Banca privada internacional, tanto por quiebras de unos bancos y

fusiones de unos con otros más débiles, como también por haber sustituido los bancos privados, en sus funciones crediticias, a las instituciones públicas (Gobiernos, FMI, BIRF o Banco Mundial, BID) que antes refaccionaban a los países necesitados con créditos más blandos, en condiciones menos usurarias.

Cuando se habla aquí de un nuevo patrón o modelo de acumulación se tiene en mente las gigantescas corporaciones transnacionales -expresión objetiva del fenómeno de transnacionalización del capital- cuya participación en el mercado mundial es ya hegemónica y cada vez mayor su adueñamiento de los aparatos productivos nacionales.

No podemos dejar de comentar, dentro de esta somera revisión del contexto o panorama internacional, que el proyecto de defensa espacial antibalística, conocido como "guerra de las galaxias", es el desarrollo lógico y la proyección ilimitada del modelo reaganiano para echar sobre los hombros ajenos el peso de la crisis y para lograr el crecimiento de la economía norteamericana: la carrera armamentista como base para actuales y futuros negocios fabulosos, fabulosos como no se había visto jamás. Que tal modelo económico es financiado a costa del Welfare State en el propio Estados Unidos y a costa también de la ruina y el sufrimiento del Tercer Mundo, y aun de lesionar las economías de la Comunidad Europea si éstas no se asociaran con el gran negocio de la "guerra de las galaxias", es asunto que va penetrando cada vez más en la conciencia de la humanidad. "En un mundo cada vez más interdependiente, las políticas económicas que tienden a dar servicio a los intereses de un país pueden causar estragos en los demás [...] el proteccionismo y otras políticas de 'arruinar al vecino' podrían provocar otra depresión mundial" (42).

Son todos los fenómenos ya señalados los que, como ya se dijo, se relacionan entre sí y con el fenómeno global que se conoce bajo el nombre de Estado de bienestar. Se puede demostrar cómo convergen aquellos fenómenos del capitalismo actual -llamémoslo reaganiano- hacia una severa agresión a las conquistas sociales conseguidas en el transcurso de las luchas de la clase obrera y de las fuerzas populares, por una parte, y, por otra, toleradas por un capitalismo reformista, a cuyas necesidades respondieron en la coyuntura.

¿POR QUÉ FRACASA O ES DEFICIENTE EL ESTADO DE BIENESTAR?

Estó el agravamiento de la crisis de los años setentas para mostrar cómo las conquistas sociales, logradas durante el largo reinado de la socialdemocracia en Europa y durante el fortalecimiento del Welfare State en las Administraciones democráticas en Estados Unidos, tenían por fundamento el auge de las ganancias durante ese prolongado florecimiento del capitalismo. Al empezar a secarse las fuentes del financiamiento de la gran obra social, la crisis consiguiente inició el desmoronamiento (relativo) del pretendido "socialismo" de los socialdemócratas en Europa y de los proyectos de mayor participación en la conducción de su sociedad de los trabajadores de Estados Unidos.

El Estado de bienestar, que había, incluso, "dulcificado" las crisis menores o periódicas del capitalismo, probó no tener defensas frente a una crisis mayor de reestructuración, es decir, una crisis que tocara las estructuras capitalistas. Se esfumaron los mitos de la "desaparición" de las crisis en el capitalismo y de la "equivocación" del marxismo respecto a ellas, mitos que fueron populares durante el prolongado auge económico.

Éxitos y fracasos intrínsecos del Estado de bienestar o socialdemocracia -sus posibilidades y limitaciones- se vieron expuestos como nunca antes a la luz de la crítica por la intensidad y duración de esta crisis actual.

En nuestros países -muy especialmente en México- se vilipendió el término "populismo" hasta el punto de imponerle una gran carga peyorativa al concepto mismo, ya que se le equiparó a "desorden, corrupción y demagogia", lo que obstaculizó, y sigue haciéndolo, la comprensión del fenómeno populista como expresión latinoamericana del reformismo capitalista, y del Estado patriarcal como equivalente -en el mundo subdesarrollado- del Estado de bienestar o de la socialdemocracia de los países de capitalismo avanzado. "Para 1973 -informan los investigadores Germán Pérez Fernández del Castillo y Samuel León- el Estado mexicano había aumentado su participación en el PIB a más del doble: del 9 % al 20 %, por lo que el empresariado no sólo habló de una abierta agresión a sus 'espacios naturales'; la inversión privada como eje y motor económico nacional se vio, según sus líderes, amenazada. De las palabras pasaron a los hechos: sacaron del país casi cinco mil millones de dólares y constituyeron el Consejo Coordinador Empresarial (CEE) con el objeto de aglutinarse en defensa de sus intereses. En ese entonces surgió también un recurso inesperadamente eficiente: la política del rumor como arma desestabilizadora y agente deslegitimador [...] Con José López Portillo los conflictos y tendencias se agudizaron [...] [se amplió] la política de bienestar (FONATUR, COPLAMAR, SAM, crecimiento del IMSS-COPLAMAR, CONASUPO-COPLAMAR y otras instituciones) [...] El Estado elevó su participación en el PIB del 20 % al 49 % [...]" (43).

La campaña de descrédito personal en contra de los populistas presidentes Echeverría y López Portillo tuvo como propósito aceitar la maquinaria para facilitar el funcionamiento del nuevo proyecto basado en el neoliberalismo económico del conservador presidente De la Madrid.

¿Por qué fracasa -o es derrotado- el Estado de bienestar? Un Estado social que tuvo (que tiene) cada vez más obligaciones de prestar servicios -por simple aumento de la población o por mayor apetito de los ya beneficiarios- debería haber contado (debería contar) en su haber con todos los ingresos de la economía nacional. Y no fue (no es) así.

El capital monopolista ha logrado socializar sus déficits periódicos, además de disimular de la socialización de los gastos de la infraestructura (inversión social); sin embargo hay que llegar al verdadero nudo del problema. Este no es otro que la contradicción capitalista entre una producción cada vez más socializada y una apropiación de sus beneficios cada vez más privada (por la propiedad privada de los medios de producción). De aquí que los capitalistas favorezcan todo aquello que signifique socializar los costos del capital, pero impidan tenazmente la socialización de sus beneficios. A este respecto James O'Connor pone como ejemplo el apoyo de los capitalistas al seguro de enfermedad; pero su oposición en cambio a la medicina socializada; otro ejemplo sería el apoyo a los programas federales de carreteras y su oposición a las compañías constructoras administradas por el Estado <sup>(44)</sup>. Los capitalistas se oponen en general al establecimiento de empresas estatales y periódicamente rugen exigiendo la privatización de las que existen.

A causa de la apropiación privada de los beneficios de la producción el Estado interventor no tuvo ni tiene otro futuro -a pesar de sus buenas intenciones- que la bancarrota fiscal <sup>(45)</sup>.



Podría pensarse que el Estado de bienestar neutralizaría muchas de las causas de su crisis fiscal si sólo mantuviera los gastos estatales en el renglón del capital social, es decir, en la inversión social (por ejemplo la infraestructura industrial) y en el consumo social (por ejemplo ciertas mejoras en las condiciones de vida y de trabajo de la clase trabajadora activa organizada, porque aumenta el poder de reproducción de la fuerza de trabajo), y, en cambio, redujera al mínimo los gastos estatales en el renglón de los gastos sociales (por ejemplo la asistencia social a los trabajadores en paro). Lo anterior se explicaría por el carácter productivo -aunque indirecto- que tiene el capital social (inversión social y consumo social) y por el carácter improductivo de los gastos sociales. El primero incrementa, a la larga, los beneficios porque incrementa la productividad del trabajo; los segundo, no (46).

Lo que se acaba de comentar explicaría en parte la retórica del discurso ideológico conservador o reaccionario cuando se lanza contra lo que llama Estado "obeso" o "hipertrofiado". Las declaraciones periodísticas, radiotrasmitidas o televisadas de los ideólogos de la derecha -por lo menos de los más sutiles o avisados- muestran cómo sus ataques se enderezan, por lo general, especialmente contra los gastos sociales -los que, no obstante, son los que legitiman el Estado capitalista ante los ojos de la mayoría- y no contra el capital social (inversión y consumo sociales), ya que este último mantiene o crea condiciones favorables para la rentabilidad del capital privado, es decir, favorece la acumulación privada.

Ahora bien: si el Estado de bienestar o Estado social -al que también denominan Estado asistencial- redujera sus gastos sociales por improductivos (ajustándose más a la lógica capitalista), se negaría a sí

mismo y habría de perder mucho de la justificación moral y de la sustentación filosófica que lo hacen tan atractivo para grandes masas trabajadoras, militantes o no en partidos políticos reformistas, en el mundo capitalista.

Fese a la retórica derechista o conservadora en contra del Estado interventor, una verdad se impone: "El crecimiento del sector monopolista requiere que el Estado destine medios cada vez mayores a gastos sociales"<sup>(47)</sup>. Y durante un período determinado del proceso de desarrollo del Estado de bienestar -que coincide con el auge económico- los capitalistas han aplaudido, no menos que los sindicatos, los gastos sociales estatales. De hecho -lo afirma O'Connor- "el crecimiento del sector estatal y del gasto estatal se convierte, cada vez más, en la base del crecimiento del sector monopolista y de la producción total"<sup>(48)</sup>.

¿Es, entonces, hipócrita el discurso conservador? En buena parte sí lo es, aunque habría que abonarle en su crédito el hecho del deterioro creciente del Estado de bienestar que le va mermando condiciones favorables para la acumulación privada, con lo que va preparándose así el camino para la inevitable reacción, es decir, la entronización del neoliberalismo económico y del darwinismo social. Se puede afirmar, en general, que los conservadores aborrecen la intervención del Estado cuando ésta aminora las penalidades en el renglón trabajo, y la aplauden cuando el Estado trabaja en favor del capital.

Dicho sea de paso, aunque no por eso sea menos importante, cuando se establecen las causas del conflicto interno que se produce en el Estado de bienestar propiamente dicho, se describe, implícitamente, la contradicción que se diría fundamental de la socialdemocracia (en gene-

ral de la propuesta socialdemócrata): no se puede llegar al socialismo sin romper en algún momento la lógica y las estructuras económicas capitalistas, y, evidentemente, esto último no tienen intención de hacerlo los socialdemócratas, por lo menos no a corto ni a mediano plazos. Por eso lo que constituye su bandera propiamente dicha, el "socialismo democrático", es, ciertamente, democrático (en sentido capitalista), pero no es socialismo; lo que ellos tratan de lograr -y lo han logrado- es una sociedad con un alto grado de seguridad social, grado que tiende a convertirse en el máximo permitido por las estructuras capitalistas; pero que se desmorona casi del todo cuando se agota su verdadera fuente de financiamiento -el auge económico- y sobreviene la crisis fiscal del Estado de bienestar. La crisis finalmente se resuelve en bancarrota. (La economista Ifigenia Martínez opina que el Estado nunca llega al extremo de la bancarrota ya que posee "la maguinita de hacer dinero". Sin embargo, todo tiene sus límites y la bancarrota no necesariamente tiene que ser declarada formalmente: puede manifestarse en múltiples formas).

El siguiente paso en esta catástrofe es la entronización -con el consenso popular- de la reacción conservadora (para lo cual ayuda, pero no es determinante, una sonrisa al estilo de Ronald Reagan). Esta ha sido la experiencia reciente en diferentes países. La bancarrota del Estado social o interventor pareciera entonces explicar la necesidad de allegarse fondos públicos mediante la privatización (venta a particulares) de empresas públicas; necesidad económica real que apareja su consiguiente discurso ideológico reaccionario (la revolución "derechista"). Los demás elementos de la reacción conservadora -tanto en la economía como en la filosofía política y en la política propiamente dicha- van apareciendo y justificándose a medida que se avanza en la lucha contra la baja rentabilidad del capital (de la tasa decreciente de ganancias)

y aparece la necesidad de modernizar la producción capitalista (por medio de la innovación tecnológica y de la consiguiente reconversión industrial; del despido de empleados "innecesarios" y de la "liberalización" del mercado de trabajo).

#### LOS MITOS DEL REFORMISMO

Reveladoras son las tesis de Ernest Mandel acerca de "los grandes mitos del reformismo". Niega toda "democratización" de la carga fiscal. Dice: "En régimen capitalista no se ha producido nunca una verdadera y radical distribución de la renta nacional mediante el impuesto, uno de los grandes 'mitos' del reformismo" (49).

Además de considerar la facilidad con que el Estado se beneficia de los capitales líquidos importantes colocados en fondos del propio Estado por las Cajas o instituciones de seguridad social, Mandel llega al nudo de la cuestión: "El conjunto de las cantidades entregadas a las Cajas de Seguridad Social -ya sea por los patronos, ya por el Estado, ya por retención de los salarios de los mismos obreros- constituye simplemente una parte del salario, un 'salario indirecto' o 'salario diferido'. Es el único punto de vista razonable que, además, concuerda con la teoría marxista del valor, puesto que, efectivamente, hay que considerar como precio de la fuerza de trabajo al conjunto de la retribución que el obrero percibe a cambio de ella, sin que importe que le sea entregada directamente (salario directo) o más tarde (salario indirecto o diferido)" (50).

Abundando en la opinión de Mandel, Ian Gough ofrece la siguiente información: "los servicios sociales en Gran Bretaña han sido progresiva

mente considerados por los movimientos obreros como parte integral de los salarios, parte que debe ser defendida e incrementada en la misma forma que los salarios en dinero. Configuran un salario social aportado colectivamente por el Estado o por otro organismo"<sup>(51)</sup>.

Milton y Rose Friedman, también enemigos del Estado de bienestar -aunque desde trincheras opuestas a las de Mandel- calcular la continua disminución del número de trabajadores activos necesarios para financiar los servicios sociales de los que goza un número en aumento de trabajadores pasivos. Llegan a la conclusión de que cada vez es más pesada la carga sobre los hombros de los trabajadores activos en un Estado de bienestar. Dicen: "Los problemas financieros a largo plazo de la seguridad social se derivan de un solo hecho: el número de individuos que recibe pago del sistema ha aumentado y continuará creciendo a un ritmo mayor que la cifra de trabajadores cuyos salarios pueden estar sujetos a la imposición para financiar esos pagos. En 1950, por cada perceptor, había 17 trabajadores; en 1970, sólo 3; a principios del siglo XXI, si continúa la tendencia actual, habrá 2 en el mejor de los casos [...] Al comienzo de la nueva era todo parecía bien; los individuos que habían de beneficiarse eran pocos y los contribuyentes que podían financiar dichos programas eran muchos, de modo que cada uno pagaba una pequeña cantidad que proporcionaba beneficios significativos a unos pocos que lo necesitaban. En la actualidad todos nosotros estamos financiando unos programas con un bolsillo, para recibir dinero -o algo que el dinero podría comprar- con el otro"<sup>(52)</sup>.

Los datos de los Friedman nos hacen volver a Mandel para seguir en la búsqueda del meollo de la crisis del Estado de bienestar: "Las Cajas del seguro de enfermedad, de accidentes, no están basadas en el principio de la 'recuperación individual' (cada cual recibe lo que ha entre-

gado o lo que el patrón o el Estado ha entregado por él) sino sobre el principio del seguro, es decir, de la media matemática de los riesgos, es decir, de la solidaridad: los que no sufren accidentes pagan para que los accidentados puedan quedar completamente cubiertos". Por eso para Mandel una verdadera distribución de la renta nacional en favor de los asalariados sólo puede lograrse mediante "la transformación de la seguridad social en servicios nacionales (de la salud, del pleno empleo, de la vejez) financiados por el impuesto progresivo sobre las rentas". (Subrayados del autor). En otras palabras, lo que propone Mandel es "la sustitución del principio de solidaridad [de clase] limitada a la clase laboral, por el principio de solidaridad ampliada a todos los ciudadanos" (53).

Las afirmaciones de Mandel nos proporcionan una punta del hilo para desenredar la madeja. Nos ha demostrado que la seguridad social se financia mediante la solidaridad interclase trabajadora; pero los datos aportados por los Friedman nos advierten de la ya inminente saturación de dicha solidaridad. Y que esto ocurra pronto es temor bien fundado de nerviosos capitalistas (o de sus ideólogos). Porque para entonces, el progresivo aumento de las conquistas sociales y, por ende, de la fuerza política de sindicatos y otras organizaciones laborales en una socialdemocracia o Estado de bienestar, incrementarían peligrosamente las presiones de los asalariados en pos de una más justa distribución del ingreso, hasta llegar a gravar las sacrosantas ganancias del capital. He aquí, pues, una buena justificación -entre otras- para que los capitalistas enarboleden banderas neoliberales y declaren guerra a muerte al Estado benefactor.

Para aceptar plenamente aquella tan atractiva idea ~~demo~~ es la de Mandel,

tendríamos que estudiar primero la composición y el tipo de los crecientes impuestos durante el desenvolvimiento del Estado de bienestar en las sociedades capitalistas avanzadas, y determinar si dichos impuestos gravan o no las utilidades del capital. A pesar de los refinadísimos métodos que ha adquirido el fraude contra el fisco, es indudable el aumento de la imposición fiscal en países que han construido un Estado de bienestar. Pero el punto no es ése, sino otro, y no es cuestión de valorar<sup>lo</sup> cuantitativamente sino cualitativamente. Para quien considere que no existe ni existirá jamás un salario "justo" ya que la injusticia radica en la existencia misma de un "salario", tampoco puede aceptar que haya una ganancia "lícita" que sea producto del trabajo ajeno: es inmoral por principio. Se comprende que me estoy refiriendo tanto al fundamento económico del capitalismo como al fundamento ético del socialismo.

Bajo este orden de ideas, el "salario indirecto" o "diferido" mencionado por Mandel tendría que ir creciendo progresivamente hasta absorber las ganancias capitalistas. Esto sería el desarrollo lógico del "socialismo democrático" de los socialdemócratas. Como en la vida real esto no ocurre así -por razones obvias- el reformismo encuentra pronto sus propios límites dentro de la permisibilidad capitalista, cuando empieza a declinar el auge económico -pleno empleo prolongado, alzas salariales, tasa media de ganancias satisfactoria-, auge económico durante el cual se financian fácilmente reformas sociales favorables a los asalariados en un Estado de bienestar o socialdemocracia.

La experiencia actual nos demuestra que tales reformas no son irreversibles del todo. La tónica político-económica en estos precisos momentos se caracteriza por un escandaloso desempleo, reducción de salarios reales, alza de los precios de los bienes salario, recortes en la segu

ridad social etc. (todo eso que constituye "la rebelión de los ricos contra los pobres", como repitiera recientemente el político mexicano Jorge de la Vega Domínguez).

Ahora bien: mientras no se decida a gravar las utilidades del capital -con verdadero espíritu de justicia social- mediante reformas fiscales a fondo, los reformistas no revolucionarios se ven expuestos a soportar déficit crecientes en los presupuestos nacionales de sus respectivos países, para financiar parte de la seguridad social y de otras conquistas sociales como la educación pública y la elevación de la calidad de la vida en general dentro de un Estado de bienestar. Es oportuno señalar que la determinación de financiar el desarrollo con créditos externos -en vez de optar por una efectiva reforma fiscal interna- llevó a los Gobiernos "populistas" (equivalentes latinoamericanos del reformismo capitalista) a incrementar sus respectivas deudas externas hasta llegar a los dramáticos niveles a los que se ha llegado hoy.



CAPÍTULO CUARTO

OTRA VEZ EL ESTADO DE BIENESTAR

Son precisamente los relativos o dudosos "triumfos" (dudosos porque originan desequilibrios mayores) del capitalismo salvaje en el presente los que justificarán en buena medida la hipótesis del necesario retorno del capitalismo reformista, es decir, de un nuevo Estado de bienestar corregido y adecuado a nuevas circunstancias históricas. Un nuevo Estado de bienestar que supere el mayor de sus vicios, el cual es -según los adversarios neoliberales- la excesiva estatización o debilitamiento del mercado (por intervención del Estado en la economía y por el carácter monopolista del capital) como factor de regulación capitalista del crecimiento económico y de la distribución de recursos.

No pueden durar indefinidamente, o por largos períodos, ni la progresiva parálisis económica de los países pobres ni el masivo desempleo en los países ricos resultantes de aquellas políticas neoliberales: la economía mundial no lo resistiría. El retorno del capitalismo reformista -por derrota, a su vez, del capitalismo salvaje- no puede efectuarse de la noche a la mañana. La crisis del capitalismo mundial en general, y la crisis de la deuda externa en particular, complican la realización de aquella tendencia en América Latina; así como la revolución científico-técnica y la trasnacionalización indetenible del capitalismo determinan también la complejidad en que se realizará dicha tendencia en los países de capitalismo avanzado.

Sin embargo, en un estudio de los cambios que ocurren en el desarrollo de la sociedad latinoamericana, se lee: "Como demuestran las experiencias

de Portugal, Grecia y España, el fascismo -en un sentido- es una premissa para el rápido crecimiento de la socialdemocracia en el período en que el fascismo va a la tumba bajo los golpes de las fuerzas democráticas. No se excluye que tal variante ocurra en América Latina" (54).

Lo anterior se publicó en 1961; desde entonces los augurios se confirmaron en las naciones sudamericanas que se sacudieron la bota militar que las aplastaba y en donde está ocurriendo un fenómeno de "europeización" -es decir, hacia concepciones de la socialdemocracia clásica- de las antiguas corrientes populistas latinoamericanas; fenómeno político al que, por supuesto, no es ajeno el fenómeno económico de la maduración del capitalismo -aunque dependiente- en la región.

Las penurias intensificadas a las que están sometidos hoy los pueblos del Tercer Mundo por las consecuencias de la búsqueda de rentabilidad del capital en el sistema capitalista mundial, y la impotencia económica a la que han sido reducidos los Gobiernos democráticos de esos mismos pueblos por la explotación usuraria de la deuda externa, están mostrando con descarnada crudeza la verdadera índole del imperialismo, y, lo que es más importante, están propiciando una toma de conciencia generalizada en los medio democrático-burgueses acerca de los mecanismos injustos del sistema capitalista. Como no puede esperarse que los líderes o miembros de la clase dirigente de estos pueblos abjuren de su condición capitalista, es muy posible que su creciente concientización los lleve o los afirme hacia el planteamiento de un reformismo identificado con el llamado socialismo democrático de los socialdemócratas europeos. La oportunidad para que esto ocurra se presentará en un futuro no muy lejano, aunque la comprensión de tal posibilidad se oscurezca ahora por la imposición cotidiana de la reacción conservadora en todos los campos y el aparente retroceso de la Internacio

nal Socialista en la región; también el oneroso pago de la deuda externa y la recesión en la que han naufragado las naciones latinoamericanas oscurecen aun más el panorama.

Cabe recordar cómo el new deal en Estados Unidos y las socialdemocracias en Europa surgieron y florecieron a partir de políticas económicas en buena parte salvadoras del gran naufragio del capitalismo liberal en los años 29 y siguientes (con el interregno fascista en Europa). "Cuando la burbuja se rompa -y se romperá- el público recurrirá al Gobierno afirmativo de Franklin D. Roosevelt, no al mercado libre de Ronald Reagan" (55). Dicho de otra manera: será necesario poner más dinero en los bolsillos de los trabajadores (adoptar una política económica que se base en la demanda) y no ya, como se hace ahora en plena revolución "derechista", seguir poniendo más dinero en los bolsillos de los capitalistas (la política económica que se basa en la oferta). La expansión económica durante la posguerra en los años cincuentas y sesentas se debió al carácter masivo que adquirieron tanto la producción como el consumo: el poder de compra de los salarios permitía la realización de la producción. En nuestros días ocurre lo contrario: las restricciones salariales (tanto del salario directo como del indirecto) están afectando peligrosamente el consumo.

En síntesis: la sustitución de una política económica (con énfasis en la demanda) por otra (con énfasis en la oferta), o viceversa, obedece a vicisitudes del desarrollo del capitalismo, vicisitudes que adquieren fisonomía propia de acuerdo con la coyuntura en que aparecen y de la situación concreta de que se trata. Aunque se encuentren características básicas comunes, estas circunstancias históricas distintas determinarán las diferencias políticas y culturales de tales cambios

económicos. De aquí que tan importante sea estudiar las analogías como las diferencias entre lo que ocurrió en la crisis del 29 y lo que está ocurriendo en esta magna crisis actual.

Tanto los conservadores como los progresistas se encuentran hoy en estado de alerta. Los primeros porque, como afirma Antonio Negri, "cuando se dice 'demanda' se dice clase obrera, se dice movimiento de masa que ha encontrado una identificación política, se dice posibilidad de insurrección y de subversión del sistema" (56). Los segundos porque ven en las políticas económicas neoliberales (de la oferta) la "rebelión de los ricos contra los pobres" y recuerdan la aparición del fascismo como barrera en la lucha contra la fuerza de los sindicatos.

Una correcta caracterización de la naturaleza intrínseca del capitalismo no es estática y debe basarse en la resultante de su transformación histórica: de lo que va siendo. Por eso cuando se oye decir que está en crisis o en quiebra el "modelo keynesiano" dan ganas de preguntar si quien lo está diciendo está consciente de que el llamado modelo keynesiano no es otra cosa sino el capitalismo mismo. En otras palabras: lo que ha llegado a ser. Los modelos ofrecidos por el neoliberalismo (por medio de los ofertistas) no son sino intentos involucionistas que tratan infructuosamente (ya que sus éxitos son relativos y ambiguos) de borrar los cambios históricos del capitalismo. Cambios que se hicieron más visibles a partir de la gran depresión de los años 29 y siguientes. Si se sigue el desarrollo de estos conceptos se llega a comprender por qué la crisis actual del capitalismo es, propiamente, la crisis de la economía mixta, del Estado de bienestar, de la socialdemocracia, del reformismo. Ahora bien: determinar si las políticas económicas neoliberales conducen a una involución histórica del capitalismo o, si por el

contrario, están llevando a una fase superior del mismo en su evolución histórica -a la formación de una economía única y de un solo mercado mundial- es cuestión de perspectiva de clase. Desde el punto de vista de los portadores de la fuerza de trabajo el neoliberalismo económico no es otra cosa sino un fascismo económico, mientras que el keynesianismo puede conducir al llamado socialismo democrático, o, en otras palabras, al reformismo capitalista (socialdemócrata). Por eso con buena dosis de gracia o de ingenio Christine Buci-Glucksman habla del "socialismo keynesiano".

Dice Donald A. Nichols: "El cuadro general de lo que sucedió es bien conocido. Las ideas keynesianas perdieron predominio tanto en el seno de la comunidad académica como en la arena política; la influencia del monetarismo creció, conquistando muchas instituciones académicas y de instrumentación de políticas. En un estadio posterior surgió en la escena la economía de la oferta [...] Menos conocido es el motivo de esta transferencia de poder intelectual. En parte fue debido a la incapacidad de los modelos keynesianos para explicar la tambaleante economía. Ello costó caro [...] sepreó un vacío que se vio rápidamente ocupado por los monetaristas" (57).

Sin embargo, hay claros indicios de reacción en contrario. Más adelante, en el mismo artículo, sigue diciendo Nichols: "La marea está empezando a cambiar su curso también a nivel académico. Las nuevas teorías monetaristas están saliendo reprobadas en pruebas empíricas básicas. La teoría keynesiana, alterada para incorporar lo mejor de las ideas monetaristas, ya no tiene dificultades para explicar los episodios que la perturbaban a principios de los setentas. Ahora son los modelos monetaristas los incapaces de explicar las últimas tendencias de las t<sub>a</sub>

sas de interés y la inflación" (58). (Subrayados míos).

Aparte los vaivenes de las teorías económicas, el caso es que la economía mixta se encontró en problemas y, por ende, el Estado de bienestar en todas partes. Cabe adelantar lo que será una de las principales conclusiones del presente trabajo: la crisis del Estado de bienestar se encuentra en la propia médula de la gran crisis actual del capitalismo mundial.

Entre las conclusiones de su famoso y autocrítico libro, David Stockman, quien fuera miembro prominente del gabinete económico en la primera Administración de Reagan y uno de los arquitectos de la política económica neoliberal (ofertista), admite lo siguiente: "En cierto modo, el gran incremento en la imposición fiscal que necesitamos [que nos hemos visto obligados a aceptar] confirmará el triunfo de la política [sobre la economía]. En una democracia los políticos deben tener la última palabra una vez que esté claro que la dirección que tomamos es consistente con las preferencias del electorado. La Revolución Reaganeana abortada probó que el electorado [norte] americano desea una moderada socialdemocracia como escudo contra las ásperas aristas del capitalismo" (59).

El carácter cíclico de los problemas del capitalismo se evidencia aquí. Si los capitalistas recurrieron a las políticas económicas del lado de la oferta (una de las bases económicas neoliberales de la actual revolución conservadora) fue, fundamentalmente, para detener la ola inflacionaria provocada por la expansión de la demanda (base económica keynesiana del Estado social).

Con mayor precisión diríamos que las políticas económicas neoliberales

se impusieron como presunto remedio a la stagflation (estanflación), fenómeno nuevo en la historia del capitalismo y característico de los años setentas; fenómeno que desconcertó por igual a economistas y analistas políticos: se trataba del extraño matrimonio de los fenómenos inflación y recesión, a los cuales se les había considerado hasta entonces excluyentes entre sí. Ya vimos en otra parte de este trabajo cómo explica el economista Paul A. Samuelson el fenómeno de la estanflación. También sabemos que este episodio del permanente conflicto entre el capital y el trabajo lo ganó el primero sobre el segundo.

Conseguido en parte su propósito -reducir la inflación- se enfrentaron las sociedades capitalistas avanzadas al problema del desempleo masivo y del abatimiento de los niveles de vida de las mayorías, lo que significó el consiguiente subconsumo. No nos deben engañar las recuperaciones que han seguido a cada una de las recesiones dentro de esta misma crisis del capitalismo mundial, pues ellas han sido cada vez más precarias. Dice A. Gunder Frank: "La 'recuperación' de la economía mundial que se ha producido desde 1983 bajo la presidencia de Ronald Reagan es nacionalmente débil, internacionalmente desequilibra da y temporariamente inestable. La próxima recesión mundial amenaza muy seriamente con agravar las tendencias depresivas, y las políticas neomercantilistas, e incluso los bloques económicos, traen reminiscen cias de los años treinta" (60).

Se comprende que estos problemas exigirán para su solución más tarde o más temprano elevar el poder adquisitivo de los salarios, es decir, "expansionar" la demanda. Para entonces podrá volverse a levantar -estructural y superestructuralmente- el edificio del Estado de bienestar como principal generador del salario indirecto y propiciador del aumen

to del salario directo (al restablecerse la fuerza y el poder sindical<sup>es</sup>).  
¿Podrá el Estado de bienestar para entonces superar, teórica y prácti-  
camente, la condición inflacionaria que siempre lo ha acompañado? La  
verdad: parece difícil; pero aquí entra la posibilidad de que el key-  
nesianismo futuro adopte algunos elementos positivos del neoliberalis-  
mo. Se pregunta Paul A. Samuelson al final de su trabajo aquí citado:  
"¿Es utópico conservar y promover cualidades humanas de la economía mix-  
ta manteniendo al mismo tiempo la eficiencia del mecanismo de mercado?"

Los campeones del neoliberalismo económico ponen énfasis en la produc-  
ción de riqueza "a como haya lugar"; los defensores del Estado de bien-  
estar lo ponen en la distribución de la misma sin salirse del períme-  
tro del capitalismo. Considero que el conflicto establecido entre am-  
bas posiciones constituye el sello característico de las sociedades  
capitalistas contemporáneas (más acusado en las de capitalismo avanza-  
do, menos en las subdesarrolladas). Por otra parte, es la preeminencia  
de este conflicto lo que le imprime tanta vitalidad al capitalismo  
en nuestro momento, tanta, que pareciera relegar a segundo término la  
discusión sobre los problemas del socialismo real (por lo menos hasta  
la marca reformadora de Gorbachov en la URSS). El asunto de determi-  
nar cuál ha de ser prioritaria, si la producción o la distribución de  
la riqueza interesa por igual a la práctica político-económica en am-  
bos sistemas y cobra importancia teórica en la antigua discusión ren-  
ovada hoy acerca del mercado y sus leyes reguladoras.

Parto de la certeza de que no se restablecerá un nuevo Estado de bien-  
estar a menos que se genere una fuerte reacción de las clases trabaja-  
doras para dar vuelta a la página en este capítulo de renovada explo-  
tación que están sufriendo actualmente. Por lo pronto están todavía



los trabajadores paralizados no sólo porque la reconversión industrial y la recesión están diezmando sus filas, sino también por los golpes sufridos en sus salarios y prestaciones y en sus organizaciones sindicales. Con variantes propias de cada situación concreta, la anterior es la condición en que se encuentra el proletariado en casi todo el mundo occidental.

Sin embargo, no caben dudas de que tal poderosa reacción se presentará más temprano que tarde. Lo dicho no responde a ilusión y buenos deseos: está en la dinámica interna del capitalismo el vencer periódicamente los desequilibrios sucesivos entre los factores de la producción. Esto explica la alternancia de las políticas económicas -y sus respectivas justificaciones ideológicas- favorecedora ya sea del capital, ya del trabajo, tal como parece haber ocurrido dentro del desarrollo reciente del capitalismo. Por demás está añadir que las condiciones favorables para uno o para otro bandos deben encontrar, para realizarse, los dirigentes adecuados. Recíprocamente, los dirigentes o líderes de tales cambios encuentran, en aquellas condiciones favorables, la ocasión de realizar sus respectivas políticas. Así se explican las presencias, en un solo país, de Administraciones tan contrarias como la de un Roosevelt o la de un Reagan en Estados Unidos; de un Cárdenas o de un De la Madrid en México.

La historia de Estados Unidos demuestra que el capitalismo ha florecido lo mismo bajo la ley de la selva que bajo la sombra del Estado benefactor; lo mismo bajo el liberalismo económico más desenfrenado que acogido a la protección gubernamental; pero también nos señala que bajo una u otra organización se llega a lo mismo: a una crisis global del sistema.

Arthur Schlesinger (The cycles of American History) considera un carácter cíclico en la historia norteamericana, pero desde un ángulo estrictamente sociopolítico: cuestión de alternancia de generaciones en la conducción política, ya sea en pro de los intereses públicos, ya en pro de los intereses privados, sucesivamente. "Es la experiencia generacional la que actúa como causa principal del ciclo político. Los miembros de cada generación formular sus premisas políticas como respuesta al ambiente público de su adolescencia y los primeros años de adultez. Cuando llegan a la mayoría de edad, por lo general veinte años más tarde, intentan articular las premisas conformadas en la época anterior" (61). Schlesinger pone como ejemplos a Franklin y Eleanor Roosevelt y a Harry Truman, cuyos ideales se formaron en la época de Wilson y del primer Roosevelt, y quienes al llegar a la madurez implantan el "nuevo trato" y el "trato justo", respectivamente; de igual manera los Kennedys y Lyndon Johnson, formados en la etapa del "nuevo trato", implantan a su vez, cuando maduran, la "nueva frontera" y la "gran sociedad", respectivamente. La generación que se formó en tiempos de Kennedy está por llegar, dice Schlesinger. (Siguiendo la lógica del pensamiento de este último debemos suponer que esta futura generación progresista desplazará la generación conservadora actualmente en el poder en Estados Unidos).

De cumplirse la profecía de Schlesinger esta futura generación dirigente protectora de los intereses públicos, y no de los privados, coincidiría con un nuevo (o reestructurado) Estado de bienestar, si se cumpliera mi profecía basada en hechos fundamentalmente económicos, y que, lejos de discrepar, se complementaría con el enfoque sociopolítico de Schlesinger. (Es digno de notarse que no obstante el rechazo a cualquier determinismo económico en la historia, el historiador Arthur Schlesinger no participa del mito tan norteamericano acerca de la ausencia de todo

conflicto de clases en su sociedad: para él son determinantes los conflictos entre las fuerzas democráticas y los intereses particulares).

"Algunos comentaristas advierten -dice Leonard Silk, comentarista de The New York Times- que la mayor amenaza proviene del abandono, por parte de los líderes políticos y económicos de los principales países industrializados, de la lección aprendida durante la gran depresión -la doctrina de John Maynard Keynes- en el sentido de que para curar una depresión y un desempleo masivo el Gobierno debe actuar para incrementar la demanda de bienes y de trabajadores" (62).

Sin embargo, el asunto de las políticas económicas que se siguen o que se deberían seguir no es tan simple. En aparente paradoja, la Administración de Reagan ha abandonado, no tan sorprendentemente, el rígido neoliberalismo económico (el ofertismo). "El único país del que puede decirse que aplica los remedios keynesianos de recortes tributarios, incrementos del gasto y enormes déficit presupuestarios es Estados Unidos bajo la presidencia de Ronald Reagan", añade Leonard Silk en otra parte de su artículo citado.

Sí, pero ¿para qué los aplica? -preguntaríamos nosotros-. A diferencia de lo que ocurre en el Estado de bienestar o social, la Administración de Reagan ha sustituido gran parte del gasto estatal (en salud, vivienda, educación, recreación) por un desorbitado incremento en el gasto militar, conformando así una manera distinta de ocupar los excedentes. Esto no quiere decir que el Estado de bienestar no ocupe excedentes en armas; pero como ya se comentó en otra parte de este trabajo, es cuestión de distinto énfasis o intención en este fenómeno.

Abundando en el tema dice A. Gunder Frank: "La recuperación norteamericana se basó fundamentalmente en una política fiscal expansiva, en una reducción impositiva, y en un incremento del gasto militar, keynesiano, combinado con una política monetaria restrictiva ( el ajuste monetario y la política de altas tasas de interés de Volcker" (63).

También comenté ya cómo -con deliberada audacia- lancé la hipótesis de que en <sup>los</sup> Estados Unidos de Ronald Reagan no se recortan los gastos sociales para aumentar los del armamentismo, sino que, por lo contrario, se incrementa el gasto militar para impedir los gastos sociales. ( El fantasma de la URSS vendría a ser, de acuerdo con esta hipótesis, un expediente muy eficaz del discurso ideológico justificador del enorme incremento del armamentismo ante el propio pueblo norteamericano y sería también -dentro de esa misma hipótesis- legitimador de las conductas intervencionistas del Gobierno norteamericano en el Tercer Mundo. Dicho sea lo anterior sin mengua del ánimo furiosamente belicista que inflama todos los aspectos del capitalismo reaganiano). Que el armamentismo haya crecido desmesuradamente y actúe por sí mismo, como un Frankenstein, con autonomía de los propósitos que lo originaron, es otro asunto que requeriría analizarse más a fondo. Ha crecido y se ha independizado tanto el armamentismo que lo más frecuente es que se le tome como causa y no como efecto de la crisis económica de Estados Unidos.

Por otra parte, la determinación de abatir progresivamente -hasta donde fuere posible- los gastos sociales, es decir, de disminuir la protección social a los débiles, revela una conducta congruente con la filosofía que justifica el triunfo del más fuerte, del más "apto", del mejor condicionado para una sociedad que intenta volver a regirse por

las leyes de la selva del capitalismo salvaje. La revolución socioeconómica conservadora, desmanteladora del Estado de bienestar, extendida hoy por todas partes, se ajusta coherentemente con sus fundamentos filosófico-ideológicos.

Ya se dijo que la acción del reformismo capitalista (socialdemócrata) pareciera tener carácter cíclico y estar determinada por el vaivén de las crisis periódicas y las de transformación del capitalismo. "Podría considerarse que opera sobre ambas partes: con carácter benéfico coyuntural para los movimientos obreros periódicamente aplastados y que, por lo mismo, son defendidos y fortalecidos por la socialdemocracia (por el reformismo capitalista); pero con carácter benéfico permanente para las clases sociales dominantes ya que propician la perpetuación del sistema al corregir el rumbo del capitalismo y devolverlo a la gran corriente evolutiva del proceso histórico"<sup>(64)</sup>.

Es preciso afinar los conceptos anteriores. Cuando se habla aquí de una clase obrera directamente beneficiada por el reformismo capitalista (El Estado de bienestar) se refiere a los trabajadores de los sectores monopolista y estatal; el primero como producto de la modernización -en todos sentidos- de la sociedad capitalista contemporánea y el segundo como producto de la condición mixta -por la intervención del Estado- de la economía global de esa misma sociedad. En cambio el sector competitivo (las pequeñas y medianas industrias) sufre las consecuencias de la alianza, tácita o expresa, entre la clase empresarial y los grandes sindicatos tanto del sector monopolista como del sector estatal, ya que en este último los trabajadores organizados equiparan sus salarios y prestaciones con los del sector monopolista a costa del deterioro de los salarios en el sector competitivo. Los

trabajadores del sector competitivo -débiles y constantemente debilitados económicamente- van engrosando por eso las filas cada vez más nutridas de los beneficiarios de la seguridad social (es decir, de los gastos sociales improductivos), con lo cual se benefician indirectamente en un Estado de bienestar. No es ocioso, como se comprende, hablar de una "aristocracia" obrera dentro de los movimientos obreros en las sociedades capitalistas contemporáneas.

Además de constituir uno de los elementos que provocan finalmente la bancarrota fiscal del Estado, el fenómeno económico que se acaba de describir determina algunas consecuencias políticas, de las cuales la principal pareciera ser la división de la clase obrera, amén de la corrupción política (para no hablar de la corrupción moral de los dirigentes sindicales) que desvirtúan los propósitos verdaderos perseguidos por la lucha de clases.

A esta doble opresión, ejercida por los empresarios y por las aristocracias obreras sobre los trabajadores más desvalidos -en el sector competitivo de las sociedades de capitalismo avanzado abundan los trabajadores no calificados: mujeres, niños, minorías étnicas, extranjeros indocumentados- habría que agregar la sobreexplotación que sufren los trabajadores en conjunto de las naciones colonizadas, quienes contribuyen, nacionalmente, a formar la plusvalía que las metrópolis arrancan a los países colonizados mediante el deterioro de los términos del intercambio. Ya se dijo en otra parte de este trabajo, pero no está de más repetirlo, que el salario de las naciones "asalariadas" consiste en los precios internacionales de las materias primas, las cuales experimentan fluctuaciones propias de acuerdo con vicisitudes del comercio internacional, de modo semejante a las fluctuaciones que su-

fren los salarios individuales dentro del ámbito nacional o regional.

Por supuesto que las conductas actuales profundamente egoístas de Estados Unidos -y cuando digo Estados Unidos incluyo su propia clase trabajadora- frente a las tribulaciones de las naciones "asalariadas" del Tercer Mundo -tribulaciones debidas sin duda alguna a la relación imperialista que une ambas partes- se justificarían, en última instancia e intemporalmente, por "el espíritu capitalista y la ética protestante"; pero se explican, en términos contemporáneos, por la apremiante necesidad de Estados Unidos (expresada en la reaganomía) de restablecer, cueste a quien le costare, su hegemonía económica y militar sobre el resto del mundo; hegemonía lesionada, a partir principalmente de los años setentas, por un complejo de fenómenos económicos y políticos sufridos por la potencia imperial. El restablecimiento del poderío económico ciertamente lo ha conseguido la reaganomía, aunque sobre bases tan endebles e inestables que muchos economistas la califican de artificial. En cuanto al poderío militar supremo, la última palabra tendría que decirlo la Unión Soviética.

No es posible vaticinar, o al menos sugerir, el retorno del Estado de bienestar, sin referirse a la célebre Comisión Trilateral. Hace poco tiempo las relaciones entre los países industrializados no eran tan tensas y difíciles como son ahora. Su relativa armonía fue en parte resultado de las gestiones y actividades de la hoy relativamente oscurecida Comisión Trilateral. Esta Comisión, como es sabido, se formó por iniciativa privada en 1973. La integraron individuos de las aristocracias financieras y político-administrativas, de las universidades y de algunos centros de investigación muy conservadores, así como de importantes medios de comunicación masiva y uno que otro líder sindical coopta

do. Como el nombre de la Trilateral lo indica, todos sus miembros vi  
nieron de los tres núcleos rectores de la economía mundial: América del  
Norte -Estados Unidos y Canadá-, Japón y la Comunidad Europea.

La Comisión Trilateral constituye expresión objetiva de la evolución  
del capitalismo mundial en nuestro momento. Responde plenamente al pre  
dominio presente del capital financiero sobre el industrial y, por ex  
ce, al auge de la Banca privada internacional. (Puede afirmarse, enton  
ces, que el capitalismo es hoy más especulativo que productivo). La  
Trilateral responde, también, a la necesidad de establecer estrategias  
comunes en escala planetaria, en función de los intereses del capital  
privado trasnacional y del fenómeno más característico del capitalismo  
en su actualidad: su trasnacionalización creciente. Sobre todo, la Tri  
lateral responde a la amenaza surgida desde el seno mismo de las Nacio  
nes Unidas, en cuya Asamblea General han ido ganando fuerza y poder los  
Estados nacionales tercermundistas en lucha por su liberación económi  
ca, su independencia política y su estabilidad social.

No fue nada casual que la propuesta conciliatoria conocida bajo el nom  
bre de "Informe Brandt" sobre las relaciones Norte-Sur haya tenido co  
mo arranque la relación personal entre <sup>Robert MacNamara,</sup> presidente del Banco Mundial  
de entonces, y connotado trilateralista, y el presidente de la reformis  
ta Internacional Socialista, Willy Brandt.

Puede decirse que la Comisión Trilateral nació, fundamentalmente, para  
atenuar la inevitable competencia comercial entre las potencias más in  
dustrializadas ávidas de mercados, y poder presentar, entonces, un fren  
te más o menos homogéneo ante los crecientes y peligrosos movimientos  
de liberación del Tercer Mundo. Sin el dominio y la explotación del



Tercer Mundo se tambalearía el Primer Mundo, ya que aquél constituye para éste su mercado cautivo e irremplazable, su abastecedor de materias primas y, sobre todo, su fuente inagotable de fuerza de trabajo casi regalada y de plusvalía generada internacionalmente.

Fue la Comisión Trilateral la que llevó al poder al trilateralista (y ¿casi socialdemócrata?) James Carter en Estados Unidos, y fue James Carter quien propició que la Comisión Trilateral tomara la dirección de los asuntos mundiales. Durante su predominio se logró entendimiento entre los tres grandes núcleos de la economía mundial; se intensificó la interpenetración financiera y comercial en los propios países industrializados por medio de sus respectivas empresas transnacionales; se puso mayor atención a las relaciones entre los llamados Norte y Sur y se relegó a segundo término el conflicto Este-Oeste; se perfiló un nuevo orden económico capitalista mundial, basado en una nueva división internacional del trabajo.

Dicho sea no tan de paso, los dos últimos presidentes norteamericanos representan dos maneras de facilitar o dirigir la evolución capitalista hacia su fase de plena transnacionalización. James Carter, paladín del proyecto trilateral, favoreció la labor de empresas y conglomerados transnacionales lo mismo se tratara de transnacionales norteamericanas que de europeas o japonesas, con lo cual se creaba un clima de entendimiento entre todas las potencias capitalistas. Reagan favorece -y en esto consiste su "nacionalismo"- las empresas transnacionales de matriz propiamente norteamericana; así, durante su Administración -y no obstante su retórica neoliberal- medidas proteccionistas en el comercio internacional y otras de tipo financiero-económicas han exacerbado las diferencias y los conflictos entre las potencias capitalistas, ya no tan aliadas y al borde de una franca guerra comercial.

De aquí la incongruencia de su retórica neoliberal, ya que exige libertad irrestricta en su comercio con los países del Tercer Mundo y libertad "aceptable" en su comercio con los otros países industrializados, mientras cierra o amenaza con cerrar sus fronteras a los productos de otros países. (A últimas fechas, y dando un gran viraje, Ronald Reagan se ha autoproclamado campeón del libre comercio mundial).

Por su parte, el Partido Demócrata asume en la actualidad una posición francamente proteccionista que contradice las posiciones trilateralistas que asumió el presidente también demócrata James Carter. Necesitaríamos ahondar más el análisis respecto a la economía norteamericana en estos momentos antes de abandonarnos a una fácil justificación de tipo político-electoral en la coyuntura para explicar aquella contradicción. Las anteriores reflexiones sobre el trilateralismo en Estados Unidos cobran sentido en el presente trabajo ya que, de retornar el auge del Welfare State en aquel país, será -indudablemente- bajo una Administración demócrata, y no republicana.

CAPÍTULO QUINTO

LOS ANÁLISIS POLÍTICOS

Antes de seguir adelante conviene pronunciarse sobre un concepto básico. Se trata de una ya vieja hipótesis cuya justificación formal se ha vuelto innecesaria por la acumulación espontánea de evidencias. Coparía hoy con pocas opiniones contrarias el decir que la negación del Estado de bienestar -su deterioro, la lucha ideológica contra el mismo, la imposición de políticas económicas antípodas en los países capitalistas- se encuentra en el núcleo mismo de la crisis generalizada del capitalismo en nuestro momento, aunque cabrían dudas acerca de si tal deterioro del Estado de bienestar es efecto o si bien es causa de la crisis mayor. En cualquier caso, la observación del conflicto entre el Estado social o capitalismo reformado y el capitalismo salvaje (o desencadenado) es un hilo conductor eficaz dentro de la embrollada madeja de la crisis global del capitalismo.

La búsqueda, la práctica o el rechazo de los mecanismos con que se procura el llamado bienestar social dentro de las estructuras capitalistas es, quizás, la característica más acusada de las sociedades políticas contemporáneas, más visiblemente en los países industrializados y de manera confusa en las sociedades capitalistas atrasadas como las de América Latina. Dicho de otro modo: quien se disponga a analizar la gran crisis global del capitalismo debería partir del estudio de las circunstancias objetivas y subjetivas del Estado de bienestar en la coyuntura actual, porque no se debe olvidar que el Estado social

constituye la transformación sufrida por la sociedad moderna hasta su condición contemporánea.

El conocimiento de las difíciles circunstancias objetivas en que opera el Estado de bienestar en el presente dará luz sobre las grandes transformaciones económicas y sus secuelas sociales que está experimentando el capitalismo. Las circunstancias subjetivas -mejor dicho, el conocimiento de ellas- ayudará a comprender la revolución ideológica conservadora -la "derechización"- que sufre el mundo occidental. Y, se reitera, es en el encadenamiento de estos fenómenos en donde se deberá encontrar bases para afirmar que el surgimiento, el auge y el deterioro del Estado de bienestar es un fenómeno global de aparición cíclica, cuya presencia se turnará con modalidades cambiantes del liberalismo económico acompañado del darwinismo social. Por lo menos éstas parecerían ser las tendencias.

Un corolario obligado sería la suposición de un influjo mutuo que ejercerían entre sí ambos modelos en turno histórico, acondicionando así sus cuerpos respectivos. De más está añadir que ni el Estado de bienestar acaba del todo con el "salvajismo" del capitalismo neoliberal, ni éste puede dismantelar completamente a aquél. Hay que convenir en que el reformismo ha logrado algunas conquistas irreversibles; de aquí que a Ronald Reagan, a pesar de sus esfuerzos, se le dificulte desmontar del todo y desde su base el Welfare State en su país. El ya citado ideólogo y arquitecto de la "revolución" reaganiana, David Stockman, dedicó un libro recientemente, muy esclarecedor por cierto de muchos aspectos de la vida política estadounidense, para analizar por qué fracasó la pretendida revolución neoliberal (ofertista). Según él, el núcleo del Welfare State resultó imbatible. Por su parte, la señora Thatcher en Inglaterra no ha podido tampoco vencer el sistema de seguridad en

su país: "En 1979, la seguridad social absorbía el 25 % de los gastos públicos; hoy en día, más de 31 %" (65).

Una hipótesis como ésta -la aparición o predominio cíclico del Estado de bienestar- contempla la necesidad de posponer hacia un futuro más lejano las esperanzas acerca del inicio de la construcción del socialismo, por lo menos como proceso generalizado, ya que eslabones débiles del capitalismo pueden seguir -como lo han hecho hasta ahora- desprendiéndose excepcionalmente de éste. También se da por descontado un futuro ensanchamiento -a pesar de su proletarización actual- de las capas medias de la sociedad y de la consolidación del reformismo que las expresa. Dicho sea lo anterior a pesar de la polarización social y económica que está ocurriendo en nuestro momento. Asimismo se acepta que se debe hablar de la clase "trabajadora" o "asalariada", y ya no sólo de la clase "obrera" en relación con la marcha hacia el socialismo.

Para mayor claridad se dirá en otras palabras: no será sino hasta la pérdida de las ilusiones en el capitalismo reformista -el atractivo socialdemócrata- por parte de grandes masas trabajadoras, que madurarán las condiciones para el cambio radical hacia el socialismo. Mientras se sigan comparando las virtudes del socialismo "democrático" europeo (socialdemócrata) con los defectos del socialismo "real" soviético (marxista-leninista), y mientras no se agoten las posibilidades del capitalismo avanzado para desarrollar las fuerzas productivas, no se abrirá paso en nuestro mundo el proceso de construcción del socialismo verdadero, en forma generalizada. No tardaremos mucho en comprender que si el reformismo capitalista (El Estado de bienestar o socialdemocracia) obstaculiza la marcha hacia el socialismo, constituye también un formidable tropezón para el desenvolvimiento del capitalismo

en determinados momentos (aunque lo haya favorecido en otros).

Este necesario cambio subjetivo en los trabajadores del mundo desarrollado está produciéndose a medida que éstos toman conciencia de la so  
brexplotación imperialista que se impone a los trabajadores del Tercer Mundo, so  
brexplotación de la cual los primeros hasta ahora han participado y no precisamente en calidad de víctimas; al contrario: en la exp  
lotación del Tercer Mundo debe buscarse buena parte de las fu  
entes del financiamiento del Estado de bienestar en las sociedades de capit  
alismo avanzado. En otras palabras: la solidaridad de los trabajadores  
del Primer Mundo con sus homólogos del Tercer Mundo no arranca sino del conocimiento de que gran parte de las conquistas obreras en las so  
ci  
edades desarrolladas fueron posibles gracias a los sacrificios impuest  
os a los trabajadores y a los pueblos en general de los países atrasados. Esta nueva conciencia en los trabajadores del Primer Mundo se pat  
entizó en la solidaridad amplia que ofrecieron los trabajadores europ  
eos a los trabajadores chilenos a raíz de su derrota.

No obstante estos indicios prometedores, se puede afirmar todavía que "el capitalismo ha conseguido [...] frenar o anular temporalmente el potencial revolucionario de los trabajadores de las sociedades capitalistas avanzadas al integrarlos en su sistema en la medida en que ha podido elevar la tasa de explotación de la periferia" (66).

En cuanto a las condiciones reales para el cambio socialista es preciso reconocer que el capitalismo tiene todavía trecho que recorrer para desarrollar todas sus potencialidades. Nadie puede afirmar en serio que el capitalismo esté frenando el crecimiento de las fuerzas productivas; cuando mucho puede decirse que lo está deformando. En nuestros

días la tarea principal del capitalismo pareciera ser su propia transnacionalización en pos de lograr una economía única y un solo mercado universales, modificando así, profundamente, las funciones tradicionales de los Estados nacionales; conformando una nueva división internacional del trabajo, y reestructurando en nuevos moldes capitalistas -a causa de la revolución científico-técnica- las relaciones sociales en la producción. Todo esto ¿no está exigiendo una revisión a fondo de las metas inmediatas y de los métodos revolucionarios? Una revolución que se centre tanto en la necesidad -teórica y práctica- de crear un "mercado socialista" (pues en esta ausencia estriba el que pareciera ser uno de los principales escollos de las economías del socialismo real), como en la necesidad también -y quizás sea ésta su máxima necesidad- de profundizar y ampliar la democracia en todos los aspectos.

En relación con lo último, y dicho sea no tan de paso, es preciso re capacitar en el estudio del ideario político-económico -y filosófico también- del mal llamado eurocomunismo para juzgar esta corriente política en función del futuro que pareciera abrirsele en el desarrollo del pensamiento y de la práctica socialistas, y no juzgarlo por los severos reveses coyunturales de tipo electoral o de organización interna que han sufrido los principales partidos eurocomunistas, especialmente el español y el francés. No es casual, y además el hecho es sumamente significativo, que allí donde existe un partido socialista (socialdemócrata) fuerte no florece un partido comunista reformista y viceversa. Uno crece a expensas del otro. Las masas -las masas electorales- no saben diferenciar las retóricas o los discursos ideológicos de socialdemócratas y de eurocomunistas.

Dice el dirigente eurocomunista español Santiago Carrillo: "Los reformistas han llamado socialismo a todo un conjunto de cambios estructurales y de medidas de política social que se han llevado a cabo en los países capitalistas desarrollados. Es evidente que aquí hay una falsificación del concepto socialismo, puesto que el sistema capitalista sigue en pie. Pero a veces los comunistas, obsesionados por el cambio de calidad [cualitativo] que representa la toma del poder, hemos subestimado las modificaciones graduales que el sistema ha experimentado, modificaciones que, objetivamente, comienzan a romper las hechuras de éste" (67).

El eurocomunismo es cuestión que debe explorarse a fondo, ya sea como posible línea evolutiva del marxismo-leninismo, ya como vertiente revolucionaria (que podría llegar a ser) de la socialdemocracia si se impusieran sus corrientes internas de izquierda. Es asunto al que es necesario prestar mayor atención cuando se trate de analizar el reformismo socialista como "contrapartida" del reformismo capitalista.

En todo caso se comprende que aquí se está hablando de un socialismo verdaderamente democrático (valga la redundancia) resultado de la ruptura revolucionaria de las estructuras capitalistas en un momento determinado del proceso evolutivo de ampliación y profundización de la democracia, es decir, cuando las democracias social y política, firmemente consolidadas, se acompañen de la democracia económica real y auténtica.

Easándome en razonamientos mostrados a lo largo de trabajos míos publicados anteriormente, y comparando los respectivos discursos ideológicos socialdemócrata y eurocomunista, he llegado a la conclusión de que el eurocomunismo en Europa (y su equivalente en otras partes) consti



tuye la vertiente revolucionaria de la socialdemocracia (del Estado de bienestar). Buena parte de mi afirmación está avalada, indirectamente, por el ideólogo -a pesar suyo- Santiago Carrillo. Me parecen tan claras sus definiciones que me tomaré la libertad de incluir aquí una cita abusivamente larga de sus palabras: "Los partidos incluidos en la corriente eurocomunista coinciden en la necesidad de ir al socialismo con democracia, pluripartidismo, parlamento e instituciones representativas, soberanía popular ejercida regularmente a través del sufragio universal, sindicatos independientes del Estado y de los partidos, libertad para la oposición, derechos humanos, libertades religiosas, libertad de creación cultural, científica, artística, y el desarrollo de las más amplias formas de participación popular en todos los niveles y ramas de la actividad social. Paralelamente, en unas u otras formas, esos partidos reivindican su total independencia en relación con todo eventual centro dirigente internacional y con los Estados socialistas, sin dejar por ello de ser internacionalistas. Conceden una gran atención a la solidaridad con los países del Tercer Mundo que luchan contra el colonialismo y el neocolonialismo y por la democratización creciente de las relaciones internacionales. Estos partidos luchan por la cooperación y la coexistencia pacíficas, por la superación de la política de bloques militares y la supresión de bases militares extranjeras de cualquier potencia que sean; por la prohibición de las armas atómicas y el desarme; la no injerencia de unos países en los asuntos internos de otros; el ejercicio del derecho de autodeterminación por cada pueblo. Estos partidos eurocomunistas han ido desarrollando, no siempre al mismo ritmo, un tejido ideológico y político propio que los diferencia de otros [...] " 68).

Me parece que el eurocomunismo ofrece solución al callejón sin salida

socialdemócrata, mediante el rompimiento de <sup>las</sup> estructuras capitalistas, sin perder por ello carácter reformista. Una afirmación tal es comprensible si se acepta una necesaria diferenciación entre reformas "burguesas" y reformas "revolucionarias", cuya aplicación dependería -claro está- de cuál es la clase social a cuyos intereses sirviese el Gobierno en turno, o el grupo que gobernase. Un paso así significaría el paso del reformismo capitalista al reformismo socialista.

Santiago Carrillo está en lo cierto cuando afirma que "el eurocomunismo no es un retroceso hacia las posiciones de la socialdemocracia"; pero en cambio a mí me parece que sí se podría afirmar que constituye un avance de la socialdemocracia. En cualquier caso es reveladora la coincidencia de socialdemócratas y de eurocomunistas en otorgar suprema importancia al desarrollo del proceso democrático. "Las generaciones de marxistas que han vivido la dolorosa experiencia del fascismo y que, en otro orden de cosas han conocido la degeneración estaliniana, valoran el concepto de democracia de manera distinta, y no en oposición al socialismo y al comunismo, sino como un camino hacia éstos y como un componente capital de los mismos" [69].

Resulta claro hoy en día que el eurocomunismo puede considerarse como resultado dialéctico del conflicto entre la socialdemocracia histórica y el comunismo estalinista. Santiago Carrillo precisa: "[...] no puede haber ninguna confusión entre eurocomunismo y socialdemocracia en el terreno ideológico, al menos con la socialdemocracia tal como se ha definido hasta aquí. Lo que se denomina vulgarmente eurocomunismo se propone transformar la sociedad, no administrarla [como lo hace la socialdemocracia]; elaborar una alternativa socialista al sistema del

capital monopolista de Estado, no integrarse en éste y ser una de sus variantes de gobierno [como lo hace la socialdemocracia]. Es decir, se propone desarrollar un proceso revolucionario mundial, que hoy es una necesidad social objetiva para salir del impasse al que es conducida la humanidad por el modelo de desarrollo capitalista" (70).

Estoy muy consciente de que estas reflexiones pueden suscitar alguna que otra incredulidad, ya que la violenta entronización global del capitalismo salvaje en nuestro momento absorbe la comprensión de mucha gente, llevándola a suponer como definitiva ("llegó para quedarse") la reacción conservadora. Para esta gente resulta incomprensible la dialéctica social dentro del proceso histórico, y obsoleto el discurso reformista socialdemócrata. Se sobrentiende que éste no es mi caso.

Debo confesar, sin embargo, que también me salta con frecuencia, al igual que a mucha gente, el temor a que el neofascismo se consolide en Estados Unidos y que el mundo, por consiguiente, se sumerja en una larga y oscura etapa de involución histórica. La amenaza de que esto ocurra es sobrecogedoramente real y, no obstante, también es real la ceguera de quienes lo niegan, ya porque aducen la existencia de una democracia tradicional (formal) en Estados Unidos, ya porque no aceptan que el fascismo adquiriera distinta apariencia de la conocida en Europa entre las dos guerras mundiales.

El fascismo latente en Norteamérica sólo requiere, para consolidarse, de amplia base o consenso sociales, y éstos pueden fácilmente ser suministrados mediante una hábil manipulación de los medios de comunicación masiva. Las experiencias frecuentes en este sentido lo confirman. Sin

ir más lejos, fue realmente estremecedora la reacción general de simpatía que despertó en la nación vecina el teniente coronel Cliver North -líder potencial [por qué no? fascista- a quien la televisión transformó, del delincuente que era, en héroe popular, durante la transmisión de las audiencias en el Congreso a causa del escándalo político llamado Irangate.

Resulta ingenuo, a estas alturas, confiar en los procedimientos político-electorales convencionalmente democráticos desarrollados en Estados Unidos, con la esperanza de que ellos impidan la entronización del neofascismo. Por otra parte, un Partido Demócrata de nuevo en el poder no garantizaría por sí solo la derrota del fascismo, aunque es probable que propiciaría el predominio del Welfare State, y éste sí sería un verdadero reformador del capitalismo salvaje por su acción democratizadora al moderar, aunque fuera mínimamente, la desigualdad en los ingresos.

Las campañas electorales en Estados Unidos son cada vez más sofisticadas y más caras; los candidatos obtienen su financiamiento a cambio de compromisos políticos con los plutócratas, quienes compran así el derecho a imponer sus intereses minoritarios sobre los de la mayoría de la nación, y hoy por hoy, los dueños del dinero se han radicalizado -por la lógica de la lucha contra el Welfare State- hacia posiciones fascistas.

La manipulación de las masas votantes adquiere perfiles refinadísimos y la ejercen, aplastantemente, las fuerzas más conservadoras del país. "(Norte) América puede ser el primer país en el cual el fascismo llegue al poder mediante elecciones democráticas", dice William L. Shirer, autor del famoso libro Surgimiento y caída del Tercer Reich (71).

La sagaz observación de Shirer podría utilizarse como compendio de toda la evolución política que ha tenido lugar en Estados Unidos desde sus humildes orígenes coloniales hasta su esplendoroso auge imperial de hoy, y debería servir de base para un necesario y profundo cuestionamiento del concepto "democracia, a la luz tanto de su origen liberal-burgués, como de su devenir en la práctica capitalista. Hay que estar teóricamente bien pertrechados para discernir la incongruencia entre lo que el Gobierno norteamericano llama "defensa de la democracia" y su despiadada agresión a Nicaragua, por ejemplo, en donde empezaba a surgir un nuevo proyecto de democracia, equidistante tanto del concepto liberal-burgués corrompido, como del concepto marxista-leninista envejecido.

Tal conducta norteamericana resulta incongruente si partimos de una definición y de un contenido distintos que el concepto democracia ha ido adquiriendo al cobijo de las ideas económicas, filosóficas y políticas actuales, ideas ciertamente impregnadas de socialismo, aunque mediatizadas por la condición transicional del proceso histórico en nuestro momento. Ya se dijo en otra parte del presente estudio que el socialismo real no puede plantearse todavía en forma generalizada. En cambio, un discurso político como el que se acaba de describir no es otro sino el propio del "socialismo democrático" de los reformistas socialdemócratas.

Queda claro entonces que hoy el conflicto con el fascismo se plantea dentro de los límites del propio capitalismo -entre el capitalismo salvaje en el que se basa el fascismo y el Estado de bienestar de la democracia burguesa- lo cual no invalida que tal conflicto interno esté fuertemente influido por el conflicto externo con el socialismo real.

Ya se comentó en otra parte la semejanza entre los postulados teóricos de la socialdemocracia y los del eurocomunismo; pero mientras los postulados de la primera se han visto confrontados con una larga práctica histórica, respecto a los segundos no existe aun ninguna experiencia práctica para juzgarlos: gozan todavía del beneficio de la duda. En Nicaragua parecía empezar a vivir esa aun nonata experiencia del reformismo socialista; pero ya sabemos cómo el imperialismo ha ido estrangulando la posibilidad de su realización.

Para terminar, permítaseme insistir en la necesidad de discutir el concepto tradicional de democracia y de discutir también la formulación de un nuevo concepto de la misma, más acorde con la evolución de la teoría y de la práctica políticas contemporáneas.

Los críticos del Estado de bienestar golpean en el carácter centralista y totalizador -por lo mismo autoritario- que adquiere el Estado social o interventor. Resulta paradójico que sean individuos latente mente fascistas -o en potencia- quienes esgrimen argumentos "democráticos" contra el Estado de bienestar, el cual, ya sabemos, es el fruto más logrado de la democracia social y política liberal-burguesa clásica.

Descartando de una vez por todas las pretensiones "democráticas" de los neoliberales de hoy, pues ellas se reducen únicamente a exaltar las virtudes -que para otros son falacias- del "libre juego de las fuerzas del mercado", debemos analizar con atención lo que hay de cierto en la crítica del Estado de bienestar en su forma hasta hoy conocida.

Reproduzco aquí un juicio de Elmar Altvater con la intención de tras

mitir a quien lo lea la carga de sugerencias que lleva. Dice: "En con-  
clusión: contra el ataque conservador a las estructuras y a las dimen-  
siones del Estado social, la izquierda (tradicional y/o nueva) no  
puede proponer solamente la estrategia de mantener firmes las formas  
transmitidas del Estado social. Se trata de desarrollar ideas y proyec  
tos de una forma alternativa de socialización; es decir, de comprender  
el Estado social [yo hubiera dicho: "el bienestar social"] más como  
empresa social que como empresa estatal autoritaria" (72). (Subraya-  
dos míos).

N O T A S

- (1) Reaganomía (reaganomics) es un concepto debido al ingenio popular norteamericano, suficientemente lato y en cierto modo irónico, para designar el sello particular que Ronald Reagan imprimió a la política económica y a las relaciones exteriores de la Unión Americana durante su mandato. El término se utiliza más en relación con las políticas económicas.
- (2) Bertram Gross, Friendly Fascism. The new face of power in America, South and Press, Boston, 1963, p.3.
- (3) Idem, p.XI.
- (4) Aunque no soy la primera ni la única en usar el calificativo "salvaje" para diferenciar el capitalismo reaganiano del capitalismo reformado del Estado de bienestar, aclaro que se trata de una generalización semántica bien fundada, ya que éste de ahora recobra muchas de las características despiadadas de aquel capitalismo formativo de finales de siglo XIX y principios del XX, desenvuelto tumultuosamente sin freno y sin ley, por lo cual se le adjudicó en los medios académicos el título de capitalismo salvaje propiamente dicho.
- (5) José Luis Crozco, El testimonio político norteamericano 1890-1980. SEP/UNAM, México, 1982, t.I, p.4.
- (6) Pablo González Casanova, "Cuando hablamos de democracia ¿de qué hablamos?", Suplemento Sábado, Unomásuno, No 456, 5/VII/86.
- (7) Bertram Gross, Op.cit.
- (8) José Luis Crozco, Notas del país darwiniano, México, 1981, p.15.
- (9) Gunnar Myrdal, El Estado del futuro, Fondo de Cultura Económica, 1971, p.26.
- (10) Idem.



- (9a) Ian Gough, "Gastos del Estado en el capitalismo avanzado", capítulo del libro El Estado en el capitalismo contemporáneo, compilado por H.R. Sonntag y J. Valechillos, Siglo XXI, p.225.
- (10a) En Iniciación a la economía marxista, Barcelona 1973, p.95, Ernest Mandel niega toda "democratización" de la carga impositiva fiscal. Dice: "En el régimen capitalista no se ha producido nunca una verdadera y radical distribución de la renta nacional mediante el impuesto, uno de los grandes mitos del reformismo". Reproduzco su opinión para mostrar cuán controvertidos son estos conceptos.
- (11) Willy Brandt et al, La alternativa socialdemócrata, Edit. Blume, 1981.
- (12) Ian Gough, Op.cit., p.248.
- (13) José Luis Orozco, Seminario sobre Estados Unidos efectuado en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, 1985.
- (14) Ian Gough, Op.cit. p.269.
- (15) Manuel Castels: La teoría marxista de las crisis económicas y las transformaciones del capitalismo, Siglo XXI, 1978, p.39.
- (16) P.A. Baran y F.V. Sweezy, El capitalismo monopolista, Siglo XXI, 16a.edición, p.130.
- (17) Pierre Rosanvallon, La Crise de l'État Providence, Editions du Seuil, 1981, p.52.
- (18) Manuel Castels, Op.cit.
- (19) Ciertamente puede advertirse, en esta época de intensa concentración, a la par de "una alta tasa de mortalidad de empresas medianas y pequeñas, también una alta tasa de natalidad de las mismas". Herbert de Souza, Seminario sobre El Estado en el capitalismo contemporáneo, Universidad de Puebla, 1979. Lo que yo añadiría a lo dicho por De Souza es que con las pequeñas y medianas empresas que mueren, muere también el viejo capitalismo competi-

tivo de libre mercado, mientras que las pequeñas y medianas em-  
presas que nacen, nacen ya articuladas a las necesidades de las  
grandes empresas transnacionales que van dominando y transforman-  
do los mercados internos y externos, con lo que provocan radica-  
les cambios en el capitalismo tradicional. Valga esta afirma-  
ción como un elemento más para desenmascarar el gran mito del  
neoliberalismo económico.

- (20) Pedro Vuscovic, Conferencia, impartida en MUSIAL (Mujeres por la Soberanía Nacional y la Integración Latinoamericana), 1986.
- (21) F.A. Baran y P.M. Sweezy, Cp.cit., p.81.
- (22) Idem, p.80.
- (23) Manuel Castels, Cp.cit., p.141.
- (24) "Friedman defiende sus teorías", entrevista que le hizo la revista alemana Der Spiegel, reproducida por la revista mexicana Contextos, año 3, Nos. 29-30, 1982.
- (25) Artículo publicado en el periódico Excelsior, en tres partes a partir del 29 de abril de 1987, y días siguientes.
- (25a) Artículo publicado en el periódico Excelsior el 22 de octubre de 1987.
- (26) André Gunder Frank, "Ilusiones que matan. La débil recuperación reaganista y la amenaza de una depresión mundial", revista Nueva Sociedad, No.88, marzo-abril de 1987.
- (27) Pedro Vuscovic, "Análisis de una autoderrota programada", revista Nueva Sociedad, No.88, marzo-abril de 1987.
- (28) André Gunder Frank, Crisis económica, promoción de la exportación y represión política en el Tercer Mundo, ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, en La Habana, Cuba, del 26 al 30 de abril de 1981.
- (29) Theotonio Dos Santos, La crisis económica internacional, ponen-

cia presentada en el Congreso citado en La Habana, Cuba.

- (30) G.K. Shirokov, La crisis estructural y los países en desarrollo, ponencia presentada en el Congreso citado en La Habana, Cuba.
- (31) Carta de MUSIAL (Mujeres por la Soberanía Nacional y la Integración Latinoamericana) a la redacción del periódico La Jornada, 17 de noviembre de 1987.
- (32) Ernest Mandel, Op.cit., p.87.
- (33) Ibidem.
- (34) Ibidem.
- (35) James O'Connor en su libro ya clásico La crisis fiscal del Estado, Barcelona, 1981, p.55.
- (36) Samuel Lichtensztein, "Internacionalización y políticas económicas en América Latina", revista Comercio Exterior, vol.32, No 7, julio de 1982.
- (37) Raúl Trajtenberg y Raúl Vigorito, "Economía política en la fase transnacional. Reflexiones preliminares", Revista Comercio Exterior, vol.32, No.7, julio de 1982.
- (38) Paul A. Samuelson, conferencia magistral que bajo el título La economía mundial a fines del siglo presentó en el VI Congreso Mundial de Economistas, en agosto de 1980, en la ciudad de México. Con lo que Samuelson no contó fue con el éxito de la ofensiva reaganiana-thatcheriana contra el Estado de bienestar.
- (39) Gonzalo Varela, "Transnacionalización y política", revista Comercio Exterior, vo.32, No.7, julio de 1982.
- (40) Pa.A. Samuelson, Op.cit.
- (41) David Stockman, The triumph of Politics. Why the Reagan Revolution failed, Harper and Row, 1986, p.8.
- (42) Leonard Silk, comentarista político de The New York Times, en

un artículo reproducido en la página editorial de Excelsior el 23 de julio de 1986.

- (43) Fermán Pérez Fernández del Castillo y Samuel León, en un artículo de próxima publicación titulado México: en busca de la legitimidad perdida.
- (44) James O'Connor, Op.cit., p.65.
- (45) James O'Connor, en su libro citado, dibuja con precisión las líneas fundamentales del cuerpo económico del Estado de bienestar y demuestra cómo llega éste al desajuste estructural entre los ingresos y sus gastos, es decir, a la bancarrota fiscal.
- (46) El concepto central y la terminología usados aquí los tomé de O'Connor.
- (47) O'Connor, Op.cit., p.59.
- (48) Idem, p.28.
- (49) E. Mandel, Op.cit., p.95.
- (50) Idem, p.92.
- (51) Ian Gough, Op.cit., p.269.
- (52) Milton y Rose Friedman, Libertad de elegir, 1981, pp.153-165-166.
- (53) Ernest Mandel, Op.cit.
- (54) Centro de Estudios sobre América, Lecturas No.7. Estudio sobre la socialdemocracia en América Latina, La Habana, abril de 1981.
- (55) Arthur Schlesinger, en un artículo en el que afirma que "la ideología reaganista y la popularidad de Ronald Reagan flotan en una ola de prosperidad económica precaria". The New York Times, reproducido por Excelsior en su página financiera el 16 de julio de 1986.
- (56) Antonio Negri, "John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el 29", revista Estudios Políticos, Nueva época, vol.5, julio-diciembre, 1986, Nos.3-4, UNAM.

- (57) Donald A. Nichols, profesor de economía en la Universidad de Wisconsin-Madison y exsubsecretario del Departamento Norteamericano del Trabajo, "Monetarismo: tiempo de emprender la retirada", artículo publicado en National Policy Papers y reproducido por la revista Contextos, año 3, Nos.29-30, 1982.
- (58) Ibidem.
- (59) David A. Stockman, Op.cit., p.394.
- (60) A. Gunder Frank, artículo ya citado en la revista Nueva Sociedad.
- (61) Arthur Schlesinger, The cycles of American History, citado en la revista Contextos,
- (62) Leonard Silk, Op.cit.
- (63) A. Gunder Frank, artículo ya citado en la revista Nueva Sociedad.
- (64) Sol Arguedas, Presencia y acción de la socialdemocracia en América Latina, ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, abril de 1982.
- (65) Le Monde, 13 de mayo de 1987, citado en la revista Contextos, año 5, No.80, julio de 1987.
- (66) Adolfo Sánchez Vázquez, "Reexamen de la idea del socialismo", Leviatán. Revista de hechos e ideas, No.21, Madrid, otoño de 1985.
- (67) Santiago Carrillo, Eurocomunismo y Estado, 1977, p.59.
- (68) Idem, p.141.
- (69) Idem, p. 141
- (70) Idem, p.132.
- (71) La afirmación de William L. Shirer es citada por Bertram Gross (Op.cit., p.8) como parte de una entrevista periodística al primero, publicada en Los Angeles Times, en 1972.
- (72) Elmar Altvater, "¿Reestructuración o desmantelamiento del Estado social?" revista Estudios Políticos, Nos.3-4, 1986, UNAM.

BIBLIOGRAFÍA (consultada)

Alonso Aguilar, "La crisis económica internacional", ponencia presentada en el III Congreso de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, 1981.

Elmar Altvater, "¿Reestructuración o desmantelamiento del Estado social?" revista Estudios Políticos, Nos. 3-4, 1986.

Paul A. Baran y Paul S. Sweezy, El capitalismo monopolista, Siglo XXI, 1.ª edición.

Willy Brandt, Olof Palme, Bruno Kreisky, La alternativa socialdemócrata, Blume, 1977.

Christine Euci-Glucksmann, Göran Therborn, Le Néfi social démocrate, Ed. François Maspero, 1, place Paul Painlevé, Paris 14<sup>e</sup>, 1981

Alain Bergounioux-Bernard Manin, La socialdemocratie ou le compromis, Presses Universitaires de France, 1979.

Robbio, Serroni, Vacca, Serratana, Sccheto, Ingrao, ¿Existe una teoría marxista del Estado?, Edit. Universidad Autónoma de Puebla, 1978.

Miguel Angel Calderón, El impacto de la crisis de 1929 en México, SEP, 1980.

F.M. Cardoso y Enzo Faletto, Dependencia y desarrollo en América Latina, Siglo XXI, 19

Santiago Carrillo, Eurocomunismo y Estado, 1977.

Manuel Castells, La teoría marxista de las crisis económicas y las transformaciones del capitalismo, Siglo XXI, 1978.

Fidel Castro, La crisis económica y social del mundo, Informe de Fidel Castro a la VII Cumbre de Países no alineados, Siglo XXI, 1983.

Theotónio Dos Santos, La crisis económica internacional, ponencia

presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, 1981.

Pablo González Casanova, artículos en diversas publicaciones.

André Gunder Frank, Crisis económica, promoción de la exportación y represión política, ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, 1981.

Milton Friedman, "Friedman defiende sus teorías", entrevista que le hizo la revista Der Spiegel, reproducida por la revista Contextos, año 3, Nos. 29-30, 1982.

Milton y Rose Friedman, La libertad de elegir, 1981.

J. Kenneth Galbraith,

Bertram Gross, Friendly Fascism. The new face of power in America, South and Press, Boston, 1963.

Ian Gough, Economía política del Estado de bienestar, Edit. Blume, 19

" " "Gastos del Estado en el capitalismo avanzado", capítulo del libro El Estado en el capitalismo contemporáneo, compilado por H.R. Sonntag y H. Valecillos, Siglo XXI, 19

Helio Jaguaribe, "El nuevo escenario internacional" Lecturas No. 56, El Trimestre Económico, 1985.

Norris Janowitz, Social Control of the Welfare State, The University of Chicago Press, 1976.

Ernest Laclau, "Entrevista" en la revista colombiana Alternativa, No. 76, 1978.

Robert J. Lampman, Social Welfare spending. Accounting for changes from 1950 to 1978, Academic Press, 1984.

Samuel Lichtensztejn, "Internacionalización y políticas económicas en América Latina", revista Comercio Exterior, vo.32, No.7, julio de 1982.

Niklas Luhmann "El Estado de bienestar: un problema teórico y político", revista Estudios Políticos, No. 3-4, UNAM, 1986.

Héctor Malavé Mata, Los extravíos del poder. Euforia y crisis del populismo en Venezuela, Caracas, 1987.

Ernest Mandel, El capitalismo tardío, 1979.

" " Iniciación a la economía marxista, 1973.

José María Naravall, Socialismo, socialdemocracia y sus proyectos de cambio social, ponencia presentada en el Coloquio Internacional que bajo el título de La Internacional Socialista: una propuesta para un mundo en crisis, se celebró en la UNAM, en 1981.

Carlos Marx, El Capital, III tomo.

D.F. Maza Zavala, prólogo al libro citado de Héctor Malavé Mata.

Rosa María Mirón y Germán Pérez Fernández del Castillo, "Keynes: racionalidad y crisis en el Estado contemporáneo", Estudios Políticos, UNAM, 1986.

Antonio Negri, "John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el año 29", Estudios Políticos, UNAM, 1986.

Donald A. Nichols, artículo reproducido en Contextos, año 3, Nos.29-30, 1982.

Gunnar Myrdal, El Estado del futuro, Fondo de Cultura Económica, 1971.

James O'Connor, La crisis fiscal del Estado, 1981

José Luis Orozco, El testimonio político norteamericano, 1890-1980, SEP/UNAM, México, 1982, 2 tomos.



José Luis Orozco, Notas del país darwiniano, México, 1981.

Germán Pérez Fernández del Castillo y Samuel León, artículo publicado en 17 ángulos de un semenio, Plaza y Janés, 1987.

Raúl Prebisch, ponencia presentada en el VI Congreso mundial de Economistas, México, 1980.

Carlos F. Pico "

Cuadernos Semestrales del CINE, No. 2 y 3, 19

Pierre Rosanvallon, La crise de l'État Providence, Editions du Seuil, 1981.

mundial

Paul A. Samuelson, ponencia presentada en el VI Congreso/de Economistas, México, 1980.

Adolfo Sánchez Vázquez, artículo publicado en Leviatán. Revista de hechos e ideas, Madrid, otoño de 1985.

Arthur Schlesinger, The cycles of American History

Selección de Kenneth J. Arrow y Tibor Scitovsky, Ensayos sobre la economía del bienestar, Lecturas No.9, El Trimestre Económico, 1974.

Selección de Nathan Rosenberg, Economía del cambio tecnológico, Lecturas No.31. El Trimestre Económico, 1979.

Selección de Sofía Méndez (Prebisch-C. Sunkel- Luciano Tomassini-Ianni-Furtado- Aníbal Pinto- J. Erasseul- A.F. Liliberto- y otros). La crisis internacional y América Latina, Lecturas No.55, El Trimestre Económico, 1984.

William L. Shirer, The rise and fall of the third Reich.

G.K. Shirokov, ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, 1981.

Leonard Silk, artículos diversos en The New York Times.

Herbert de Souza, ponencia presentada en el seminario El Estado en el capitalismo contemporáneo, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

David A. Stockman, The triumph of Politics. Why the Reagan Revolution failed. Harper and Row publishers, 1986.

Raúl Trajtenberg y Raúl Vigorito, "Economía política en la fase transnacional. Reflexiones preliminares", revista Comercio Exterior, vol.32 No.7, julio de 1982.

Giuseppe Vacca, "El reto neoliberal al Estado de bienestar: una entrevista a Norberto Bobbio", revista Estudios Políticos, Nos.3-4, 1986.

Gonzalo Varela, "Transnacionalización y política", revista Comercio Exterior, vol.32, No.7, julio de 1982.

Pedro Vuscovic, conferencia dictada en la Asociación MUSIAL (Mujeres por la Soberanía nacional y la Integración Latinoamericana), 1987.